



Henry James

Estados Unidos: 1843-1916

Cuentos

Textos electrónicos completo

El árbol de la ciencia

La edad madura

La figura en el tapiz

La leyenda de ciertas ropas antiguas

Lo mejor de todo

El árbol de la ciencia

[Cuento. Texto completo.]

Henry James

1

Entre otras convicciones secretas, cual las que todos albergamos, Peter Brench estimaba como el más grande logro de su vida no haber emitido jamás un juicio comprometedor sobre la obra, como era denominada, de su amigo Morgan Mallow. En lo tocante a ella, según pensaba él honradamente, nadie podía, con veracidad, citar una sola opinión pronunciada por sus labios, y en ningún lado podía haber constancia de que, a ese mismo respecto, en ninguna ocasión ni tesitura alguna, hubiese mentido o hubiese proclamado la verdad. Semejante triunfo le parecía de relevancia capital aun siendo un hombre que había logrado otros triunfos: un hombre que había llegado a los cincuenta años, que había eludido el matrimonio, que había vivido sin dilapidar su fortuna, que

desde muchos años atrás amaba a la señora Mallow sin decir palabra, y que, lo último en orden pero no en importancia, se había juzgado a sí mismo hasta los más íntimos recovecos. De hecho se había juzgado hasta tal punto que había sentenciado que la actitud que mejor le cuadraba era una gran humildad global; y, sin embargo, nada lo hacía tener mejor concepto de sí mismo que el recto rumbo que había logrado seguir pese a varios de los escollos precipitados. De esta guisa, consideraba categóricamente un mérito que aquéllos de sus amigos en quienes más confianza tenía fueran precisamente aquéllos ante quienes guardaba la mayor reserva. Él no podía -al menos eso había decidido el excelente hombre- decirle a la señora Mallow que ella era la adorable causa única de su contumaz soltería; y tampoco decirle al marido que la visión de los innumerables mármoles que poblaban el taller de éste le causaba un sufrimiento cuya incisividad ni siquiera el tiempo había conseguido embotar. Sin embargo, su victoria, como ya he apuntado, en lo tocante a estas esculturas, no consistía sólo en haber callado que las abominaba; consistía además, heroicamente, en no haber intentado nunca obtener, como premio a su silencio, una dulce compensación de otro orden.

La situación entera, entre estas buenas gentes, era en verdad cosa digna de admiración, y probablemente no había ninguna que le fuese comparable en muchas leguas a la redonda del punto que nos incumbe: la zona londinense donde en aquella época los melodiosos declives de Hampstead principiaban a ser debelados por los quebrados ritmos de St. John's Wood. Peter deploraba las estatuas de Mallow y adoraba a la esposa de Mallow, pero sentía considerable simpatía hacia Mallow, por quien, a su vez, él era igualmente apreciado. La señora Mallow exhibía gran admiración por las estatuas... aunque, si la apuraban, confesaba preferir los bustos; y su ostensible afecto por Peter Brench se debía al afecto que éste último le testimoniaba a Morgan. Por lo demás, cada uno de los tres amaba a los otros dos por la delicadeza con que trataban a Lancelot, el único y muy querido descendiente de los Mallow, en quien el amigo de la casa tenía al tercero -pero sin duda el más guapo- de sus ahijados. Desde su nacimiento, ninguno de la familia, ni siquiera el propio niño, si hubiese sido posible consultarlo, habría hallado sujeto más cualificado que Peter para el papel de padrino. Por fortuna, todas estas notables personas gozaban, en el aspecto pecuniario, de cierto desahogo; de lo contrario, el Maestro no habría podido pasar sus solemnes *Wanderjahre* en Florencia y en Roma ni continuar, junto al Támesis no menos que junto al Arno y el Tíber, amontonando una tras otra obras no vendidas y modelando, con lo que no tenía otro remedio que ser una pasión de todo punto desinteresada, fantaseadas cabezas de celebridades demasiado sumidas en la época o demasiado poco -demasiado ocupadas en vivir el presente o demasiado muertas y enterradas en el pasado- para concederle sesiones de “pose”. Ni tampoco Peter, que se presentaba casi todos los días, habría podido encontrar los suficientes ratos de ocio para colaborar con su presencia a mantener toda esta complicada tradición de cosas. Él, el depositario de estos secretos, era hombre macizo pero bonancible: corpulento y recio y rubicundo y crespo, de entonaciones profundas, miradas profundas, bolsillos profundos, por no mencionar su hábito de las pipas largas, los sombreros flexibles y los trajes descoloridos entre parduscos y grisáceos, en apariencia siempre los mismos.

Se había entregado a “escribir”, según se sabía, aunque nunca se hubiera entregado a

hablar... a hablar, en particular, de eso; y daba la impresión (ya que, según se creía, continuaba cogiendo la pluma) de que prosiguiera su actividad literaria para tener algo más -como si, de suyo, aún no tuviera bastante- sobre lo cual callar. Sea como fuere, lo cierto es que sus ocasionales versos y prosas, ignorados de todos, le permitían afirmar ante su propia mirada la integridad de su buen gusto y comprobar paladinamente la interdependencia de la fama y la mediocridad. La puerta verde de su propiedad se abría en una tapia de jardín cuyo estuco lucía agrietado y desvaído, y, en la pequeña mansión a la que aquélla daba paso, todo era vetusto: el mobiliario, los sirvientes, los libros y los grabados, las costumbres inmemoriales y aun los arreglos más recientes. A diez minutos de allí, los Mallow tenían su propia residencia, bautizada como Villa Carrara, cuyo taller se levantaba sobre un pequeño terreno que éstos, en su feliz optimismo, habían anexado a la propiedad con el fin de edificar tal santuario del arte. Ello había sido posible por la buena suerte, si es que no habría que llamarla mala, de que la señora Mallow, al desposarse, hubiera aportado a su marido una dote suficiente para procurarle una mínima seguridad y permitirle así, respecto del arte del cincel, mantenerse en sus trece. Y en sus trece se mantenían -siempre se habían mantenido- el engolado escultor y su esposa, en favor de los cuales la naturaleza había rizado el rizo privándolos de toda conciencia de lo difícil. De escultor, Morgan lo tenía todo excepto el espíritu de Fidias: la casaca de terciopelo marrón, el berretto apropiado, el “aspecto plástico”, los dedos melindrosos, un bonito acento italiano y un viejo fámulo traído de Italia. Parecía compensar todas sus ineptitudes cuando le ordenaba a Egidio en su lengua natal que hiciera girar alguno de los pedestales rotatorios que en el taller abundaban. En Villa Carrara todos eran muy italianizantes, y lo inconfesable del papel que este hecho representaba en la vida de Peter era, mayormente, que le aportaba, a fuer de británico a machamartillo, la justa cantidad de “extranjería” que era capaz de tolerar. Toda su Italia la constituían los Mallow, aunque en cierto modo era gracias a Italia por lo que le agradaban. Su sola preocupación era que Lance -así llamaban por abreviación a su ahijado- resultaba, a despecho de su educación en un colegio nacional, acaso una pizca demasiado italiano. Por otra parte, Morgan poseía el aspecto de la imagen adulatora que uno puede tener de sí mismo, semejante a aquéllas que cabe contemplar en esa gran sala del museo de los Uffizi dedicada a Autorretratos de Artistas. La única lamentación del Maestro era no haber nacido pintor en vez de escultor, a causa de su deseo de haber contribuido a la insigne colección sobredicha.

Con el tiempo se vio que Lance, de todas formas, sí que sentía la vocación de los pinceles; pues, cuando el muchacho frisaba ya en los veinte años, un buen día la señora Mallow le anunció al amigo, quien solía ser confidente de los problemas y preocupaciones más íntimos de la familia, que no parecía sino que en rigor de verdad no tenían más remedio que dejarlo seguir la carrera de pintor. Ya no podían permanecer insensibles ante la circunstancia de que no cosechaba ningún laurel en Cambridge, donde la facultad en que otrora había hecho Brench los estudios llevaba un año suavizándole las reprimendas únicamente por consideración a su padrino. Así, pues, ¿a qué obstinarse en la vana tentativa de formar lo imposible? Lo imposible -ello ya estaba sobradamente claro- era que Lance pudiese llegar a ser otra cosa que artista.

-¡Oh, cielos, cielos! -exclamó el pobre Peter.

-¿Cómo? ¿No cree usted en ello? -preguntó la señora Mallow, quien, aunque cumplidos ya los cuarenta, había conservado unos ojos de un violeta aterciopelado, una lisa piel lustrosa y un suave cabello rojizo.

-Que si no creo ¿en qué?

-Pues en la pasión que siente Lance.

-No sé bien a qué se refiere con eso de “creer en su pasión”. No se me había escapado, ciertamente, la propensión de Lance, desde su más tierna infancia, a enarbolar pinceles y mezclar colores; pero yo esperaba, lo confieso, que se le pasaría.

-Y ¿por qué habría de pasársele -preguntó ella con una hermosa sonrisa-, habida cuenta de los preciosos antecedentes familiares? Una pasión es una pasión... aunque claro está que, naturalmente, usted, mi buen Peter, no entiende nada de semejantes cosas. ¿Se ha extinguido la del Maestro alguna vez?

Por un momento, Peter apartó el semblante y, a su habitual manera informe, durante algunos instantes emitió un sonido intermedio entre un silbido atenuado y un rezongo reprimido.

-¿Cree usted que también él se convertirá en un Maestro? -preguntó.

Apenas si ella pareció dispuesta a llegar tan lejos, pero mostró, en conjunto, un aplomo maravilloso:

-Ya sé lo que quiere insinuar usted: ¿merecerá la pena una actividad que desencadenará las mismas envidias y suscitará las mismas maquinaciones que en ciertos momentos casi han resultado demasiado duras de soportar para el padre de Lance? Pues bien, contemos con ello, ya que nada excepto la trapacería, en la triste época en que vivimos, puede, por lo visto, asegurar el éxito, y ya que, si una maldición le ha otorgado el don del refinamiento y la exquisitez, uno fácilmente puede verse teniendo que mendigar el pan toda la vida. Pongámonos en lo peor: supongamos que él tenga la desgracia de volar tan alto que el gusto vulgar del ignaro populacho no pueda seguirlo. Recuerde, así y todo, la ventaja de que disfrutará él, la misma de que disfruta el Maestro. El conocerá.

Peter semejó pesaroso:

Ah, pero ¿qué es lo que conocerá?

-¡La felicidad interior! -exclamó la señora Mallow con entonación algo impacientada. Y se fue.

Naturalmente, Peter hubo de tener, poco después, una charla sobre aquello con el propio joven y oírle que, virtualmente, estaba ya todo decidido. Lance no iba a volver más a la Universidad e iba a marcharse a París, donde podría, ya que la suerte estaba echada, encontrar reunidas el máximo número de facilidades. Peter siempre había tenido la impresión de que era necesario aceptar a su ahijado tal como era, pero quizá nunca hasta este momento se había visto tan forzado a verlo como era realmente:

-Entonces, ¿es que abandonas Cambridge por completo? ¿No es bastante lamentable?

Al modo de ver del amigo, Lance se habría parecido a su padre si hubiese sido menos humorista y a su madre si hubiese sido más hermoso. Pero era una buena solución intermedia, para Peter, eso de que, a la manera de los jóvenes modernos, tuviera, a primera vista, más bien el aire de un corredor de bolsa que el de un artista en agraz. El muchacho hizo valer que se trataba de una cuestión de tiempo: le quedaban tantas experiencias por vivir, tantos hechos por observar. Había sostenido algunas conversaciones con sus camaradas y se había formado su opinión propia al respecto:

-En nuestros días -dijo- lo que importa, ¿sabe usted?, no es llegar a adquirir erudición, sino discernimiento.

Ante esto, su interlocutor emitió un gruñido:

-¡Oh, diablos, no quieras saber discernir!

Lance se maravilló:

-,Que “no” quiera saber discernir? Entonces, ¿qué tiene de bueno...?

-Qué tiene de bueno ¿el qué?

-Pues... todo. ¿No confía usted en mi talento? Peter aspiró su larga pipa, en silencio, durante un instante; después ahondó:

-No es el discernimiento, sino la ignorancia, lo que (nos lo dicen excelentemente) nos da la felicidad.

-Entonces, ¿no cree usted que yo tenga talento? -insistió Lance.

Peter, según su costumbre de inesperados gestos bonachones, puso su brazo en torno al cuello de su ahijado y lo mantuvo así un momento, diciendo:

-¿Qué sé yo?

-¡Ah -dijo el joven-, si es su propia ignorancia lo que está usted tratando de defender...!

De nuevo, durante una pausa, sentado en el diván, el padrino fumó.

-No se trata de eso -dijo-. Yo tengo la desgracia de ser omnisciente.

-¡Ah, caramba -dijo Lance riendo de nuevo-, si sabe usted demasiado...!

-De eso se trata precisamente, y he ahí por qué soy tan desdichado.

La jocundidad de Lance subió de punto:

-,Desdichado usted? ¡Venga ya!

-Pero me olvidaba -completó su compañero- de que tampoco deberías saber nada de este asunto. Eso sería, también para ti, saber demasiado. Voy a comunicarte tan sólo mis intenciones. -Peter se levantó del diván-. Si aceptas volver a Cambridge, yo te pagaré todos los gastos.

Lance lo miró de hito en hito, un tanto pesaroso a despecho de sentirse todavía más divertido.

-¡Oh, Peter! -exclamó-. ¿Desprecia usted París, pues, hasta ese extremo?

-Caramba, le tengo miedo.

-Ah, ya lo entiendo.

-No, tú no entiendes nada... no aún. Pero acabarás entendiendo; es decir, corres el riesgo de acabar entendiendo. Y eso no es bueno.

El joven reflexionó más seriamente:

-Pero mi inocencia ya está...

-¿Ya ha recibido golpes? Oh, ello tiene remedio -siguió Peter-; la restauraremos aquí.

-¿Aquí? Entonces lo que usted desea, ¿es que permanezca en casa?

Peter casi lo confesó:

-Caramba, estamos los cuatro tan bien como estamos, todos juntos... tan amparados unos por otros... Escucha, no lo eches a perder.

Ante esto, el joven, que ya se había tornado grave, pasó a la consternación,

impresionado ante el muy sentido tono de su amigo.

-Entonces, ¿a qué se dedicaría servidor?

-A ser mi ahijado. Atiende, muchacho -y ahora Peter suplicó de veras-, yo me ocuparía de tu manutención.

Lance, que con las piernas extendidas y las manos en los bolsillos había permanecido sentado en el diván, lo escudriñó con mirada desconfiada. Después se incorporó:

-Lo que usted piensa es que no tengo suficientes aptitudes, que no triunfaré.

-¿A qué te refieres con eso de triunfar?

Lance reflexionó de nuevo, y respondió:

-Caramba, el mejor triunfo, creo, consiste en satisfacerse a uno mismo. ¿No es de eso precisamente de lo que, a despecho de las maquinaciones y todo lo demás, disfruta (a su especial modo inimitable) el Maestro?

Tantísimas cosas incluidas en esta pregunta pedían contestación simultánea, que lo que a efectos prácticos hizo fue poner fin a la conversación, la cual se volvió singularmente difícil a la luz de tanta evidencia renovada de que, aunque posiblemente la inocencia del joven, durante el transcurso de sus estudios, como afirmaba él mismo, hubiera sufrido golpes, la quintaesencia de su candor permanecía intacta. Lo cierto es que ello era lo que Peter había dado por supuesto y lo que al propio tiempo deseaba por encima de todo; pero, debido a alguna perversión suya, la ingenuidad de Lance lo indignó. El joven creía en las maquinaciones y todo lo demás, creía en el especial modo inimitable, creía, en suma, en el Maestro. Uno o dos meses más tarde, no sólo Lance no había vuelto a Cambridge con todos los gastos pagados por su padrino, sino que además, quince días después del asentamiento de aquél en París, Peter le mandó cincuenta libras esterlinas.

Entretanto, en su país natal, Peter se había mentalizado para lo peor; y jamás lo que podía ser lo peor se le había prefigurado de una forma tan vívida como cuando, un domingo por la noche en que, como de costumbre, él acudió a casa de sus amigos para cenar, la señora de Villa Carrara lo saludó con una pregunta sobre -ni más ni menos- las riquezas de los canadienses. Ella hablaba en serio, hablaba casi con apasionamiento:

-Dígame: ¿hay muchos de ellos verdaderamente ricos?

Por fuerza él hubo de confesar no saber nada acerca de aquello, aunque posteriormente recordaría muchas veces esta velada. La habitación en que se hallaban estaba exornada con diversas muestras de la genialidad del Maestro, las cuales poseían el mérito de tener, como sugería a menudo la propia señora Mallow, unas dimensiones

infrecuentemente oportunas. Eran dimensiones en efecto poco usuales en las creaciones del cincel y ofrecían la peculiaridad de que, si los objetos y los detalles destinados a ser pequeños parecían demasiado grandes, los objetos y los detalles destinados a ser grandes parecían demasiado pequeños. La intención del Maestro, fuese en este respecto o en cualquier otro, había permanecido, en casi todos los casos, incluso tras el paso de años, inescrutable para Peter Brench. Las creaciones que tan insuficientemente la exteriorizaban se erguían, un poco por todas partes, sobre pedestales y ménsulas, sobre mesas y estanterías: todo un pequeño pueblo blanco de fija mirada, heroico, idílico, alegórico, mítico, simbólico, en que la “proporción” se había desviado y extraviado de tal manera que la plaza pública y la repisa de la chimenea parecían haber intercambiado sus papeles, pues todo lo monumental resultaba diminuto y todo lo diminuto monumental; las obras de estas dos categorías, por otra parte, eran, innegablemente, miembros de una estirpe en la cual, singular fenómeno, cada estatua no ofrecía ninguna información acerca de su respectiva profesión, edad o sexo. Al igual que los Mallow, ellas mismas, este pueblo de estatuas, componían la familia del desdichado Brench: por lo menos le eran, en grandísima medida, íntimamente familiares. La coyuntura presente era de aquéllas que desde hacía mucho tiempo había aprendido a identificar y a definir: breves fogonazos de la débil llama, dulces ráfagas de un aire más clemente. Dos veces al año, con regularidad, el Maestro confiaba en su suerte, aparte confiar todo el año en su genio. Esta vez la prosperidad tenía que estar asegurada con una pareja de luto, procedente de Toronto, que acababa de hacer el magnífico encargo: la ejecución de una tumba para tres niños difuntos, a quienes deseaban ver conmemorados, en el grupo escultórico, con un estilo a la par simbólico y realista.

Ése era naturalmente el trasfondo de la pregunta de la señora Mallow: al suponer que estos extranjeros eran adinerados, cabía creer, por la índole de la admiración de los mismos, así como por sus misteriosas alusiones (¡eran gente un poco extravagante!) dejadas caer a propósito de la posibilidad de otros encargos de este tenor funerario, en un patrocinio futuro; y no menos factible era que, si el Maestro conseguía adquirir una mínima notoriedad en aquellos lejanos pagos, una larga serie de clientes canadienses viniera inexorablemente a hacer sus pedidos. En otras ocasiones, Peter había visto afluencias de clientes coloniales o autóctonos, grupos de compradores que sin embargo habían producido poquísimos vacíos en la compañía marmórea que los rodeaba; pero se guardaba mucho, en circunstancias así, de hacer tambalearse tales ilusiones halagüeñas. Mientras duraban, constituían un bálsamo para la amargura ocasionada por las distinciones jamás obtenidas, el largo sufrimiento de las medallas y los diplomas constantemente otorgados a otros; y alimentaban, así, la lámpara destinada a lucir hasta el próximo eclipse. Ellos vivían, empero, al fin y a la postre -tal como siempre era maravilloso comprobarlo-, sobre un plan trascendente, apenas atentos a los altibajos de la existencia. Consentían, a veces, deliciosamente, en reconocer que el público, de cuando en cuando, no era demasiado infame como para desear comprar; pero jamás renunciaban a la muy honda convicción de que el Maestro era siempre demasiado excelso como para lograr vender. A menudo, Peter se decía que ellos estaban, sea como fuere, maravillosamente forjados para su destino: el Maestro tenía una vanidad, y su esposa una lealtad, cuyo mérito y encanto habrían sido disminuidos por el éxito,

privándolas de inocencia. Cualquiera puede resultar hechicero si vive bajo un hechizo, y, cuando Peter miraba el mercenario mundo exterior, todavía más falto de equilibrio y armonía que el propio museo del Maestro, se preguntaba si alguna vez habría conocido a otra pareja tan por completo ajena a las infamias de lo corriente.

-¡Qué mala pata que Lance no esté aquí presente para regocijarse con nosotros! -suspiró aquella noche la señora Mallow durante la cena.

-Beberemos a la salud del ausente -repuso su marido, y llenó el vaso de su amigo y el suyo. Vertió una gota en el de su compañera y prosiguió:- De todos modos, esperemos que él alcance una felicidad menos parecida a la nuestra de esta noche (¡comprensible por otra parte, todo hay que admitirlo!) que a la serenidad (ésa que no depende de las circunstancias) de que nosotros siempre hemos podido disfrutar. ¡Esperemos que alcance -aclaró el Maestro, retrepándose en su sofá, bajo la grata luz de lámpara y junto al grato fuego de chimenea, alzando su vaso y paseando la mirada por su familia de mármol, monstruosa progenie más o menos presente en todas las habitaciones-, esperemos que alcance la felicidad que hay en la mera práctica hermosa de un arte!

Peter estudió su vino con aire un poco cohibido:

-¡Hum! Me importa poco el nombre con que califique usted la situación en que un artista permanece ignorado, mas es necesario que Lance sí aprenda a vender, creo yo. ¡Brindo por que él se haga con el secreto de la vil popularidad!

-Oh sí, él debe vender -concedió con sorprendente sinceridad la madre del muchacho, la cual había tenido que ser aún más, no obstante, como esta declaración semejó patentizarlo, la esposa del Maestro.

-Oh -dictaminó confiadamente, tras una pausa, el escultor-, Lance venderá. No temas. Habrá aprendido.

-He ahí precisamente -comentó con malicia la señora Mallow- lo que exasperó a Peter (¿por qué diantres se mostró usted tan pérfido, Peter?) cuando Lance le habló sobre ello.

Cuando la dama de sus pensamientos lo miraba con afectuoso reproche -favor no infrecuente de su parte-, Peter nunca encontraba las palabras; pero el Maestro, que era la mismísima personificación de la donosura y el tacto, lo ayudó a salir de este trance como tantas veces lo había hecho:

-Es la manía de Peter, ya sabes, a propósito de la cual Peter y yo hemos diferido tantas veces: él sostiene la teoría de que el artista debe ser tan sólo impulso e instinto. Yo sostengo, evidentemente, que es necesario un poco de aprendizaje: no demasiado, pero sí en una proporción conveniente. Ahí tienes -terminó de explicarle a su esposa- por qué protestó pensando en los riesgos que, ya ves, podría correr Lance.

-Ah, claro -y a través de la mesa volvió a orientar la señora Mallow sus ojos violeta hacia el suscitador de aquella explicación-, él sólo podía tener, por supuesto, buenas intenciones; pero ello no quita que, si Lance hubiera seguido su consejo, él habría resultado, a la hora de la verdad, horriblemente cruel.

Ellos tenían una forma cordialmente bromista de hablar de Peter en su propia presencia como si éste fuese de arcilla o -a lo sumo- de yeso, e, invariablemente, el Maestro se mostraba magnánimo. Se habría dicho que ordenaba a Egidio que lo hiciese girar en su pedestal.

-Oh, pero el pobre Peter -dijo- no andaba tan equivocado al hablar de las cosas que quizá, al fin y al cabo, esté aprendiendo Lance.

-Huy, no creo que se trate de nada grave en lo referente a sus planes artísticos -insistió ella... todavía, al parecer del pobre Peter, pícara y traviesa.

-En efecto: se tratará tan sólo de las pequeñas triquiñuelas a la francesa -dijo el Maestro; ante lo cual su amigo tuvo que fingir reconocer, presionado por la señora Mallow, que había sido únicamente su recelo hacia esos vicios estéticos lo que había motivado sus inquietudes.

3

-Ahora ya sé -le dijo Lance al cabo de un año- por qué se opuso usted a mi proyecto. - De vuelta a su país, naturalmente por un corto plazo de tiempo, el joven se inclinaba a permanecer en Villa Carrara, donde había hecho ya, dos o tres veces tras su partida, breves reapariciones. Su presente estadía se anunciaba como un periodo de vacaciones más prolongado-. Me ha sobrevenido algo bastante terrible. No es tan bueno esto de saber la verdad.

-He de decir que efectivamente no tienes alegre el semblante -se vio Peter forzado a convenir bastante pesarosamente-. De todos modos, ¿estás segurísimo de que la sabes?

-Cuando menos, sé todo lo que puedo soportar. -Estas observaciones eran intercambiadas en la residencia de Peter, y el joven, fumando un pitillo, estaba junto a la chimenea con la espalda vuelta al fuego. Era cierto que la expansividad de su juventud parecía haberse apaciguado ya un poco.

El pobre Peter quedó impresionado:

-Caramba, ¿has comprendido realmente los motivos personales que yo tenía para no querer que fueras a París?

-¿Personales? -Lance reflexionó-. Me parece que, en lo atinente a motivos personales,

sólo puede haber uno.

Permanecieron un momento sondeándose el uno al otro.

-¿Estás completamente seguro?

-¿Completamente seguro de ser un fracasado sin una sola pizca de talento?
Completamente. Desde hace algún tiempo.

-¡Ah! -Y Peter se volvió de espaldas, se habría dicho que casi tranquilizado.

-Ese es el poco agradable descubrimiento que he hecho.

-Oh, “ése” no me preocupa -dijo Peter, tornando a encararlo a renglón seguido-. Quiero decir que, personalmente, me es igual.

-¡No obstante, reconocerá usted que a mí no me es igual!

-Vaya, ¿qué pretendes decir con eso? -preguntó Peter con escepticismo.

Y, ante esto, Lance hubo de explicar... cómo su aprendizaje en París sólo había servido para enseñarle implacablemente las dudosas características de su talento. Su aprendizaje lo había iluminado, de tal manera que una luz nueva refulgía en sus ojos; pero esta luz había tenido por efecto desvelarle demasiadas cosas:

-¿Sabe usted la causa de mi sufrimiento? Un exceso de inteligencia. En el fondo, París era el último lugar adonde habría debido ir. He aprendido a darme cuenta de mis insuficiencias.

El pobre Peter quedó conmovido: lo que Lance había recibido era un mazazo; pero, incluso tras la larga conversación durante la cual el joven anunció, sin ambages, la dura verdad que había aprendido a sus propias expensas, su amigo traslució menos satisfacción que la que en casos parecidos se manifiesta en un semblante connotador del suave comentario: “Ya te lo había advertido yo.” En esta ocasión el pobre Peter aludió tan poco a lo que ya le había advertido él, que, uno o dos días más tarde, Lance no pudo menos que retomar la cuestión:

-¿Qué era lo que (antes de mi partida) en realidad temía usted que yo descubriese?

Esto, empero, Peter rehusó contestárselo: le argumentó que si él solo no lo había adivinado ya, probablemente jamás lo adivinaría, y que en tal caso resultaba contraproducente, para ambos a dos, sin ningún género de dudas, formular el motivo de sus temores. Lance lo atalayó, al calor de esto, durante unos instantes, con la insolente curiosidad de la juventud... incluso con el aire de que estuviesen cruzándole el espíritu dos o tres hipótesis plausibles, alguna de las cuales debería ser certera. Sin embargo,

Peter, dándose la vuelta otra vez, no le ofreció ninguna ayuda, y cuando se separaron, el joven realizó uno que otro aspaviento de irritación. Congruentemente, en su siguiente encuentro, Peter discernió a simple vista que, durante el intervalo, Lance lo había adivinado todo y que, para hablarle de ello, tan sólo estaba esperando a que se presentase la ocasión propicia. Se las compuso para facilitarle pronto otra entrevista, y su ahijado espetó sin rodeos:

-¿Sabe usted que su enigma me impedía dormir? Pero durante mis meditaciones vigiliales me llegó la respuesta... y, a fe mía, me hizo estallar en carcajadas. ¿Supone usted que realmente me hacía falta ir a París para descubrir eso? -Al verlo, incluso en este instante, mantener su reserva con tan sublime heroísmo, el joven amigo de Peter no pudo menos que echarse a reír de nuevo-: ¿No dará usted ninguna señal de asentimiento antes de cerciorarse por completo? ¡Admirable viejo Peter! -Pero Lance finalmente se explayó-: Pues bien, diablos, se trata de la verdad sobre el Maestro.

Esto provocó por ambas partes, durante los siguientes momentos, un vívido pasaje, en que cada uno de ellos se asombró ante el asombro del otro.

-Pero, entonces, ¿desde cuándo sabías...?

-...¿el valor exacto de su obra? Lo supe -dijo Lance, haciendo un esfuerzo memorístico- desde que empecé a enterarme de la realidad de las cosas. Aunque reconozco que no lo vi con absoluta claridad hasta que estuve là-bas.

-¡Piedad, piedad! -se lamentó Peter con un terror retrospectivo.

-Pero ¿por quién me tomaba usted? Yo soy un inepto incurable: eso sí ha habido necesidad de que me lo metieran a la fuerza en la cabeza. ¡Pero, al menos, no soy tan inepto como el Maestro! -declaró Lance.

-Entonces, ¿por qué nunca me dejaste ver...?

-...¿que yo, a fin de cuentas -completó el joven-, no era tan idiota? Pues precisamente porque nunca me había imaginado que usted sabía. Pero le pido perdón. Sencillamente quería ahorrarle desconciertos. Y lo que ahora no se me alcanza es cómo diantres, en tal caso, ha conseguido usted mantener su boca cerrada durante tanto tiempo.

Peter le brindó la explicación, pero sólo después de cierta demoranza y con una gravedad no exenta de balbuceos:

-Fue por tu madre.

-¡Oh! -dijo Lance.

-Y ahora eso es lo primordial, ya que se ha descubierto el pastel. Te exijo una promesa.

Me refiero -y Peter se explicó casi febrilmente- a un juramento por tu parte, un juramento solemne que debes hacerme aquí ahora mismo: el de sacrificar cualquier cosa antes que dejarla descubrir...

-...¿lo que yo descubrí? -Lance lo meditó-. Comprendo. -A las claras, tras un instante, ya había meditado muchísimo-: Pero ¿qué es lo que usted cree que podría yo verme en la coyuntura de sacrificar?

-Oh, siempre se posee algo susceptible de tener que ser sacrificado.

Lance lo miró intensamente:

-¿Quiere eso decir que usted ha tenido que...? -Sin embargo, la mirada que recibió en correspondencia eludió esta interrogante tan drásticamente que el joven se apresuró a abordar otra vertiente del asunto-: ¿Está usted verdaderamente seguro de que mi madre no sospecha nada?

Tras renovadas cavilaciones, Peter estuvo verdaderamente seguro:

-Si lo sabe, entonces es que es de todo punto extraordinaria.

-Pero ¿no somos todos aquí unos fenómenos?

-Sí -concedió Peter-; pero de modos diferentes. Lo que te exijo es de cabal importancia porque el restringido público de tu padre, como bien sabes -se extendió Peter-, se compone de... a ver, ¿de cuántas personas?

-En primer lugar -tuvo el hijo del Maestro la audacia de decir- de sí mismo. Y en último lugar, también. No sé de otra persona.

Peter tuvo un asomo de irritación:

-Y de tu madre, córcholis, siempre.

Lance lo reconsideró.

-¿Tiene usted absoluta certeza?

-Absoluta.

-Bien, pues con usted ya son tres.

-¡Oh, conmigo! -Y Peter, con un ademán de su vieja cabeza benévola, se minimizó modestamente-: El grupo es, de todos modos, tan exiguo que una disidencia, si llegare a producirse, se dejaría notar cruelmente. ¡Por consiguiente, en resumidas cuentas,

esfuérzate, mi querido muchacho (eso lo es todo), en no escindirte tú del grupo!

-¿Tengo que perpetuar la farsa? -gimió Lance.

-Precisamente ha sido para ponerte en guardia contra los peligros de una defección por tu parte el motivo de que yo haya preparado esta ocasión.

-Y ¿en qué cree usted -preguntó el joven- que consisten concretamente esos peligros?

-Pues mira, desde el momento en que tu madre, capaz de tan apasionadas emociones, sospechase tu secreto... vaya -dijo Peter porfiadamente-, eso sería como encender un reguero de pólvora.

Pareció, por unos momentos, que Lance siguiera con su mirada el recorrido de la llama:

-¿Ella me repudiaría?

-Ella lo repudiaría a él

-Y ¿se sumaría a nuestro bando?

Antes de contestar, Peter apartó el semblante.

-Se sumaría a tu bando. -Pero con esto ya había dicho lo suficiente para describir -y, según esperaba manifiestamente, para evitar- la horrenda posibilidad.

4

Durante los seis meses siguientes, empero, sus temores se renovaron, con toda virulencia, más de una vez. Lance había regresado a París para intentarlo de nuevo; después de ello volvió al redil, y tuvo con su padre, por vez primera en su vida, una de esas escenas que hacen saltar chispas. Con mucha expresividad, el joven se la narró a Peter, respecto del cual -ello era algo sin precedentes- constituía una manifestación de reserva inusitada por parte del matrimonio de Villa Carrara el que en esta ocasión rehusaran, tratándose de una cuestión de orden íntimo, espontanearse -ya que no con júbilo, entonces con consternación- ante su excelente amigo. Acaso esto produjo, a efectos prácticos, entre las dos partes, una ligera frialdad y un cierto espaciamiento en sus amistosas relaciones... patentizados primordialmente por la circunstancia de que, para estar en condiciones de hablar a sus anchas con su viejo compañero de juegos, Lance debiera, normalmente, ir a visitarlo en su residencia. De esta guisa surgieron entre ellos las más estrechas, aunque desde luego no las más jocosas, relaciones mutuas que tuvieran jamás. El malestar del pobre Lance se debía a la tensión que primaba en su hogar, engendrada por el hecho de que su padre deseaba que llegase, como mínimo, al grado de triunfo a que había llegado él. Lance no había “renunciado” a París, no obstante tener la vívida sensación de que París había renunciado a él; estaba dispuesto a

regresar allí por la fascinación que le producía ensayar, ver, sondear las profundidades: aprender la lección, en definitiva, aun cuando la lección consistiese simplemente en percatarse de la impotencia propia al desarrollarse el sentido crítico propio. En cambio, el Maestro, ensimismado en su mediocre fecundidad, ¿qué sabía acerca de la impotencia y qué sentido crítico digno de tal nombre había desarrollado en toda su vida de altivez? Enardecido e indignado, Lance recabó con franqueza el parecer de su padrino.

A Lance, por lo visto, su padre lo había reprendido con dureza, pues no podía perdonarle no tener, después de tanto tiempo, ninguna obra que enseñarle, y esperaba que, tras su próxima ausencia, ya hubiese subsanado tamaña omisión. Lo esencial según explicaba el Maestro con complacencia, consistía -para todo artista, aunque no fuese tan grande como él- en al menos “producir” obras. “¿Qué eres tú capaz de producir? ¡Es todo lo que te pido!” Desde luego que él había producido suficientemente, y no cabía duda de que tenía obras que enseñar. A Lance le aparecieron lágrimas en los ojos cuando le confesó a su viejo amigo cuán duro era el “sacrificio” que éste le exigía. No le era fácil mantener una farsa absurda -la de hijo admirador de su padre- después de haberse visto escarnecido por no desear ser una nulidad prolífica. Pero Peter, una vez al corriente de la situación, insistió en imponerle una noble hipocresía; y, durante cierto tiempo, su joven amigo, aun amargado y herido, se las industrió para seguir procurándole ese consuelo lealmente. Cincuenta libras esterlinas recompensaron, todo hay que decirlo, más de una vez, tanto en Londres como en París, la lealtad del joven amigo... no menos eficazmente, sin duda, ahora, por ser informado de que tal dinero no era sino un adelanto sobre un cuantioso legado cuyo último destino Peter había determinado secretamente desde hacía mucho tiempo. Mediante estas artes u otras, en todo caso, el justo furor de Lance pudo ser aplacado durante una temporada... aunque sólo durante una. Día llegó en que Lance le advirtió a su padrino que ya no podía resistirlo más, o, mejor dicho, que le era imposible contenerse. En Villa Carrara había tenido que aguantar otro sermón pronunciado con gran rimbombancia: imposición ésta más onerosa, a esas alturas, de lo que, sin la posibilidad de contraatacar o decirle al Maestro cuatro verdades, podía soportar un ser de carne y hueso.

-Y yo no me explico -observó Lance con cierta irritación por echar en falta los miramientos que, a fin de cuentas, pensándolo bien, le eran debidos a él mismo-, no me explico, a fe mía, cómo puede usted, al punto a que han llegado las cosas, seguirle el juego.

-Oh, para seguirle el juego me es preciso tan sólo retener la lengua -dijo Peter con calma-. Y además tengo mis motivos.

-¿Siempre mi madre?

Peter evidenció su turbación como solía hacerlo; vale decir, apartó el semblante bruscamente.

-¿Qué quieres que le haga? Jamás he dejado de sentir cariño hacia ella.

-Es hermosa, y es un cielo de mujer, no cabe duda -concedió Lance-; pero, en definitiva, ¿qué es lo que representa ella para usted, y qué interés tiene usted en lo que ella haga o deshaga?

Peter, que se había arrebolado, hizo una breve tregua. Después contestó:

-Bueno, es por las reacciones que sus reacciones me producirían a mí.

Ahora hubo, empero, en su joven amigo, una insistencia extraña, intencional:

-En definitiva, ¿qué es lo que representa usted para ella?

-Huy, nada. Pero eso no hace al caso.

-Ella sólo ama a mi padre -dijo Lance el parisiense.

-Naturalmente, y he ahí precisamente mis motivos.

-¿Por qué desea usted evitárselo?

-Porque ella lo ama tan apasionadamente.

Lance dio una vuelta por la habitación, aunque con la mirada siempre clavada en su anfitrión, y dijo:

-¡Ha debido usted sentir hacia ella un tremendo... cariño!

-Tremendo. Siempre -dijo Peter Brench.

Por un momento el joven prosiguió meditando; después tornó a colocarse delante de Peter:

-¿Sabe usted hasta qué punto ella lo ama a él? -Ante esto se cruzaron los ojos de ambos, mas Peter, como si su mirada entreviese algo nuevo en la de Lance, pareció vacilar, por vez primera en muchísimo tiempo, en decir que lo sabía todo-. Yo lo he sabido hace nada -dijo Lance-. Ayer por la noche, ella se presentó en mi habitación después de haber estado presente, silenciosa, con los ojos fijos en mí, en la escena que con él hube de arrostrar; se presentó... y estuvimos hablando juntos a lo largo de una insólita hora.

Lance hizo aún una pausa, y de nuevo se sondearon el uno al otro durante unos instantes. Entonces, una luz súbita, que lo hizo palidecer, iluminó a Peter:

-¿Ella lo sabe?

-Ella lo sabe. Me lo confesó todo... para pedirme a mí tan sólo eso, como dijo ella: eso de lo cual ella ha sido capaz. Ella siempre, siempre lo ha sabido -dijo Lance, sin piedad.

Peter quedó mudo un largo rato, durante el cual su ahijado habría podido escuchar su silencioso gemido profundo y, si le hubiese puesto encima una mano, habría podido advertir en él la vibración de una prolongada exclamación reprimida. Para cuando Peter habló, por último, ya había apurado su cáliz:

-En tal caso, me doy cuenta de con cuánta pasión...

-¿Verdad que es prodigioso? -dijo Lance.

-Prodigioso -musitó Peter.

-¡Conque si todo su esfuerzo por alejarme de París no tenía otro fin que el de preservar mi ignorancia...! -exclamó Lance con un gesto que simbolizó elocuentemente el fracaso de aquella tentativa.

Habría podido ser dicho fracaso lo que Peter pareció contemplar detenidamente por unos momentos.

-¡Creo que sobre todo (sin que fuese yo consciente de ello en su momento) tenía el fin de preservar mi ignorancia! -repuso finalmente éste, apartando el semblante.

La edad madura

[Cuento. Texto completo.]

Henry James

Aquel día de abril era templado y luminoso, y el pobre Dencombe, feliz en la presunción de que sus energías se recuperaban, estaba parado en el jardín del hotel, comparando los atractivos de diversos paseos tranquilos, con una parsimonia en la cual, empero, todavía se echaba de ver cierta laxitud. Le gustaba la sensación de Sur, en la medida en que se la pudiera tener en el Norte; le gustaban los acantilados arenosos y los pinos arracimados, incluso le gustaba el mar incoloro. “Bournemouth es el lugar ideal para su salud” había sonado a simple anuncio, pero ahora él se había reconciliado con lo prosaico. El amigable cartero rural, al cruzar por el jardín, acababa de entregarle un paquetito, que él se llevó consigo dejando el hotel a mano derecha y encaminándose con andar circunspecto hasta un oportuno banco que ya conocía, en un recoveco bien

abrigado en la ladera del acantilado. Daba al Sur, a las coloreadas paredes de la Isla de Wight, y por detrás estaba guarecido por el oblicuo declive de la pendiente. Se sintió bastante cansado cuando lo alcanzó, y por un momento se notó defraudado; estaba mejor, desde luego, pero, después de todo, ¿mejor que qué? Nunca volvería, como en uno o dos grandes momentos del ayer, a sentirse superior a sí mismo. Lo que de infinito pueda tener la vida había desaparecido para él, y lo que le quedaba de la dosis otorgada era un vasito marcado como lo está un termómetro por el farmacéutico. Se quedó sentado con la vista clavada en el mar, que parecía toda superficie y cabrilleo, harto más superficial que el espíritu del hombre. El abismo de las ilusiones humanas, ése sí que era la auténtica profundidad sin mareas. Sostenía el paquete, que a todas luces era de libros, en las rodillas, sin abrirlo, alegrándose, tras el ocaso de tantas esperanzas (su enfermedad lo había hecho ser consciente de su edad), de saber que estaba ahí, pero dando por hecho que ya jamás podría haber una repetición completa del placer, tan caro a la experiencia juvenil, de verse a sí mismo “recién impreso”. Dencombe, que tenía una reputación, había publicado demasiadas veces y sabía de antemano demasiado bien cómo luciría.

Ese aplazamiento tuvo como vaga causa adicional, al cabo de un rato, a un grupo de tres personas -dos mujeres y un joven- a quienes, más abajo que él, se veía avanzar errabundos, juntos y al parecer callados, a lo largo de la arena de la playa. El joven tenía la cabeza inclinada hacia un libro y de vez en cuando se quedaba parado por el hechizo que sobre él ejercía ese volumen que, como percibía Dencombe incluso a esa distancia, tenía una cubierta chillonamente roja. Entonces, sus compañeras, un poco por delante, lo esperaban a que las alcanzara, hurgando en la arena con sus sombrillas y mirando alrededor el cielo y el mar, paladinamente conscientes de la belleza del día. A aquellas cosas el joven del libro se mostraba ajeno aún más paladinamente; retrasándose, fascinado, absorto, era motivo de envidia para un observador a quien se le había marchitado toda candidez de su relación con la literatura. Una de las mujeres era voluminosa y entrada en años; la otra exhibía la delgadez de una contrastante juventud y de una situación social seguramente inferior. La mujer voluminosa transportaba la imaginación de Dencombe hacia la época de la crinolina; tenía un sombrero en forma de champiñón, adornado con un velo azul, y la portadora del mismo, en su agresiva imponencia, parecía aferrarse a una moda desvanecida y aun a una causa perdida. Al cabo su compañera sacó de entre los pliegues de un mantón una cojeante silla portátil, que desplegó rápidamente y de la cual tomó posesión la mujer voluminosa. Este acto, junto con algo en los movimientos de la una y de la otra, instantáneamente caracterizó a las ejecutantes -éstas actuaban para recreo de Dencombe- como matrona opulenta y como humilde señorita de compañía. Por lo demás, ¿de qué servía ser un novelista probado si no se era capaz de establecer las relaciones personales existentes entre tales figuras? Como por ejemplo: la imaginativa teoría de que el joven era hijo de la matrona opulenta, y de que la humilde señorita de compañía, hija de clérigo o de funcionario, abrigaba una secreta pasión por él. ¿No era visible eso por el modo como ésta última se había deslizado furtivamente detrás de su benefactora para volver la vista hacia donde él se había permitido quedarse completamente quieto en tanto su madre se sentaba a descansar? Ese libro era una novela; tenía la llamativa tapa de las ediciones económicas,

y él, mientras el romanticismo de la vida quedaba desdeñado a su lado, se perdía en el romanticismo de la biblioteca circulante. Maquinalmente se trasladó a donde era más blanda la arena, y se dejó caer en ella para acabar el capítulo a sus anchas. La humilde señorita de compañía, desalentada por la inaccesibilidad masculina, erraba, con la cabeza martirizadamente gacha, en otra dirección, y la señora descomunal, contemplando las olas, ofrecía una borrosa semejanza con una máquina voladora caída en pedazos.

Cuando empezó a desinteresarlo este espectáculo, Dencombe se acordó de que tenía, a fin de cuentas, otro pasatiempo aguardándolo. Aunque tanta celeridad fuera infrecuente por parte de su editor, él ya podía extraer del envoltorio su obra “más reciente”, quizá su obra última y final. La cubierta de La edad madura era certeramente llamativa, el aroma de las rozagantes páginas era el mismísimo olor de la beatitud; pero, de momento, él no pasó de ahí, habiéndose percatado de una rara alienación. Se le había olvidado de qué trataba su propio libro. El último ataque de su vieja dolencia, de la cual había venido ilusamente a protegerse a Bournemouth, ¿había quizá interpuesto un vacío absoluto respecto de lo que había precedido al mismo? Había finalizado la corrección de galeradas antes de salir de Londres, pero la posterior quincena en cama había pasado una esponja sobre los matices. No habría podido salmodiarse a sí propio una sola de sus frases, ni podía dirigirse a ninguna determinada página con curiosidad o seguridad. Se le había ido su tema, quedándole apenas una conjetura. Lanzó un sordo gemido al respirar el frío de su vacío absoluto: éste parecía tan desesperadamente representar la culminación de un siniestro proceso. Las lágrimas visitaron sus apacibles ojos: algo precioso se había evaporado. Tal había sido la congoja más punzante de unos cuantos años a esta parte: la sensación de la mengua del tiempo, de la reducción de las oportunidades; y lo que ahora notaba no era tanto que estuviera escapándose su última oportunidad, cuanto que ya se le había escapado del todo. Aunque había hecho todo lo que podía, aún no había hecho lo que quería. Ése era el desgarró: que, virtualmente, su carrera había llegado a su término: era tan violento como una mano brutal en la garganta. Se levantó nerviosamente de su asiento, cual criatura invadida por el pavor; luego, en su debilidad, tornó a arrellanarse y abrió tembloroso la novela. Era un solo volumen: él prefería los volúmenes únicos, aspirando a una concisión exquisita. Se puso a leer, y poco a poco, en esa ocupación, fue sintiéndose tranquilizado y serenado. Todo principió a volver a su mente, pero volvía con asombro; volvía, sobre todo, con una belleza elevada y radiante. Leyó su propia prosa, pasó sus propias páginas, y, sentado allí, con el sol de primavera en sus hojas, sintió una peculiar e intensa emoción. Su carrera se había terminado, sin duda, pero, al menos, se había terminado con aquello.

Durante su enfermedad había olvidado el trabajo del año pasado... pero lo que más había olvidado era que fuese tan extraordinariamente bueno. Volvió a zambullirse en su narración, y fue arrastrado a sus profundidades, como por mano de una sirena, hasta donde flotan extraños temas silenciosos en el tenue mundo sumergido de la ficción, la gran cisterna esmaltada del arte. Reconoció su tema y se rindió a su propio talento. Seguramente su propio talento nunca se había mostrado tan acendrado como en aquella ocasión. Sus ineptitudes seguían allí, pero lo que también seguía allí, para su

percepción, aunque probablemente, ¡ay!, para la de nadie más, era la maña con que en la mayoría de los casos las había remontado. En el sorprendido goce de esa su destreza, entrevió un posible indulto. De seguro que su fuerza aún no estaba agotada; en ella todavía quedaba vida y servicio. No le había venido fácilmente, había llegado de modo tardío y esquivo. Era hija del tiempo, nutrida por la dilación; él había luchado y sufrido por ella, realizando incontables sacrificios, y ahora que la misma había madurado de veras, ¿iba a cesar de producir, iba a declararse brutalmente derrotada? Para Dencombe hubo una infinita satisfacción en sentir, como jamás anteriormente, que la pertinacia vincit omnia. El resultado producido en su librito era, sin saber muy bien cómo, un resultado que había rebasado sus propósitos conscientes; no parecía sino que él hubiera plantado su genio, se hubiera fiado de su método, y ellos hubieran crecido y florecido con esta bonanza. No obstante, aunque el logro había sido genuino, el proceso había sido bastante trabajoso. Lo que tan intensamente veía hoy, lo que sentía como un cuchillo clavado en sus entrañas, era que sólo ahora, en el tramo final, había llegado a la plena posesión de su capacidad. Su desarrollo había sido anormalmente lento, casi grotescamente paulatino. La experiencia lo había estorbado y retardado y, durante luengos períodos, él no había hecho sino buscar el camino a tientas. Se le había ido demasiada parte de su vida en producir demasiado poco de su arte. Por fin el arte había llegado, pero había llegado detrás de todo lo demás. A ese ritmo, una sola existencia era demasiado corta: sólo lo bastante larga para reunir material, de tal guisa que, para fructificar, para hacer uso de ese material, era menester una segunda existencia, una prórroga. Por esa prórroga fue por lo que suspiró el pobre Dencombe. Hojeando las últimas páginas de su libro se dolió:

-¡Ah, quién tuviera otra oportunidad! ¡Ah, qué no daría yo por una ocasión mejor!

Las tres personas a quienes había observado en la arena se habían esfumado y luego habían reaparecido: ahora estaban subiendo por un sendero, una subida artificial y cómoda, que conducía a lo alto del acantilado. A mitad de dicho caminito se hallaba el banco de Dencombe, en un saliente resguardado, y, en este instante, la señora voluminosa, persona maciza y heterogénea, de agresivos ojos oscuros y simpáticas mejillas coloradas, resolvió tomarse unos momentos de descanso. Llevaba unos largos guantes que se le habían manchado y unos inmensos pendientes de diamantes; al principio pareció vulgar, pero contradijo esa expectativa con un tono afablemente desenvuelto. Mientras sus acompañantes se quedaban aguardando de pie por ella, extendió sus faldas en el otro extremo del banco de Dencombe. El joven llevaba gafas de aros dorados, a través de los cuales, con el dedo aún metido en su libro de cubierta roja, lanzó una ojeada al volumen, encuadernado en la misma tonalidad del mismo color, que descansaba sobre el regazo del primer ocupante del banco. Luego de un instante, Dencombe creyó comprender que al joven lo sorprendía la similitud, que había reconocido el sello dorado en la tela carmesí, que él también estaba leyendo *La edad madura*, y que después tomaba conciencia de que había alguien más que iba a la par que él. El desconocido se sentía desconcertado, tal vez incluso una pizca contrariado, al descubrir no ser la única persona que había tenido la ventura de que le llegara a las manos uno de los primeros ejemplares. Los ojos de los dos lectores se encontraron un

momento, y a Dencombe le hizo gracia la expresión de la mirada de su competidor o incluso, podría inferirse, de su admirador. Con ella confesaba cierta ofensa, semejaba decir: “¡Por todos los diablos, ¿ya lo tiene éste?! ¡Claro que será uno de esos estomagantes críticos literarios!” Dencombe escondió de la vista su ejemplar mientras la matrona opulenta, irguiéndose tras su descanso, prorrumplía en un:

-¡Ya experimento lo bien que sienta este aire!

-Yo no puedo afirmar lo mismo -dijo la señorita angulosa-. Yo me noto muy decaída.

-Yo me noto enormemente hambrienta. ¿Para qué hora ha solicitado usted el almuerzo?

-continuó su protectora.

La joven desvió hacia su compañero la pregunta:

-El almuerzo lo encarga siempre el doctor Hugh.

-Hoy no he encargado nada: voy a hacerla seguir un régimen -dijo su compañero.

-En ese caso, me voy a mis habitaciones a dormir. Qui dortdine!

-Les rogaría que me excusaran un rato. ¿Puedo dejarla en manos de la señorita Vernham? -preguntó el doctor Hugh a su compañera de más edad.

-¿No confía el doctor Hugh en usted? -preguntó ésta traviesamente.

-¡No demasiado! -osó declarar la señorita Vernham, mirando hacia el suelo-. Usted debe venir con nosotras, por lo menos hasta nuestro alojamiento -siguió, en tanto que la señora a quien parecían rendir pleitesía comenzaba a reanudar la subida. Dicha señora ya se había apartado un tanto del alcance de sus voces; no obstante, habida cuenta de la presencia de Dencombe, la señorita Vernham se volvió menos claramente audible a fin de quejarse al joven-: ¡Creo que no es usted consciente de todo lo que le debe a la condesa!

Indiferentemente, por un instante, el doctor Hugh dirigió hacia ella la refulgencia de la dorada montura de sus gafas:

-¿Es ésa la impresión que le doy? ¡Me hago cargo, me hago cargo!

-Es rematadamente buena con nosotros -insistió la señorita Vernham, obligada, ante la inmovilidad de su interlocutor, a seguir allí a despecho de estar comentando asuntos privados. ¿De qué habría servido que Dencombe fuera sensible a los matices si no hubiese sido capaz de detectar en esa inmovilidad del joven una extraña influencia por parte del callado convaleciente anciano de la capa de paño escocés? De pronto la señorita Vernham pareció darse cuenta de una tal motivación, pues luego de un instante

agregó:- Si lo que usted quiere es tomar el sol aquí, puede regresar después de acompañarnos hasta el hotel.

Ante esto, el doctor Hugh titubeó, y Dencombe, pese a su deseo de simular que no se daba cuenta de nada, se arriesgó a mirarlo solapadamente. Con lo que de hecho acertaron ahora a encontrarse sus ojos fue, por parte de la señorita, con una extraña mirada fija, vidriosa por naturaleza, que hizo que el aspecto de la misma le recordara un personaje (no consiguió evocar su nombre) de alguna obra teatral o algún relato novelesco: alguna siniestra institutriz o solterona trágica. Ella parecía escudriñarlo, desafiarlo, decirle, con una indiscriminada ojeriza: “¿Por qué tiene usted que interferir en nuestros asuntos?” En ese mismo momento les llegó desde arriba la voz de la condesa, con sustancioso humor:

-¡Vengan, vengan, corderitos míos, tienen que ir detrás de su vieja bergère!

Ante esto la señorita Vernham se apartó para reanudar la ascensión, y el doctor Hugh, tras otra silenciosa apelación a Dencombe y un instante de visible demoranza, depositó su ejemplar en el banco, como para guardarse el sitio e incluso como señal de que regresaría, y procedió a subir sin dificultad por la zona más arriscada del acantilado.

Inocentes e infinitos por igual son los placeres de la observación y los recreos deparados por la afición a analizar la vida. Al pobre Dencombe, ocioso en su reservada exposición al viento, lo divirtió pensar que estaba esperando una revelación de algo que estaba en lo recóndito de un joven espíritu selecto. Con intensidad miró el ejemplar en el otro extremo del banco, pero no lo habría tocado ni por todo el oro del mundo: le venía bien tener una teoría que no hubiera de exponerse a refutación. Ya se sentía mejor de su melancolía; según su acostumbrada forma de expresarlo, ya había asomado la cabeza por la ventana. La efímera presencia de una condesa podía animar la fantasía cuando, como la mayor de las damas que acababan de retirarse, era tan visible como la gigante de una troupe. Verlo todo detalladamente, no cabía duda, era lo terrible; ver cosas de modo fragmentario, en contra de una opinión generalmente expresada, era el refugio, era la medicina. No era dable que el doctor Hugh fuese sino un crítico que estaba de acuerdo con editores o periódicos para recibir ejemplares de los libros recientes. Este personaje reapareció al cabo de un cuarto de hora, con patente alivio al encontrar que Dencombe seguía allí y con un brillo de dientes blancos en una cohibida aunque generosa sonrisa. Quedó visiblemente decepcionado ante el eclipse del ejemplar que no era el suyo: había un pretexto menos para poder hablar con el desconocido. Pero habló con el desconocido, pese a ello: blandió su propio ejemplar y principió a conversar requiriendo:

-¡Haga el favor, si tiene usted posibilidad de escribir sobre esta obra, de decir que es lo mejor que su autor ha creado hasta ahora!

Dencombe respondió con una carcajada: eso de “hasta ahora” lo divertía tanto, hacía tan extensa avenida de lo futuro. Y, mejor aún, resultaba que el joven lo tomaba a él por un

crítico. Sacó La edad madura de debajo de la capa, pero instintivamente reprimió toda actitud delatora de su paternidad. En parte se debió a que siempre resulta ridículo llamar la atención sobre la obra propia.

-¿Es eso lo que va a escribir usted mismo? -le inquirió a su visitante.

-No estoy muy seguro de que yo vaya a escribir nada. Por lo regular no escribo; me limito a disfrutar en paz. Pero el libro es rematadamente bueno.

Durante un momento, Dencombe sostuvo un breve debate consigo mismo. Si su interlocutor hubiera empezado a vituperarlo, él habría confesado al instante su verdadera identidad; pero no había nada malo en incitarlo un poco a alabar. Lo incitó con tal éxito que, en cuestión de instantes, su nuevo conocido, sentado a su vera, confesaba con abierta franqueza que las novelas de Dencombe eran las únicas que era capaz de leer por segunda vez. Él había llegado el día anterior de Londres, donde un amigo suyo, periodista, le había prestado su ejemplar de la más reciente de ellas: el ejemplar enviado a la redacción del diario y que ya había sido objeto de una “gacetilla” que a buen seguro (por prejuizar que no quedara) se había tardado exactamente un cuarto de hora en redactar. Insinuó que sentía vergüenza de su amigo y, en lo que concernía a una novela que requería y ofrecía estudio, de tamaña conducta ordinaria; y con su propia apreciación fresca, y su inusitado deseo por expresarla, prontamente llegó a ser para el pobre Dencombe una extraordinaria, una deliciosa aparición. El azar había puesto al fatigado literato cara a cara con el más ferviente admirador que cabía suponerle entre la generación joven. Para ser exactos, este admirador era desconcertante: era tan raro caso toparse con un joven médico hirsuto -parecía un fisiólogo alemán- devoto de la forma literaria. Era una casualidad, pero más feliz que la mayoría de las casualidades, conque Dencombe, no menos solazado que confundido, se entregó media hora a hacer hablar a su visitante mientras él guardaba silencio. Justificó su propia posesión adelantada de La edad madura aludiendo a su amistad con el editor, el cual, sabiendo que él estaba en Bournemouth por motivos de salud, había tenido con él ese grato detalle. Dencombe reveló haber estado enfermo, pues el doctor Hugh lo habría adivinado de modo inevitable; incluso llegó a preguntarse si no podría esperar alguna “orientación” sanitaria por parte de alguien que aunaba un entusiasmo tan rutilante y una presumible familiaridad con los medicamentos ahora en boga. Quizá perturbara un poco la confianza de Dencombe el tener que tomarse en serio a un médico que era capaz de tomárselo tan en serio a él mas le había caído en gracia este efusivo joven moderno y sintió con aguda punzada que aún habría cosas que hacer en un mundo donde se ofrecían tan extrañas mezclas. No era cierto lo que había tratado de creer en pro de la renuncia: que todas las combinaciones estaban ya agotadas. No lo estaban, no, no lo estaban, eran innúmeras; el agotamiento estaba sólo en el desventurado artista.

El doctor Hugh era un fisiólogo ardiente saturado del espíritu de la época; o sea, acababa de licenciarse; pero era original y polifacético, y hablaba como un hombre que de buena gana habría preferido dedicarse a la literatura. Le habría gustado crear frases hermosas, pero la Naturaleza le había rehusado el don. Algunas de las mejores frases de

La edad madura lo habían impresionado sobremanera, y se tomó la libertad de leérselas a Dencombe en refuerzo de su argumentación. El doctor Hugh, en el aire perfumado, se tornó vívido al sentir de su compañero, para cuyo profundo consuelo parecía haber sido enviado; y con especial ardor se aplicó a describir cuán recientemente había tenido conocimiento de, y cuán instantáneamente se había entusiasmado con, el único novelista que había logrado poner carne entre las costillas de un arte que se moría de hambre a fuerza de timideces y dogmatismos. Aún no le había escrito: lo contenía un sentimiento de respeto. En ese instante, Dencombe se congratuló más que nunca de no haber concedido jamás su tiempo a los fotógrafos. La actitud de su visitante le prometía un gran obsequio de comunicación, mas barruntó que, para el doctor Hugh, gozar de cierta continuidad en su comunicación dependía no poco de la condesa. Dencombe no tardó en enterarse de con qué clase de condesa se las habían, así como del tipo de vínculo que unía entre sí al insólito trío. La señora voluminosa, inglesa de nacimiento e hija de un barítono célebre, cuya afición, aunque no su talento, ella había heredado, era viuda de un aristócrata francés y dueña de todo lo que quedaba de la extensa fortuna, fruto de las ganancias paternas, que había constituido su propia dote. La señorita Vernham, criatura extraña pero consumada pianista, estaba vinculada a ella por un sueldo. La condesa era desbordante, excéntrica, muy suya: viajaba con una trovadora y un médico de cabecera. Ignorante y abrumadora, sin embargo tenía momentos en que resultaba casi irresistible. Dencombe la vio como posando para un retrato en el generoso bosquejo que le hacía el doctor Hugh, y notó cómo se formaba en su propia mente la imagen de la relación que con ella mantenía su joven amigo. Dicho joven amigo, para ser representante de una nueva psicología, resultaba muy fácil de sugestionar, y aunque se puso anormalmente locuaz, ello no fue sino un signo de auténtico sometimiento. En consecuencia, Dencombe hacía con él lo que quería aun sin darse a conocer como Dencombe.

Al ponerse enferma en un viaje por Suiza, la condesa lo había conocido en un hotel, y el azar de que él le cayera bien la movió a ofrecerle, con su imperiosa generosidad, unas condiciones que no pudieron menos que deslumbrar a un galeno aún sin clientela y cuyos recursos se habían consumido en sus estudios. No era la manera de pasar el tiempo que él habría escogido, pero era un tiempo que pasaría pronto, y, mientras tanto, ella era sumamente amable. Ella exigía constante atención, pero era imposible que no agradara. Él suministró toda clase de pormenores acerca de su pintoresca paciente, un “caso” como nunca había habido otro, que padecía, relacionado con su sofocada obesidad, y además de la veta morbosa de una voluntad violenta y sin objetivo, un grave trastorno orgánico; pero enseguida tornó a hablar de su bienamado novelista -a quien tuvo la felicísima inspiración de describir como más esencialmente poeta que muchos de quienes vivían de versificar- con su celo que había sido excitado, como igualmente lo había sido toda su ausencia de reserva, por la afortunada circunstancia de la simpatía de Dencombe y la coincidencia de lo que ambos estaban leyendo. Dencombe confesó conocer personalmente un poco al autor de *La edad madura*, pero no se sintió tan preparado como habría querido cuando su compañero -quien nunca hasta entonces había visto a un ser tan privilegiado- empezó ávidamente a solicitarle detalles. Incluso pensó que la mirada del doctor Hugh en aquel momento delató una vislumbre de sospecha. Pero el joven estaba demasiado inflamado para ser perspicaz, y abrió una y otra vez el

libro para exclamar “¿Se ha fijado usted en esto?” o “¿No lo impresionó soberanamente esto otro?”

-Hay un pasaje hermosísimo hacia el final -espetó, y tornó a echar mano del libro. Según volvía las hojas tropezó con otra cosa distinta, y Dencombe lo vio mudar de color súbitamente. El joven había cogido el ejemplar de Dencombe, que estaba sobre el banco, en lugar del suyo, y al punto su vecino adivinó la razón de su sobresalto. Por un instante el doctor Hugh se quedó muy serio; a renglón seguido dijo:- ¡Observo que ha estado usted retocando el texto!

Dencombe era un apasionado del corregir, un obseso del estilo; lo último a que llegaba era a una forma definitiva para él mismo. Su ideal habría sido publicar anónimamente, y luego, en el texto publicado, entregarse a sus revisiones maníacas, desautorizando siempre la primera edición y empezando para la posteridad, y aun para los pobrecillos coleccionistas, con la segunda. Esa mañana su lápiz había punzado en La edad madura una docena de burbujas. Lo sorprendió el efecto sobre él mismo del reproche del joven: por un momento lo hizo mudar ahora a él de color. Se puso, en todo caso, a tartamudear imprecisamente; luego, a través de una neblina de conciencia en reflujo, vio la extrañada mirada del doctor Hugh. Tuvo tiempo únicamente para darse cuenta de que estaba a punto de caer enfermo otra vez: todas estas emociones, la excitación, la fatiga, el calor del sol, el influjo del aire, se habían confabulado para jugarle una mala pasada, hasta el punto de que, tendiendo la mano hacia su compañero con una exclamación de sufrimiento, perdió por completo el sentido.

Posteriormente supo que se había desmayado y que el doctor Hugh lo había llevado al hotel en un cochecillo cuyo cochero, que merodeaba por los alrededores en pos de clientes, acertó a recordar haberlo visto casualmente en el jardín del mismo. Había recobrado el sentido durante el trayecto, y en la cama, aquella tarde, tuvo una vaga remembranza del joven rostro del doctor Hugh, cuando estaba junto a él, inclinado sobre él con una sonrisa reconfortante que expresaba algo más que una mera sospecha de su verdadera identidad. Esta identidad ya no podía ser negada, y por eso se sintió aún más pesaroso y dolido. Había sido temerario, había sido estúpido, había salido a pasear demasiado prematuramente, se había quedado afuera demasiado prolongadamente. No habría debido ponerse al alcance de desconocidos, habría debido llevar consigo a su criado. Sintió como si hubiera caído en una sima demasiado honda para poder avistar el menor retazo de cielo. Estaba en confusión sobre el tiempo transcurrido; recogía los fragmentos para hacerlos casar. Había visto a su médico, el de verdad, el que lo había atendido desde el principio, y que de nuevo se había mostrado amabilísimo. Su criado entraba y salía de puntillas, poniendo cara de que él ya se lo había esperado todo por anticipado. Más de una vez dijo algo sobre aquel joven caballero tan inteligente. Lo demás era vaguedad, cuando no desesperación. Empero, la vaguedad era explicable teniendo en cuenta sus sueños, angustias en sopor, de las que finalmente emergió para percibir nítidamente un cuarto oscuro y la luz de una tamizada vela.

-Volverá a estar del todo bien; ahora sé todo lo referente a usted -dijo cerca de él una

voz, que reconoció como la de un hombre joven. Entonces le retornó a la memoria su encuentro con el doctor Hugh. Todavía estaba excesivamente desmayado para bromear sobre ello, pero pudo percatarse, al cabo de no demasiado, de que era intenso el interés de su visitante por él. Por supuesto no puedo asistirlo profesionalmente: usted tiene su propio médico, con quien ya he hablado y que es excelente -siguió el doctor Hugh-. Pero debe permitirme que venga a verlo en calidad de buen amigo. Simplemente he entrado a echarle un breve vistazo antes de acostarme. Va usted marchando óptimamente, pero menos mal que estaba yo junto a usted en el acantilado. Vendré a visitarlo mañana temprano. Me gustaría poder hacer algo por usted. Quiero hacer todo lo posible. Usted ha hecho muchísimo por mí. -El joven extendió la mano, posándola sobre él, y el pobre Dencombe, percibiendo débilmente esa cálida presión, se limitó a seguir allí tendido y aceptó su devoción. No podía menos; necesitaba demasiado una ayuda.

La idea de la ayuda que necesitaba le estuvo muy presente aquella noche, que pasó en despierta calma, con una intensidad de pensamientos que fue como una reacción contra sus horas de estupor. Estaba perdido, estaba perdido, estaba perdido si no había la posibilidad de salvarlo. No temía al sufrimiento, a la muerte; ni siquiera estaba enamorado de la vida; pero había tenido una profunda manifestación de deseo. Durante esas largas horas calladas se percató de que sólo con la edad madura había alzado el vuelo; sólo aquel día, visitado por procesiones silenciosas, había identificado su reino. Había tenido una revelación de su alcance. A lo que temía era a que su reputación hubiera de fundamentarse en algo incompleto. No era de su pasado sino de su futuro de lo que propiamente quería ocuparse. La enfermedad y la vejez se aparecían ante él como espectros de ojos despiadados: ¿cómo iba a sobornar a tales augures para que le concedieran una nueva oportunidad? Ya había tenido la única oportunidad que pueden tener los seres humanos: había tenido la oportunidad consistente en poder vivir. Muy tarde cayó dormido, y cuando despertó, el doctor Hugh estaba sentado junto a su cabecera. En él, a estas alturas, ya había algo de agradablemente íntimo.

-No vaya a pensar que he suplantado a su médico -dijo-; actúo con su consentimiento. Él ha estado aquí y lo ha visto. Extrañamente, parece confiar en mí. Le he contado cómo nos conocimos usted y yo ayer por casualidad, y confiesa que tengo una prerrogativa peculiar.

Dencombe lo miró con seriedad especulativa:

-¿Cómo lo ha arreglado con la condesa?

El joven se arreboló un poco, pero se rió:

-¡Oh, no se preocupe por la condesa!

-Me dijo usted que era muy exigente.

El doctor Hugh guardó silencio unos momentos.

-Sí que lo es -dijo.

-Y la señorita Vernham es una intrigante.

-¿Cómo sabe eso?

-Yo lo sé todo. ¡Hay que saberlo todo para poder escribir decentemente!

-Creo que es una loca -precisó el doctor Hugh.

-Bien, pero no se pelee con la condesa; en la actualidad le es de gran ayuda a usted.

-No me peleo -repuso el doctor Hugh-. Pero no me entiendo bien con las mujeres tontas.
-Enseguida agregó-: Usted parece muy solo.

-Eso pasa mucho a mi edad. He sobrevivido, pero he tenido pérdidas por el camino.

El doctor Hugh vaciló; pero al fin, superando su leve escrúpulo, inquirió:

-¿A quién ha perdido?

-A todos.

-¡Ah, no! -protestó el joven, poniéndole una mano sobre el brazo.

-Tuve esposa, tuve un hijo. Mi esposa murió al nacer mi hijo, y a mi hijo, cuando aún iba al colegio, se lo llevaron unas fiebres tifoideas.

-¡Ojalá hubiese estado yo allí! -dijo con sinceridad el doctor Hugh.

-¡Bueno, está usted aquí! -respondió Dencombe con una sonrisa que, a pesar de la penumbra, traslució cuánto le gustaba su posibilidad de estar seguro del paradero de su acompañante.

-Usted habla de su edad extrañamente. No es usted viejo.

-¿Hipócrita tan pronto?

-Digo fisiológicamente.

-Así es como he estado hablándome a mí propio en los últimos cinco años, y eso exactamente es lo que me decía. ¡Y es que sólo cuando somos viejos comenzamos a

decirnos que no lo somos!

-Pero yo también me digo a mí propio que soy joven -declaró el doctor Hugh.

-¡Y no sabe usted tan bien como yo con cuánta razón! -se rió el paciente, cuyo visitante desde luego admitió el hecho en cuestión, a juzgar por la rotundidad con que trocó su razonamiento de partida, comentando que debía de ser uno de los encantos de la vejez - por lo menos si se poseía una alta distinción el sentir que uno se ha esforzado y ha triunfado. El doctor Hugh empleó la manida expresión sobre el haberse ganado el descanso, y con ella hizo que, por un momento, el pobre Dencombe casi se irritara. Sin embargo, éste se rehízo para explicar, con suficiente claridad, que si él mismo, por desdicha, no conocía nada de tal bálsamo, sin duda era porque había malgastado años preciosos. Desde el principio se había consagrado a la literatura, mas había tardado toda una vida en ponerse a la altura de ese arte. Sólo en aquel momento, al fin, había empezado a entender; así que lo hecho hasta ahora no había sido sino un conjunto de movimientos ingobernados. Había madurado demasiado tarde y tenía un temperamento tan torpe que únicamente había logrado aprender a fuerza de errores.

-En ese caso, yo prefiero sus capullos a las rosas abiertas de los demás, y sus errores a los aciertos de los demás -dijo galantemente el doctor Hugh-. Lo admiro por sus errores.

-Feliz usted: usted no discierne -le replicó Dencombe.

Consultando su reloj, el joven se había levantado; dijo a qué hora de la tarde regresaría. Dencombe lo amonestó para que no se comprometiera con tanta exactitud, y nuevamente exteriorizó todo su miedo de estar haciéndolo descuidar a la condesa, de estar quizá haciéndolo incurrir en su disgusto.

-Quiero ser como usted: ¡quiero aprender a fuerza de errores! -repuso riendo el doctor Hugh.

-¡Tenga cuidado de no cometer uno demasiado grave! De todas suertes, regrese -añadió Dencombe, con el atisbo de una nueva idea.

-¡Debería usted tener más vanidad! -El doctor Hugh hablaba como si supiera cuál era la dosis exacta requerida para hacer normal a un literato.

-No, no; sólo debería tener más tiempo. Quiero otra oportunidad.

-¿Otra oportunidad?

-Quiero una prórroga.

-¿Una prórroga? -El doctor Hugh repetía otra vez las palabras de Dencombe, que, por lo

visto, lo habían impresionado.

-¿No comprende? Quiero más de eso que se llama vida'.

El joven, en son de despedida, había tomado la mano del paciente, la cual aferró la suya propia con cierta fuerza. Se miraron intensamente un momento.

-Usted tiene ganas de vivir -dijo el doctor Hugh.

-No sea frívolo. ¡Esto es demasiado serio!

-¡Usted vivirá! -afirmó el visitante de Dencombe, tornándose pálido.

-¡Ah, así está mejor! -Y mientras el doctor se retiraba, el enfermo se recostó agradecido, con acuitada risa.

Todo aquel día y la noche inmediata se preguntó si no se podría conseguir eso. Volvió su médico habitual, su criado estuvo muy atento, pero fue a su joven confidente y amigo a quien se encontró solicitando mentalmente. Su desmayo en el acantilado estaba plausiblemente explicado, y se prometía su restablecimiento para el futuro, a condición de una prudencia más rigurosa; mientras tanto, empero, la fijeza de sus meditaciones lo mantenía inmóvil y lo tornaba indolente. La idea que lo trabajaba no era menos absorbente por tratarse de una mera fantasía enfermiza. Ahí estaba un inteligente hijo de la época, ingenioso y apasionado, que daba la casualidad de haberlo considerado digno de la veneración de los buenos degustadores. Este servidor de su altar estaba investido de toda la nueva sabiduría de la ciencia y de toda la vieja reverencia de la fe; por consiguiente, ¿no podría poner su conocimiento al servicio de su empatía y su habilidad al servicio de su cariño? ¿No se podía confiar en que él inventaría un remedio para un pobre artista a cuyo arte había rendido homenaje? Si no se podía, la alternativa era penosa: Dencombe habría de capitular ante el silencio, sin ser ni vindicado ni intuido. El resto del día y todo el día siguiente jugueteó en secreto con esa dulce y fútil preocupación. ¿Quién obraría para él el milagro sino el joven que podía combinar tanta lucidez con tanta pasión? Pensó en los cuentos de hadas científicos y se embelesó hasta olvidar que buscaba una magia que no era de este mundo. El doctor Hugh era una aparición sobrenatural, y eso mismo significaba que estaba por encima de las leyes naturales. Este iba y venía mientras su paciente, incorporado en la cama, lo seguía con ojos anhelantes. El interés de haber conocido al gran autor había hecho que el joven hubiese vuelto a empezar La edad madura, pues aquel hecho lo ayudaría a encontrar mayor riqueza de sentido en sus páginas. Dencombe le había desvelado qué era lo que había “intentado”; el doctor Hugh, pese a toda su inteligencia, había sido incapaz de percatarse de ello en una primera lectura. La desconcertada celebridad se preguntó entonces quién en el mundo sería capaz de percatarse; por enésima vez le hizo gracia el modo cabal y craso en que podía malentenderse una “intención”. Sin embargo, no estuvo dispuesto a ponerse a vilipendiar indiscriminadamente la mentalidad común, por consolador que ello hubiera sido en el pasado: la revelación que había tenido de su

propia torpeza semejaba convertir toda estupidez en algo sagrado.

Algún tiempo después, el doctor Hugh se mostró visiblemente agitado, terminando por confesar, ante las preguntas, un motivo de preocupaciones en su vida “doméstica”.

-Siga unido a la condesa, no se preocupe por mí -dijo Dencombe, repetidamente; pues su acompañante fue suficientemente explícito sobre la actitud de la voluminosa señora. Era tan celosa que había caído enferma: la ofendía tamaño quebrantamiento de la fidelidad debida. Pagaba tanto por la lealtad de él que había de tenerla entera: le negaba el derecho a mostrar otras simpatías, lo acusaba de maquinarse para dejarla morir sola, pues innecesario era comentar para cuán poco servía ante una emergencia la señorita Vernham. Al manifestar el doctor Hugh que la condesa ya se habría marchado de Bournemouth si él no la hubiese hecho quedarse en cama, el pobre Dencombe le apretó el brazo más fuerte y dijo con determinación:- Llévesela sin pérdida de tiempo.

Habían salido juntos hasta el abrigado rincón donde, tan recientemente, se habían conocido. El joven, que había dado apoyo con su propia persona a su acompañante, declaró con énfasis que sentía limpia su conciencia: podía montar dos caballos a la vez. ¿Acaso no soñaba, para su porvenir, con una época en que tendría que montar a la vez quinientos? Con parejo anhelo de virtud, Dencombe contestó que en esa edad dorada ningún paciente pagaría para contratarle su exclusiva atención. Por parte de la condesa, ¿no era lícito su absolutismo? El doctor Hugh lo negó, diciendo que no había habido ningún contrato, sino únicamente un acuerdo amistoso, y que para un espíritu libre era imposible un servilismo sórdido; por si fuera poco, le gustaba hablar de arte, y ése fue el tema en que entonces, sentados los dos juntos en el banco soleado, trató primordialmente de involucrar al autor de La edad madura. Dencombe, volviendo a elevarse un poco con las débiles alas que le prestaba la convalecencia y obsesionado todavía por esa esperanzadora idea de un salvamento organizado, encontró un nuevo filón de elocuencia en defender la causa de una cierta y esplendorosa “manera final”: la ciudadela misma, como se demostraría, de su reputación, la fortaleza en que iba a congregarse su verdadero tesoro. Mientras su oyente le concedía toda la mañana y el gran mar tranquilo semejaba detenerse a escuchar, él tuvo un maravilloso rato de explicación. Incluso a su propio juicio estuvo él inspirado al describir en qué consistiría su tesoro: los metales preciosos que excavaría de la mina, las raras joyas, los collares de perlas que colgaría de las columnas de su templo. Estuvo prodigioso a su propio ver, por la densidad con que se agolparon sus convicciones; pero más prodigioso estuvo al ver del doctor Hugh, quien le aseveró, no obstante, que las mismísimas páginas que había publicado recientemente estaban ya incrustadas de gemas. No por ello dejó de anhelar el joven las combinaciones venideras, y, poniendo por testigo al hermoso día, le renovó a Dencombe el compromiso de que su profesión se haría responsable de otorgarle tal vida. Entonces, de pronto, se llevó velozmente la mano al bolsillo del reloj y solicitó venia para ausentarse media hora. Dencombe esperó allí a que regresara, mas por último lo hizo volver a la realidad la aparición de una sombra humana en el suelo. La sombra resultó ser la de la señorita Vernham, la damisela de compañía de la condesa; al reconocerla, Dencombe se dio tan clara cuenta de que venía a hablar con él, que se

levantó del banco y permaneció así para agradecerle semejante cortesía. Lo cierto es que la señorita Vernham no se mostró especialmente cortés: parecía extrañamente atribulada y ahora su carácter era inequívoco.

-Perdone que le pregunte -dijo- si será demasiado esperar que sea posible persuadirlo para que deje tranquilo al doctor Hugh. -Y luego, antes de que Dencombe, hondamente turbado, pudiera protestar, agregó-: Debe usted saber que está estorbándolo, que puede ocasionarle un perjuicio terrible.

-¿Quiere decir dando motivo para que la condesa prescinda de sus servicios?

-Haciéndola desheredarlo. -Ante esto, Dencombe quedó pasmado, y la señorita Vernham prosiguió, gustosa de comprobar que era capaz de producir toda una impresión-: Ha dependido de él obtener algo muy conveniente. Ha tenido unas perspectivas magníficas, pero creo que usted ha logrado echarlas a perder.

-No a sabiendas, se lo aseguro. ¿No hay esperanzas de que se pueda enmendar el desaguisado? -preguntó Dencombe.

-Ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Le entran prontos, se deja ir; es su forma de ser. No tiene parientes, es libre de disponer a su gusto de su dinero, y está muy enferma.

-Lamento muchísimo saberlo -balbució Dencombe.

-¿No le sería posible a usted marcharse de Bournemouth? Es eso lo que he venido a pedirle.

El pobre Dencombe se dejó caer en el banco:

-Yo también estoy muy enfermo, ¡pero lo intentaré!

La señorita Vernham siguió allí inmóvil con sus descoloridos ojos y la brutalidad de su buena conciencia.

-¡Antes de que sea demasiado tarde, se lo ruego! -dijo; y tras esto le volvió la espalda para desaparecer de su vista, deprisa, como si hubiera sido un asunto al que no hubiese podido consagrar más que un minuto de su precioso tiempo.

Ah, claro, después de aquello, Dencombe se sintió muy enfermo, naturalmente. La señorita Vernham lo había trastornado con sus vehementes noticias feroces: para él había sido un choque por demás duro descubrir lo que estaba en juego para un joven sin dinero y de excelentes cualidades. Se quedó temblando en su banco, mirando fijamente la inmensa extensión del agua, sintiéndose deshecho por aquel golpe directo. De cierto que estaba demasiado débil, demasiado vacilante, demasiado asustado; pero haría el

esfuerzo de marcharse, pues no estaba dispuesto a cargar con la culpabilidad de interferir, y realmente estaba en entredicho su honor. Se volvería tambaleante a su alojamiento, en cualquier caso, y entonces pensaría qué hacer. Volvió al hotel y, por el camino, tuvo una vislumbre caracterizadora del motivo fundamental del comportamiento de la señorita Vernham. La condesa odiaba a las mujeres, por supuesto, Dencombe lo veía clarísimo; así que la desposeída pianista carecía de esperanzas personales y sólo podía consolarse con el audaz plan de ayudar al doctor Hugh, ora fuera para casarse con él después de que él obtuviese el dinero, ora para inducirlo a reconocer el derecho de ella a una recompensa, que él pagaría para quitársela de encima. Si ella se había portado con él como amiga en una crisis fecunda, él verdaderamente se sentiría obligado a no olvidarse de ella, como hombre de delicadeza, y ella sabía qué esperar sobre esa base.

En el hotel, el criado de Dencombe se empeñó en que su señor volviera a la cama. El enfermo había hablado de coger un tren y había empezado a impartir órdenes para hacer las maletas; tras lo cual sus alterados nervios sucumbieron a una sensación de desfallecimiento. ConSintió en ver a su médico, al cual se mandó inmediatamente a buscar, mas deseó que se entendiera bien que su puerta estaba irrevocablemente cerrada para el doctor Hugh. Se había forjado un plan, que era tan espléndido que se regocijó con él después de volverse a la cama. El doctor Hugh, encontrándose desdeñado repentina e inmisericordemente, renovarí su vasallaje a la condesa por natural disgusto y para alegría de la señorita Vernham. Cuando llegó su médico, Dencombe se enteró de que tenía fiebre y de que eso era preocupante: había de cultivar la calma y procurar no pensar, si le era posible. Durante el resto del día trató de conseguir la estupidez; pero hubo una aflicción que lo mantuvo lúcido: la del probable sacrificio de su "prórroga", el punto final de su trayectoria. Su consejero médico estaba cualquier cosa menos contento: las sucesivas recaídas eran un mal augurio. Lo exhortó a obrar con mano dura y quitarse de la cabeza al doctor Hugh: ello contribuiría sumamente a su tranquilidad. Ese intranquilizador nombre no volvió a ser pronunciado en su cuarto, pero su tranquilidad era tan sólo temor reprimido, y quedó puesta en peligro por un telegrama, recibido a las diez de esa noche, que su criado abrió y le leyó y que llevaba la firma de la señorita Vernham junto a una dirección de Londres. "Imploro use toda influencia para hacer nuestro amigo reunirse con nosotras mañana por la mañana. Condesa muchísimo peor por terrible viaje, pero todo puede salvarse aún." Las dos mujeres habían hecho de tripas corazón y aquella tarde habían sido capaces de una rencorosa revuelta. Se habían dirigido a la capital, y aunque la de más edad, como comunicaba la señorita Vernham, estaba muy enferma, deseaba dejar claro que era no menos inexorable. El pobre Dencombe, que no era inexorable y, sinceramente, sólo quería que todo "se salvara", envió ese mensaje directamente al alojamiento del joven, y a la mañana siguiente tuvo la alegría de saber que éste se había ido de Bournemouth en un tren temprano.

Dos días después, el doctor Hugh entró arrolladoramente en la habitación con un ejemplar de una revista literaria en la mano. Había vuelto porque lo trabajaba un gran afán de tener noticias suyas y por el placer de mostrarle la grandiosa reseña de La edad madura. Ahí por fin había algo apropiado, a la altura de la ocasión: era una

aclamación, una reparación, un deseo por parte de la crítica de poner al autor en la hornacina que limpiamente se había ganado. Dencombe lo aceptó y se sometió: no hizo objeciones ni preguntas, pues habían retornado viejos achaques y había pasado dos días atroces. Estaba convencido no sólo de que ya nunca volvería a levantarse de la cama, de modo que era perdonable dejar entrar a su joven amigo, sino también de que sería muy poco lo que requeriría de la paciencia de quienes lo atendían. El doctor Hugh había estado en Londres, y en sus ojos trató Dencombe de encontrar alguna señal de que la condesa se había apaciguado y de que el heredamiento estaba a buen recaudo; mas lo único que en los mismos pudo ver fue la luz de su juvenil alegría por dos o tres frases de la revista. Dencombe no se hallaba en condiciones de leerlas, pero cuando su visitante se empeñó en repetírselas más de una vez, fue capaz de hacer un gesto negativo con la cabeza sin dejarse embriagar:

-¡Ah, no son ciertas, pero lo habrían sido referidas a lo que pude hacer!

-Lo que alguien “pudo hacer” es primordialmente lo que en realidad hizo -objetó el doctor Hugh.

-Primordialmente sí, ¡pero yo he sido todo un idiota! -dijo Dencombe.

El doctor Hugh se quedó; se aproximaba raudamente el desenlace. Dos días después, Dencombe le comentó, a título del más endeble de los chistes, que ya no habría segunda oportunidad que valiese. Ante esto el joven lo miró con fijeza; seguidamente exclamó:

-¡Pero sí la ha habido, sí la ha habido! ¡La segunda oportunidad ha sido para el público, la oportunidad de encontrar un modo de abordarlo a usted, de encontrar la perla!

-¡Ah la perla! -suspiró desasosegado el pobre Dencombe. Una sonrisa tan fría como un atardecer invernal se insinuó en sus contraídos labios al añadir:- ¡La perla es lo que quedó sin escribir, la perla es lo que no tiene impurezas, lo ausente, lo perdido!

Desde ese momento estuvo cada vez menos lúcido, a ojos vistas inconsciente de lo que acaecía a su alrededor. Su enfermedad era decididamente letal, de unos efectos tan implacables, tras la breve tregua que le había permitido confraternizar con el doctor Hugh, como una vía de agua en un gran buque. Hundiéndose constantemente, aunque su visitante, hombre de extraños recursos, ahora cordialmente aprobados por su médico, mostraba infinita pericia en defenderlo del dolor, el pobre Dencombe no se percataba de atenciones ni de descuidos, ni traslucía síntomas de sufrimiento o de agradecimiento. Pero hacia el final sí dio una señal de haberse percatado de que había habido dos días en que el doctor Hugh no había aparecido por su cuarto, señal que consistió en abrir de improviso los ojos para preguntarle si había pasado ese paréntesis con la condesa.

-La condesa ha muerto -dijo el doctor Hugh-. Yo ya sabía que en unas circunstancias dadas no resistiría. He ido para visitar su tumba.

Los ojos de Dencombe se abrieron más:

-¿Le ha dejado a usted “algo muy conveniente”?

Al joven se le escapó una risa casi demasiado frívola para hallarse en una habitación de agonía.

-Ni un penique. Me maldijo en redondo.

-¿Lo maldijo? -musitó Dencombe.

-Por abandonarla. La abandoné por usted. Tuve que elegir -explicó su acompañante.

-¿Elegió usted dejar escapar una fortuna?

-Elegí aceptar las consecuencias de mi entusiasmo, cualesquiera que fueren -sonrió el doctor Hugh. Luego, como una ocurrencia todavía más jocosa, agregó:- ¡Al diablo la fortuna! Es culpa de usted si no puedo olvidarme de sus obras.

El tributo inmediato a su humorada fue un largo gemido azorado; tras del cual, durante muchas horas y muchos días, Dencombe quedó postrado, sin movimiento y como ausente. Una respuesta tan radical, semejante vislumbre de un resultado definitivo y semejante sensación de reconocimiento actuaron conjuntamente en su ánimo y, desencadenando una extraña conmoción, alteraron y transfiguraron su desesperación lentamente. Lo abandonó la sensación de fría sumersión, pareció flotar sin esfuerzo. Este incidente fue extraordinario como aviso, y arrojó una luz más intensa. En su postrer momento, él le hizo una seña al doctor Hugh para que lo escuchara, y, cuando éste estuvo arrodillado junto a su almohada, lo hizo acercarse mucho.

-Usted me ha convencido de que es todo una vana ilusión.

-No su gloria, mi querido amigo -balbució el joven.

-No mi gloria... ¡lo que haya de ella! La verdadera gloria consiste en ... en haber sido puesto a prueba, haber tenido una pequeña calidad y haber ejercido un pequeño hechizo. Lo importante es haber conseguido que alguien se sintiera interesado. Ocurre que usted está loco, pero ello no afecta esta verdad.

-¡Usted es un gran triunfo! -dijo el doctor Hugh, imprimiéndole a su joven voz toda la vibración de unas campanas de boda.

Dencombe se quedó asimilándolo; luego hizo acopio de fuerzas para hablar otra vez:

-Una segunda oportunidad: ésa es la vana ilusión. Jamás ha habido más que una. Trabajamos a ciegas; hacemos lo que podemos; damos lo que tenemos. Nuestra duda es

nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra misión. Todo lo demás no es sino la demencia del arte.

-Aunque haya usted dudado, aunque haya desesperado, siempre ha “logrado” -alegó finalmente su visitante.

-He logrado alguna que otra cosilla -concedió Dencombe.

-Alguna que otra cosilla lo es todo. Es lo factible. ¡Es usted!

-¡Cuán conmovedor! -suspiró irónicamente el pobre Dencombe.

-Pero es la pura verdad -insistió su amigo.

-Es la pura verdad. La frustración es lo que no cuenta.

-La frustración es tan sólo un hecho de la vida -dijo el doctor Hugh.

-Sí, es lo que desaparece. -Al pobre Dencombe apenas si se lo oyó, pero con sus palabras había sellado el final definitivo de su primera y única oportunidad.

La figura en el tapiz

[Cuento. Texto completo.]

Henry James

1

He hecho unas pocas cosas y ganado un poco de dinero. Quizás incluso haya tenido tiempo para empezar a pensar que soy mejor de lo que podrían sugerir los beneficios que recibo, pero cuando estimo el alcance de mi pequeña carrera (un hábito apresurado, pues de ninguna manera ha terminado) sitúo mi verdadero punto de partida en la noche en que George Corvick, sin aliento y afligido, vino a pedirme un favor. El había hecho más cosas que yo, y ganado más dinero, aunque había oportunidades para la inteligencia

que, según mi opinión, a veces desaprovechaba.

No obstante, esa noche sólo pude decirle que nunca perdía una oportunidad de mostrar su bondad. Casi entré en estado de éxtasis al proponerle que preparase para *The Middle*, el órgano de nuestras lucubraciones, llamado así por la ubicación en la semana de su día de aparición, un artículo por el cual se había hecho responsable y cuyo material, atado con un grueso hilo, dejó sobre mi mesa. Me abalancé sobre mi oportunidad; es decir, sobre el primer volumen de ella, prestando escasa atención a las explicaciones de mi amigo sobre su pedido. ¿Qué explicación podía ser más adecuada que mi obvia idoneidad para la tarea? Había escrito sobre Hugh Vereker, pero ni una palabra en *The Middle*, donde sobre todo me ocupaba de las damas y los poetas menores. Esta era la nueva novela de Hugh Vereker, las pruebas de página de un ejemplar que todavía no había salido, y significara eso mucho o poco para la reputación de su autor, inmediatamente me resultó claro cuánto significaría para la mía. Además, si siempre había leído todo lo que había podido conseguir de Vereker, ahora tenía una razón particular para desear hacerlo: acababa de aceptar una invitación a *Bridges* para el domingo siguiente, y en la nota de lady Jame se mencionaba que el señor Vereker iba a estar allí. Era lo bastante joven como para sentirme inquieto ante perspectiva de encontrarme con un personaje de su renombre, y lo bastante ingenuo como para creer que la ocasión me exigiría manifestar familiaridad con su "última",

Corvick, que había prometido hacer una reseña del libro, ni siquiera había tenido tiempo de leerlo. Estaba desesperado a consecuencia de los hechos que -según me dijo en

una reflexión precipitada- le exigían viajar esa misma noche a París. Había recibido un telegrama de Gwendolen Erme en respuesta a la carta en la que le ofrecía volar en su ayuda. Yo sabía algo acerca de Gwendolen Erme; nunca la había visto, pero tenía mis ideas, las que me decían en primer lugar que Corvick se casaría con Gwendolen apenas se muriera la madre de ésta. Esta dama parecía encontrarse en una buena situación para darle el gusto a Corvick; tras algún terrible error respecto de un clima o una "cura" de pronto había tenido una caída mientras volvía del exterior. Su hija, sin apoyo y alarmada, deseando precipitarse a Inglaterra, pero vacilando también, había aceptado la ayuda de nuestro amigo. Mi secreta creencia era que, al verlo, la señora Erme se recobraría. A su propia creencia difícilmente podría llamársela secreta. En cualquier caso, difería claramente de la mía. Me había mostrado la fotografía de Gwendolen observando que no era bella, pero sí sumamente interesante; a los diecinueve años había publicado una novela en tres volúmenes, "Profundamente", respecto de la cual, en *The Middle*, Corvick se había mostrado realmente espléndido. El apreciaba mi interés de ese momento, y se había ocupado de que el periódico no hiciera menos. Finalmente, con la mano sobre la puerta, me dijo:

-Por supuesto, estarás muy bien, ya sabes.- Y viendo que yo me mostraba un poco vago, agregó: -Quiero decir que no serás tonto.

-¡Tonto... acerca de Vereker! ¿Acaso alguna vez no lo encontré sumamente inteligente?

-Bueno, ¿qué es eso sino tonto? ¿Qué significa en la tierra "terriblemente inteligente"? Por Dios, trata de dar en él. No me perjudiques por nuestro arreglo. Habla de él, ya sabes, si puedes, como yo hubiera hablado.

Quedé sorprendido por un instante.

-¿Quieres decir "con mucho el mejor de todos"..., esa clase de cosas?

Corvick casi gimió.

-Oh, bien sabes que no los pongo espalda contra espalda de esa manera; ¡esa es la infancia del arte! Pero Vereker me da un placer tan extraño; el sentimiento de... -meditó un momento- alguna cosa.

Me había desconcertado una vez más.

-¿El sentimiento de qué?

-¡Querido, eso es precisamente lo que quiero que tú digas!

Aún antes de que hubiera cerrado la puerta, yo había empezado, libro en mano, a prepararme para decirlo. Permanecí sentado con Vereker la mitad de la noche; Corvick no podría haber hecho más que eso. El era terriblemente inteligente... me aferré a eso, pero no era, en absoluto, el más grande de todos. No aludí a todos, de cualquier modo; me elogí diciéndome que, en este caso, salía de la infancia del arte.

-Está muy bien -declararon entusiastamente en la redacción, y cuando apareció el número sentí que el artículo era una buena base para encontrarme con el gran hombre. Ello me dio confianza por un día o dos..., luego la confianza desapareció. Lo había imaginado leyendo el artículo con deleite, pero ¿si Corvick no estaba satisfecho, cómo podía estarlo el propio Vereker? Por supuesto reflexioné que el entusiasmo del admirador era a veces aún más grosero que el apetito del escriba. De cualquier manera, Corvick me escribió desde París algo malhumorado. La señora Erme mejoraba, y yo no había expresado para nada el sentimiento que Vereker despertaba en él.

Mi visita a Bridges tuvo el efecto de lanzarme en busca de mayor profundidad. Hugh Vereker, tal como lo vi allí, era de un trato tan directo que me avergoncé por la pobreza de imaginación de mis pequeñas precauciones. Si estaba de buen humor no era porque hubiera leído mi reseña; de hecho, estaba seguro de que durante la mañana del domingo no la había leído, aunque The Middle había estado en la calle durante tres días y florecido, lo comprobé, en el desordenado jardín de periódicos que daba a una de las

mesas de bronce dorado la atmósfera de un quiosco de estación. La impresión que me hizo Vereker personalmente fue tal que sentí deseos de que lo leyera, y con este fin corregí subrepticamente los defectos de impresión de la descuidada hoja del periódico. Creo que incluso vigilé el primer resultado de mi maniobra, pero hasta la comida vigilé en vano.

Cuando más tarde, en el curso de nuestra caminata en grupo, me encontré durante media hora al lado del gran hombre, quizás no sin hacer otra maniobra, su afabilidad despertó en mí un deseo aún más vivo de que no siguiera ignorando la peculiar justicia que le había hecho. No parecía sediento de justicia; por el contrario, no había captado en su charla el más ligero gruñido de rencor, una nota para la cual ya me había alertado mi poca experiencia. Últimamente había conquistado mayor reconocimiento, y era agradable, solíamos decir en *The Middle*, ver cómo eso lo hacía hablar. Por supuesto, no era popular, pero estimo que una de las fuentes de su buen humor era precisamente el hecho de que su éxito no dependía de ello. No por eso había dejado de convertirse, de cierto modo, en autor de moda; por lo menos, los críticos le habían dado nombradía y se habían puesto al día con él. Finalmente, habíamos descubierto cuán inteligente era, y él había tenido que salir lo mejor posible de la pérdida de su misterio. Mientras caminaba a su lado, me sentí muy tentado de hacerle saber hasta qué punto yo había participado de ese develamiento. Hubo un momento en que estuve a punto de hacerlo, pero una de las damas de nuestro grupo, arrebatando un lugar al otro costado de Vereker, atrajo su atención con un espíritu comparativamente egoísta. Eso fue muy desalentador; casi sentí que el hablarle era una prerrogativa personalmente mía.

Por mi parte, tuve en la punta de la lengua una frase o dos sobre la palabra correcta en el momento correcto sin embargo, más tarde me alegré de no haberlas dicho, pues cuando al volver nos reunimos para tomar el té vi a Lady Jane, que no había salido con nosotros, blandiendo *The Middle* en su brazo extendido. Lo había recogido y leído con comodidad; estaba encantada con lo que había encontrado, y vi que, así como el error de un hombre puede ser un hallazgo en una mujer, ella prácticamente hacía para mí lo que yo no había podido hacer por mí mismo.

-Algunas dulces y pequeñas verdades que era necesario decir -la escuché afirmar, mientras extendía el diario ante una pareja bastante desconcertada que se hallaba frente al hogar. Al reaparecer Hugh Vereker, que después de nuestra caminata había subido las escaleras para cambiarse, ella volvió a tomar el diario que había dado a la pareja. -Sé que en general usted no mira este tipo de cosas, pero ésta es realmente una ocasión para que lo haga. ¿Aún no ha visto esto? Entonces debe hacerlo. El hombre realmente ha acertado con usted, con lo que yo siempre sentí, usted sabe-. Lady Jane hizo una mirada evidentemente destinada a dar una idea de eso que ella siempre sintió, pero añadió que hubiera sido incapaz de expresarlo. El redactor del diario lo expresaba de una manera asombrosa. -Fíjese cómo lo expresa aquí, y aquí, donde he subrayado.

Literalmente había marcado las frases más brillantes de mi prosa, y si yo estaba un poco divertido bien podía estarlo también el propio Vereker. Mostró hasta qué punto lo estaba

cuando Lady Jane quiso leer un trozo en voz alta para que lo oyéramos todos. De todos modos, me gustó la forma en que Vereker frustró el propósito de ella sacándole afectuosamente el periódico. Lo llevaría arriba para leerlo mientras se iba a vestir. Esto lo hizo media hora más tarde...; vi el periódico en sus manos mientras él volvía hacia su cuarto. En ese momento, pensando agradecerla, conté a Lady Jane que yo era el autor de la reseña. Le di placer, creo, pero quizás no tanto como había esperado. Si el autor era "sólo yo", la cosa no parecía tan notable. ¿Había yo disminuido el lustre del artículo en lugar de añadirle el mío propio? La dama era propensa a las caídas más extraordinarias. Eso no importaba; el único efecto que me interesaba era el que mi artículo podía tener sobre Vereker allá arriba, junto al fuego de su cuarto.

Durante el almuerzo busqué los síntomas de este efecto, tratando de imaginar que en sus ojos había una luminosidad algo más feliz; sin embargo, para mi desilusión, lady Jane no me dio oportunidad de asegurarme. Tenía la esperanza de que ella se manifestara triunfalmente en la mesa, preguntando en público si había estado en lo justo. La reunión era numerosa, había también personas de afuera, pero nunca había visto una mesa lo suficientemente grande como para privar a lady Jane de un triunfo. Precisamente reflexionaba que, en verdad, esa mesa interminable me privaría a mí de un triunfo, cuando una de mis vecinas, querida mujer -era la señorita Pole, la hermana del vicario, una persona robusta y sin formas- tuvo la feliz inspiración y el poco habitual coraje de dirigirse, a través de la mesa, a Vereker, quien estaba frente a ella, pero no directamente, de modo que cuando él contestó ambos debieron inclinarse hacia adelante. Ella le preguntó con toda ingenuidad qué pensaba del "panegírico" de lady Jane, que ella había leído, sin vincularlo, empero, con su vecino de la derecha; en un esfuerzo por escuchar su réplica, oí con asombro a Vereker que decía:

-¡Oh, está muy bien..., los disparates de costumbre! Había podido captar la mirada de Vereker mientras hablaba, pero la sorpresa de la señorita Pole sirvió afortunadamente para cubrir mi propia sorpresa.

-¿Quiere decir que no le hace justicia? -dijo, la excelente mujer.

Vereker rió, y me sentí feliz de poder hacer lo mismo.

-Es un artículo encantador -nos espetó.

-Oh, usted es tan profundo -exclamó la señorita Pole mientras extendía su barbilla hasta la mitad del mantel.

-¡Tan profundo como el océano! Todo lo que digo es que el autor no ve...- Pero en ese momento un plato pasó sobre su hombro, y debimos esperar hasta que él se reacomodara. -¿No ve qué? -continuó mi vecina.

-No ve nada.

-¡Querido mío!... ¡qué tonto!

-De ninguna manera -volvió a reír Vereker-. Nadie ve nada.

La dama que estaba sentada a su costado se dirigió a él, y la señorita Pole se volvió hacia mí.

-¡Nadie ve nada! -anunció alegremente, a lo que yo repliqué que a menudo había pensado lo mismo, pero de algún modo tomé el pensamiento como una prueba de una tremenda sagacidad de mi propia parte. No le dije que el artículo era mío, y observé que lady Jane, ocupada en el extremo de la mesa, no había escuchado las palabras de Vereker.

Más bien lo evité después de la comida, pues confieso que Vereker me había impresionado como una persona cruelmente engreída, y que la revelación era dolorosa. "Los disparates de costumbre"... ¡mi pequeño y agudo estudio! ¡El hecho de que mi admiración tuviera una reserva o dos podía lastimarlo hasta ese punto! Había pensado que era una persona amable, y era bastante amable; esa superficie era el espejo pulido que envolvía la tontería de su vanidad. Me sentía realmente molesto y mi único consuelo era que, si nadie había visto nada, luego, George Corvick estaba tan fuera de la cosa como yo. No obstante, este consuelo no fue suficiente como para que, después de que las damas se hubieran dispersado, me condujera de una manera adecuada. . . , quiero decir que me presentara con una chaqueta y canturreando una canción en el salón de fumar. Algo desalentado fui a acostarme, pero en el corredor me encontré con Vereker, que salía de su cuarto, adonde había subido para cambiarse una vez más. Canturreaba una canción y vestía una chaqueta, y apenas me vio empezó a manifestarse su cordialidad.

-¡Mi estimado joven -exclamó- me alegra tanto poner mis manos sobre usted! Temo haberlo herido inconscientemente con las palabras que dije a la señorita Pole durante la comida. Hace sólo media hora me enteré por lady Jane de que usted es autor de la pequeña nota de The Middle.

Declaré que no había huesos rotos, pero él me siguió hasta la puerta de mi cuarto, con su mano sobre mi hombro, buscando amablemente una fractura, y al oír que yo había subido para acostarme me pidió que lo dejara entrar en mi cuarto para explicarme en tres palabras qué había querido decir al calificar mis afirmaciones. Era evidente que en realidad temía que yo estuviera herido, y el sentido de su solicitud de pronto tomó una gran significación para mí. Mi barata reseña se desvaneció en el espacio, y las mejores cosas que había dicho en ella resultaban chatas junto al brillo de que él estuviera ahí. Aún puedo verlo allí, sobre la alfombra, a la luz del fuego y con su chaqueta, con su bello y claro rostro, brillante por el deseo de mostrarse amable con mi juventud. No sé lo que pensaba decir en un principio, pero pienso que el ver mi alivio lo conmovió, lo excitó, llevó hasta sus labios palabras que estaban muy dentro de él. Fue como si esas palabras me transmitiesen en el momento algo que, como luego lo supe, él nunca había

dicho a nadie. Siempre hice justicia al generoso impulso que lo hizo hablar; se trataba simplemente del remordimiento por un desaire inconscientemente infligido a un hombre de letras que se hallaba en una posición inferior a la suya, un hombre de letras, además, que se hallaba en la precisa actitud de elogiarlo. Para hacer la situación más cómoda, me habló exactamente como a un igual y sobre la base de lo que ambos más amábamos. La hora, el lugar, lo inesperado, ahondaron la impresión; no podría haber hecho algo más intensamente efectivo.

3

-No sé bien cómo explicárselo -dijo- pero fue el hecho mismo de que su nota sobre mi libro tuviera un toque de inteligencia, fue su excepcional agudeza, lo que despertó -en mí el sentimiento..., una muy vieja historia mía, le ruego que me crea... el sentimiento bajo cuya momentánea influencia le dije a esa buena dama las palabras que tan naturalmente lo lastimaron. No leo las cosas que aparecen en los periódicos a menos que las pongan ante mí como a ésta... siempre es el mejor amigo de uno quien lo hace! Pero solía leer algunas... hace diez años. Me atrevo a decir que entonces eran en general algo más tontas. De cualquier modo, siempre me asombró que siempre erraran el blanco con una perfección tan exactamente admirable cuando me daban palmadas en la espalda como cuando me pateaban en las canillas. Desde entonces, cada vez que llegué a mirar alguna de ellas, todavía continuaban errándole...; deliciosamente, digo, nunca daban en el blanco. Usted, erró, mi estimado amigo, con inimitable seguridad; el hecho de que usted sea terriblemente inteligente y su artículo terriblemente bello no tiene la menor significación en ese sentido. ¡Es precisamente con ustedes, hombres jóvenes que surgen -rió Vereker-, que siento hasta qué punto soy un fracaso!

Escuchaba con agudo interés, un interés que se hacía más penetrante mientras él hablaba:

-Usted un fracaso... ¡cielos! ¿Qué puede ser entonces su "pequeño punto"?

-¿Tengo que decírselo, después de todos estos años y trabajos? -En este amistoso reproche, jocosamente exagerado, había algo que me hizo, como ardiente y joven buscador de la verdad, enrojecer hasta las raíces de los cabellos-. En este momento estoy tan en la oscuridad como siempre lo estuve, aunque me he acostumbrado a mis tinieblas; en ese momento, empero, el feliz acento de Vereker me hizo aparecer ante mis ojos, y probablemente ante los de él, como un raro tonto. Estaba a punto de exclamar: "Ah, sí, no me lo diga; por mi honor, por el del oficio, ¡no lo haga!", cuando él siguió hablando de un modo que mostraba que había leído mi pensamiento y tenía su propia idea acerca de la probabilidad de que algún día nos redimiéramos a nosotros mismos.

-Al hablar de mi pequeño punto me refiero. . . ¿cómo lo llamaré?... a la cosa en particular por la que he escrito mis libros. ¿No tiene cada escritor una cosa particular de ese tipo, la cosa que más lo hace consagrarse a su trabajo, un objetivo sin el cual no escribiría en absoluto, la misma pasión de su pasión, la parte del trabajo en la cual, para

él, brilla más intensamente la llama del arte? Bueno, ¡es eso!

Consideré por un momento lo que me decía; es decir, lo seguí a una respetuosa distancia, más bien jadeante. Estaba fascinado; era fácil estarlo, se dirá, pero después de todo no estaba dispuesto a dejarme tomar desprevenido.

_ -Sin duda, sus descripciones son muy bellas, pero no muestran muy claramente eso que describen.

-Le aseguro que sería claro si usted lo comprendiera. -Vi que el encanto de nuestro tema llenaba a mi compañero de una emoción tan intensa como la mía.- De cualquier modo - prosiguió- puedo hablar por mí misma.; hay en mi obra una idea sin la cual no hubiera dado un comino por todo mi trabajo. Es la intención más fina y más plena del conjunto, y la tentativa de realizarla ha sido, pienso, un triunfo de paciencia, de ingenio. Debo dejar a otro que la diga, pero precisamente estamos hablando de que nadie la dice. Esta pequeña treta mía se extiende de libro a libro, y todo lo demás, comparativamente, juega sobre la superficie de ella. El orden, la forma, la textura de mis libros quizás algún día constituyan para el iniciado una representación completa de ella. Así que naturalmente le corresponde al crítico buscarla. Me parece -agregó mi visitante con una sonrisa- que incluso es eso de lo que el crítico debe hablar.

Esto parecía una responsabilidad, desde luego.

-¿Usted la llama una pequeña treta?

-Es solo mi pequeña modestia lo que me hace llamarla así. En realidad, es un programa exquisito.

-¿Y usted afirma que ha llevado a cabo ese programa?

-Si todavía tengo buena opinión de mí mismo, es por la manera en que lo he llevado a cabo.

Hice una pausa.

-¿No piensa usted que debe... sólo un poco... ayudar al crítico?

-¿Ayudarlo? ¿Qué otra cosa he hecho con cada trazo de mi pluma? ¡He gritado mi intención en su gran rostro ciego! -Luego de decir esto, volviendo a reír, Vereker puso su mano sobre mi hombro para mostrar que la alusión no estaba dirigida a mi apariencia personal.

-Pero usted habla del iniciado. Por consiguiente, debe haber, usted ve, iniciación,

-¿Y qué otra cosa se supone que es la crítica? -Temo que también enrojecí ante esto,

pero me refugié repitiendo que su descripción del revestimiento de plata carecía de una u otra cosa que pudiera hacerla reconocible para el hombre común-. Eso es sólo porque usted aún no lo ha vislumbrado -me contestó-. Si lo hubiera captado, el elemento en cuestión pronto sería prácticamente todo lo que vería. Para mí es exactamente tan palpable como el mármol de la chimenea. Además, el crítico no es un hombre común; si lo fuera, pregunto, ¿qué estaría haciendo en el jardín de su vecino? Usted mismo es cualquier cosa antes que un hombre común, y la misma *raison d'être* de ustedes esta en ser pequeños demonios de la sutileza. Si mi gran asunto es un secreto, es sólo porque lo es a pesar de mí mismo: lo asombroso es que se haya convertido en un secreto. No sólo nunca tomé la menor precaución para que lo fuera, sino que nunca soñé con un accidente semejante. De haberlo soñado por adelantado, no hubiera tenido ánimo para seguir adelante. De hecho, fui tomando conciencia de lo que sucedía poco a poco, y mientras escribía mi obra.

-¿Y ahora le gusta?

-¿Mi obra?

-Su secreto. Es la misma cosa.

-¡El hecho de que usted lo suponga demuestra que es tan inteligente como yo digo! - Esto me alentó a afirmar que evidentemente le costaría separarse del secreto, y me confesó que para él era la gran atracción de la vida-. Casi diría que vivo para ver si alguna vez será. descubierto. -Me miró como desafiándome en broma; algo pareció surgir desde muy dentro de sus ojos.- Pero no necesito preocuparme... ¡no lo descubrirán!

-Usted me desafía como nunca me desafiaron -declaré-. Me lleva a tomar la determinación de hacerlo o morir -y luego pregunté-: ¿Es una especie de mensaje esotérico?

Su rostro mostró decepción; me tendió su mano como despidiéndose.

-Ah, mi querido amigo, no puede describírselo en periodismo barato.

Por supuesto, notaba que él había estado sumamente despreciativo, pero nuestra charla me hacía sentir hasta qué punto sus nervios estaban en juego. Yo estaba insatisfecho..., no le solté la mano.

-No haré uso de la expresión entonces -dije- en el artículo en que con el tiempo anunciaré mi descubrimiento, aunque me atrevo a decir que tendré trabajo duro incluso sin esa condición. Pero, mientras tanto, sólo para apresurar ese difícil nacimiento, ¿puede dar una guía a un colega? -Ya me sentía mucho más cómodo.

-Todo mi lúcido esfuerzo le da la clave..., cada página, cada línea y cada letra. La cosa

está allí tan concretamente como un pájaro en una jaula, como una camada en un anzuelo, como un trozo de queso en una trampa para ratones. Está incorporado a cada volumen tanto como su pie está calzado en su zapato. Gobierna cada línea, elige cada palabra, pone el punto en cada i, sitúa cada coma.

Me rasqué la cabeza.

-¿Es algo que está en el estilo o en el pensamiento? ¿Un elemento de la forma o un elemento del sentimiento?

Volvió a agitar la cabeza indulgentemente, y sentí que mis preguntas eran groseras y mis distinciones lastimosas.

-Buenas noches, mi querido muchacho..., no se preocupe por eso. Después de todo, usted piensa como un colega.

-¿Y un poco de inteligencia podría arruinarlo? -le dije para detenerlo aún.

Vaciló.

-Bien, usted tiene un corazón en su cuerpo. ¿Es un elemento de la forma o un elemento del sentimiento? Lo que sostengo que nadie ha mencionado respecto de mi obra es el órgano de la vida.

-Ya veo . . . es alguna idea acerca de la vida, alguna especie de filosofía. A menos que sea -agregué con la ansiedad de quien ha captado un pensamiento aún más feliz-, algún tipo de juego que mantiene con su estilo, algo que busca en el lenguaje. ¡Quizás es una preferencia por la letra P! -aventuré profanamente para forzar una brecha-. Papa, papas, peras . . . ¿esa clase de cosas?

Se mostraba apropiadamente indulgente; sólo dijo que no había dado con la letra correcta. Pero ya no se divertía; podía ver que estaba aburrido. No obstante, había algo que yo necesitaba saber forzosamente.

-¿Sería usted capaz, pluma en mano, de formularlo claramente . . . , nombrarlo, escribirlo, expresarlo?

-Ah -suspiró casi enervado- si yo fuera, pluma en mano, uno de ustedes.

-Esa sería una gran oportunidad para usted, desde luego. Pero ¿por qué nos desdeña por no hacer lo que usted mismo no puede hacer?

-¿No puedo hacer? -abrió sus ojos-. ¿No lo he hecho acaso en veinte volúmenes? Lo hago a mi manera -prosiguió-. Vaya usted y hágalo a la suya.

-La nuestra es tan diabólicamente difícil -observé con debilidad.

-Lo mismo la mía. Cada uno eligió la propia. No hay obligación. ¿No quiere usted bajar y fumar un cigarrillo?

-No, quiero reflexionar sobre esto.

-¿Me dirá entonces por la mañana que me ha desnudado?

-Veré lo que puedo hacer; dormiré pensando en eso. Pero sólo una palabra más -añadí. Habíamos salido del cuarto . . . caminé con él unos pocos pasos por el corredor-. ¿Esta extraordinaria “fórmula general”, como usted la llama, pues es la descripción más vívida que pude sacarle, es entonces, en general, una especie de tesoro escondido?

Su rostro se iluminó.

-Sí, llámelo así, aunque quizá yo no deba hacerlo.

-¡Tonterías! -reí-. Usted sabe que está sumamente orgulloso de ello.

-Bueno, no me proponía decírselo, pero es el goce de mi alma.

-¿Quiere usted decir que es una belleza tan extraña, tan grande?

Volvió a detenerse un momento.

-¡La cosa más encantadora del mundo! -nos habíamos parado, y con estas palabras me dejó. No obstante, al llegar al final del corredor, mientras yo seguía mirándolo ansiosamente, se volvió y vio mi preocupado rostro. Eso lo hizo sacudir su cabeza vehementemente (desde luego, creo que con bastante ansiedad) y agitar su dedo-. ¡Olvídelo... olvídelo!

Eso no era un desafío, era un consejo paternal. De haber tenido uno de sus libros a mano, hubiera repetido mi reciente acto de fe: hubiera pasado la mitad de la noche con él. A las tres de la mañana, no pudiendo dormir, recordando además cuán indispensable era él para lady Jane, me deslicé hacia la biblioteca con una vela. Según pude descubrir, no había en la casa ni una línea de lo que Vereker había escrito.

Al volver a la ciudad me dediqué a reunir febrilmente todos los libros de Vereker; los distribuí en su orden de aparición y los fui leyendo. Esto significó un mes enloquecedor, en el curso del cual ocurrieron varias cosas. Una de ellas, la última, bien puedo mencionarla inmediatamente, fue que seguí el consejo de Vereker: renuncié a mí ridícula tentativa. Realmente no podía hacer nada; estaba en un callejón sin salida.

Después de todo, como él mismo lo había señalado, siempre me habían gustado sus obras, y lo que sucedía ahora era que mi nueva comprensión y vana preocupación dañaban mi gusto. No sólo no descubría una intención general; tampoco hallaba las intenciones subordinadas que antes había gozado. Sus libros ni siquiera seguían siendo las cosas encantadoras que habían sido para mí; la exasperación de mi búsqueda no me permitía comprenderlos. En lugar de ser un placer, gozaba menos de ellos en la medida en que se convertían en un recurso, pues, desde el momento en que era incapaz de seguir el indicio del autor, por supuesto, hacía una cuestión de honor el no aprovechar mi conocimiento de ellos. No tenía ningún conocimiento, nadie lo tenía. Era humillante, pero podía soportarlo; entonces sus libros sólo me fastidiaban. Por último, incluso me aburrí, y expliqué mi confusión -perversamente, lo admito- con la idea de que Vereker me había engañado. El tesoro enterrado era un chiste malo; la intención general, una pose monstruosa.

No obstante, lo importante es que conté a George Corvick lo que me había ocurrido, y que mi información tuvo un enorme efecto sobre él. Finalmente había vuelto, pero por desgracia había ocurrido lo mismo con la señora Erme y, según podía ver, todavía no había perspectivas de que Corvick se casara. Lo conmovió intensamente la anécdota que yo había traído de Bridges; correspondía completamente al sentimiento que él había tenido desde un principio en el sentido de que en Vereker había más de lo que podía ver el ojo. Cuando le observé que la página impresa parecía expresamente inventada para el ojo, inmediatamente me acusó de estar resentido por mi fracaso. Nuestro intercambio tenía siempre esa placentera latitud. La cosa que Vereker me había mencionado era exactamente aquello que él, Corvick, había querido que yo dijera en mi reseña. Al sugerirle que finalmente ahora, con la ayuda que yo le había proporcionado, él sin duda estaría preparado para decirlo por sí mismo, admitió francamente que debía comprender más cosas antes de hacerlo. Lo que él hubiera dicho, en caso de haber escrito la crítica del nuevo libro, era que, evidentemente, en el arte más profundo del autor, había algo que debía comprenderse. Yo ni siquiera había sugerido eso: ¡No debía sorprenderme entonces que el autor no se sintiera halagado! Le pregunté a Corvick qué quería decir realmente con su propia supersutileza, y él, inconfundiblemente amable, contestó: "No es para el vulgo... no es para el vulgo". Había agarrado la punta de algo, iba a tirar de esa punta, tirar hasta sacar todo. Me sacó todo lo que pudo sobre la extraña confianza de Vereker y, declarándome el más feliz de los mortales, mencionó una media docena de preguntas que él hubiera deseado que yo hubiera tenido la perspicacia de hacer. Con todo, por otra parte, no quería que le dijera demasiado. . . , ello arruinaría la diversión de ver lo que resultaría. En el momento de nuestro encuentro el fracaso de mi diversión no era completo, pero ya lo preveía, y vi que Corvick veía que yo lo preveía. Por mi parte, comprendí que una de las primeras cosas que haría sería correr a contar mi relato a Gwendolen.

El mismo día de mi charla con él me sorprendió recibir una nota de Hugh Vereker, quien, según decía, al hallar en una revista un artículo firmado por mí, había recordado nuestro encuentro en Bridges. "Lo leí con gran placer", escribía, "Y mientras lo leía recordé nuestra interesante conversación junto al fuego de su cuarto. La consecuencia de

ello fue que comencé a ponderar la temeridad de haberlo cargado con un conocimiento que puede resultar un peso para usted. Ahora que la cosa está hecha, no puedo imaginar cómo pude haber ido tanto más allá de lo habitual en mí. Nunca había mencionado antes, cualquiera que fuese mi estado de expansión, el hecho de mi pequeño secreto, y nunca volveré a hablar de ese misterio. Accidentalmente fui con usted mucho más explícito de lo que está dentro de mi juego, de tal modo que este juego -me refiero al placer de jugarlo-, resulta considerablemente perjudicado. En síntesis, si usted puede comprenderlo, en buena medida he arruinado mi deporte. Realmente no quiero dar a nadie lo que ustedes, hombres jóvenes e inteligentes, llaman una "punta". Por supuesto, éste es un pedido egoísta, y se lo hago en nombre de lo que puede significar para usted. Si usted está dispuesto a complacerme, no divulgue mi revelación. Considéreme loco... está en su derecho, pero no diga a nadie por qué."

La consecuencia de esta comunicación fue que a primera hora de la mañana siguiente me atreví a dirigirme directamente a la puerta del señor Vereker. En esos años ocupaba una de las honestas y viejas casas de Kensington Square. Me recibió inmediatamente, y apenas entré comprendí que no había perdido mi capacidad para darle alegría. Al ver mi rostro, que sin duda expresaba perturbación, sonrió. Yo había sido indiscreto, mi remordimiento era grande.

-¡Le he contado a alguien -dije jadeante- y estoy seguro de que en este momento esa persona se lo ha contado a otra! Por añadidura, ésta es una mujer.

-¿La persona a la que usted le ha hablado?

-No, la otra persona. Estoy completamente seguro de que él se lo ha contado.

-¡Por todo el bien que le hará a ella... o a mí! Una mujer nunca descubrirá el secreto.

-No, pero ella lo divulgará; precisamente lo que usted no quiere que ocurra.

Vereker pensó un momento, pero no estaba tan desconcertado como yo había temido; sentía que si el daño estaba hecho, lo mejor era aceptarlo.

-No tiene importancia... no se preocupe.

-Haré todo lo que esté a mi alcance, se lo prometo, para que lo que usted me dijo no se divulgue más.

-Muy bien; haga lo posible.

-Mientras tanto -proseguí- la posesión de la "punta" Por parte de George Corvick puede llevar realmente a algo. -Ese será un gran día.

Le hablé acerca de la inteligencia de Corvick, de su admiración, de la intensidad de su

interés por mi anécdota y, sin dar demasiada importancia a la divergencia de nuestras respectivas estimaciones, mencioné el hecho de que mi amigo afirmaba haber visto, respecto de cierta cosa, más que la mayoría de la gente. Estaba tan excitado como yo lo había estado en Bridges. Además, estaba enamorado de la joven dama: quizá los dos juntos pudieran sacar algo.

Vereker pareció sorprendido ante esta revelación.

-¿Quiere decir que están por casarse?

-Me atrevo a decir que ése será el resultado.

-Eso puede ayudarlos -admitió- pero debemos darles tiempo.

Hablé de mi renovado ataque, confesé mis dificultades y él me repitió su anterior consejo. "Olvídelo! ¡Olvídelo!" Evidentemente, no me consideraba intelectualmente equipado para la aventura. Permanecí durante media hora, y se mostró de buen humor, aunque no puedo dejar de calificarlo de hombre de humores inestables. Se había mostrado franco en un momento, luego se había arrepentido, y ahora se mostraba indiferente. Esta ligereza general me ayudó a creer que,, en lo tocante al tema de la "punta", no había demasiado en ello. No obstante, me las ingenié para hacerle contestar unas pocas preguntas más al respecto, aunque lo hizo con visible impaciencia. Para él, sin duda, la cosa para la cual todos éramos absolutamente ciegos estaba vívidamente allí. Era algo, supuse, que estaba en el plan primigenio, algo semejante a una figura compleja en un tapiz persa. Aprobó entusiastamente esta imagen cuando la usé, y él mismo usó otra.

-Es el mismo hilo -dijo- al que están enhebradas mis perlas.

La razón por la cual me había enviado la nota era que realmente no quería darnos un poco de ayuda..., nuestra tontería era en cierto modo algo demasiado perfecto como para tocarlo. Se había formado el hábito de contar con ella, y el encanto, en caso de romperse, debía hacerlo por alguna fuerza propia. Lo recuerdo en esa última ocasión - pues nunca volvería a hablar con él- como un hombre con un coto seguro para practicar su deporte. Mientras me alejaba, me pregunté si él había encontrado su "punta".

Cuando le hablé a George Corvick respecto de la advertencia que había recibido, me hizo sentir que cualquier duda respecto de su delicadeza sería casi un insulto. Instantáneamente le había hablado a Gwendolen, pero la ardiente respuesta de ésta había sido en sí misma un juramento de discreción. El problema ahora los absorbería y les proporcionaría

pasatiempo demasiado precioso como para compartirlo con la multitud. Parecían haber

captado al momento la alta idea de goce que tenía Vereker. Su orgullo intelectual, empero, no era tanto como para volverlos indiferentes a alguna nueva luz que yo pudiera echar sobre el asunto que tenían entre manos. Por supuesto, eran de "temperamento artístico", y me sorprendió una vez más la capacidad de mi colega para entusiasmarse por una cuestión artística. Había hablado de letras; había hablado de vida, pero todo era una sola cosa. Ahora me parece comprender que hablaba también en nombre de Gwendolen, a la cual pensaba presentarme apenas la señor Erme estuviera lo bastante mejorada como para dejarle un poco de tiempo. Recuerdo un domingo de agosto en que fuimos juntos a una desordenada casa en Chelsea, y mi re novada envidia por el hecho de que Corvick tuviera una amiga capaz de colaborar con él en la tarea. El podría decir a ella cosas que yo nunca podría decirle a él. Desde luego ella no tenía sentido del humor y, con su bello modo de mantener la cabeza echada hacia un costado, era una de esas personas a las que uno quiere, como suele decirse, sacudir pero que han aprendido húngaro solas. Quizá conversara húngaro con Corvick; tenía notablemente poco que decir en inglés al amigo de él. Luego Corvick me dijo que yo la había desalentado por mi manifiesta falta de disposición a comunicarles los detalles de lo que Vereker me había dicho. Admití que creía haber dicho ya bastante en ese sentido; ¿no habría arribado yo a la conclusión de que la cuestión era vana y no llevaría a ninguna parte? La importancia que ellos le otorgaban al asunto era irritante y envenenaba mis dudas.

Esta afirmación parece poco amistosa, y probablemente que sucedía era que me sentía humillado al ver a otras personas profundamente seducidas por un experimento que sólo me había dado dolores de cabeza. Yo quedaba afuera, mientras junto al fuego de la tarde, bajo la lámpara, ellos continuaban la caza para la cual yo mismo había hecho sonar el cuerno. Hicieron lo que yo había hecho, sólo que más deliberada y sociablemente; atacaron a su autor desde un principio. No había prisa, dijo Corvick: tenían el futuro ante ellos y la fascinación sólo podía ir en aumento; lo seguiría página por página, como hubieran seguido a uno de los clásicos, lo inhalarían en pequeñas bocanadas y se sumergirían en él en todo momento. Difícilmente se hubieran entusiasmado tanto de no haber estado enamorados; el significado más profundo del pobre Vereker les daba interminables ocasiones de poner y mantener sus jóvenes cabezas juntas. De todos modos, ése era el tipo de problema para el cual Corvick tenía una aptitud específica, derivada de la particular paciencia de la cual, de haber vivido, hubiera dado ejemplos más asombrosos y, es de esperar, más fructíferos. El por lo menos era, en las palabras de Vereker, un pequeño demonio de la sutileza. Había comenzado disputando, pero pronto vi que si no lo hubiera acicateado, su infatuación hubiera pasado malos momentos. Al igual que yo, hubiera seguido pistas falsas, hubiera dado vivas ante nuevas luces y hubiera visto cómo se desvanecían en el viento que hacía la página al volverse. A nada se parecía tanto, le dije, como a los maníacos que abrazan alguna teoría enloquecida respecto del carácter críptico de Shakespeare. A ello contestó que si Shakespeare hubiera dicho que era críptico, lo hubiera aceptado inmediatamente. El caso era por completo diferente, al respecto no teníamos otra cosa que la palabra del señor Snooks. Le contesté que me dejaba asombrado el verle atribuir tanta importancia incluso a la palabra del señor Vereker. Entonces quiso saber si yo consideraba como una mentira lo que Vereker me había dicho. Quizá no estaba preparado, en mi desdichada

respuesta, a ir tan lejos, pero insistí en que, mientras no se demostrara lo contrario, prefería considerarla como demasiado imaginativa. No dije, lo confieso, y en ese entonces no lo sabía completamente, todo lo que sentía. Profundamente, como hubiera dicho la señorita Erme, estaba inquieto, expectante. En el centro de mi desconcierto - pues mi habitual curiosidad estaba sobre ascuas- tenía el penetrante sentimiento de que probablemente Corvick terminaría por llegar a algo. En defensa de su credulidad, dio gran importancia al hecho de que, desde hacía mucho, en su estudio de este genio, había encontrado indicios de no sabía bien qué, débiles notas errantes de una música oculta. Eso era justamente lo raro, ése era el encanto: correspondía tan perfectamente a lo que yo le había contado.

Si en varias ocasiones volví a la casita de Chelsea, me atrevo a decir que fue tanto para buscar noticias de la parienta enferma de la señorita Erme como de Vereker. Las horas que allí pasaba Corvick se presentaban a mi fantasía como las de un ceñudo ajedrecista inclinado sobre su tablero y sus movimientos, durante todo el invierno bajo ja luz artificial. Mientras mi imaginación la completaba, la imagen me cautivaba. Del otro lado de la mesa estaba una forma fantasmal, ja vaga figura de un rival de buen humor, pero algo hastiadamente seguro; un rival que se echaba- hacia atrás en su silla con las manos en los bolsillos y una sonrisa en su bello y claro rostro. Cerca de Corvick, detrás de él, estaba una muchacha que comenzaba a parecerme pálida, demacrada e incluso, viéndola más de cerca, bastante bella, y que se apoyaba sobre el hombre de Corvick, pendiente de sus movimientos. El levantaba una pieza, la hacía oscilar un momento sobre uno de los casilleros y luego, con un largo suspiro de decepción, volvía a colocarla donde estaba. Ante esto, la joven dama cambiaba de posición ligeramente pero con inquietud, mirando a través de la mesa al oscuro rival muy fija, muy larga, muy extrañamente. En una temprana etapa de su tarea les había preguntado si les serviría de algo mantener un contacto más estrecho con el rival. Sin duda, las especiales circunstancias me hubieran dado derecho a presentarlos. Corvick inmediatamente me había contestado que no quería aproximarse al altar antes de haber preparado el sacrificio. Estaba totalmente de acuerdo con nuestra amiga en cuanto al deleite y el honor de la caza; él' derribaría al animal ,con su propio rifle. Cuando le pregunté si la señorita Erme era una cazadora igualmente buena, después de reflexionar me dijo: "No, me avergüenza reconocer que ella quiere poner una trampa. Hubiera dado cualquier cosa por verlo; dice que necesita otra `punta'. Realmente es bastante morbosa al respecto. Pero debe jugar limpio... ¡no debe verlo!", agregó vehementemente. Me pregunté si habrían discutido algo al respecto, una sospecha no desmentida por la forma en que él exclamó más de una vez: "Ella es muy increíblemente literaria, tú sabes... ¡muy fantásticamente literaria!" Recuerdo que dijo que ella sentía en bastardillas y pensaba en mayúsculas. "Oh, cuando lo haya derribado", también dijo Corvick, "entonces, sabes, golpearé a la puerta de Vereker. Más bien, créeme, le haré decir: "Muy bien, muchacho, ¡esta vez lo has logrado!" Me coronará vencedor... con el laurel del crítico.

Mientras tanto, realmente eludía las oportunidades que podía ofrecerle la vida londinense de encontrar al gran novelista; no obstante, ese peligro desapareció cuando

Vereker partió de Inglaterra por tiempo indefinido, viajando hacia el sur -según anunciaron los periódicos-, por motivos relacionados con la salud de su esposa, que desde hacía mucho se mantenía retirada. Había pasado un año -más de un año desde el incidente en Bridges, Perú yo no había vuelto a verlo. Creo que en el fondo estaba bastante avergonzado; detestaba recordarle que, aunque irremediablemente no había encontrado su punto central, rápidamente conquistaba una reputación de agudo crítico. Este escrúpulo condujo mis pasos; me mantuvo alejado de la casa de lady Jane; me hizo declinar una invitación cuando ella tuvo la bondad de invitarme por segunda vez a pesar de mis malos modos. Una vez la " descubrí en la escolta de Vereker durante un concierto, estoy seguro de haber sido visto por ellos, pero me escapé sin que me atraparan. Mientras en esa ocasión chapoteaba bajo la lluvia, comprendí que no podía haber hecho otra cosa, y sin embargo recuerdo que me decía que eso era duro, incluso cruel. No sólo había perdido los libros, había perdido al hombre mismo; ellos y su autor eran cosas perdidas para mí. También supe cuál era la pérdida que más me dolía. Me había aferrado al hombre aún más de lo que nunca me había aferrado a sus libros.

6

Seis meses después de que nuestro amigo hubiera abandonado Inglaterra, George Corvick, que vivía de su pluma, firmó un contrato por un trabajo que le imponía una ausencia algo prolongada y un viaje algo difícil, y el hecho de que lo tomara fue una gran sorpresa para mí. Su cuñado se había convertido en jefe de redacción de un gran periódico provincial, y el gran periódico provincial, en un bello vuelo de fantasía, había concedido la idea de enviar un "corresponsal especial" a la India. Los corresponsales especiales comenzaban a ser una moda en la "prensa metropolitana", y el periódico en cuestión debe de haber sentido llegado el momento de que hiciera lo propio un mero primo del campo. Sabía que Corvick no estaba preparado para el gran trazo del corresponsal, pero ése era un asunto de su cuñado, y el hecho de que una tarea no estuviera dentro de su línea era para George Corvick una razón más para aceptarla. Estaba dispuesto a superar en grosería a la prensa metropolitana; tomó solemnes precauciones contra los melindres, ultrajó exquisitamente el buen gusto. Nunca nadie lo supo: ese principio ultrajado era sólo de él. Además de sus gastos, se le pagaría un salario conveniente, y yo me encontré capacitado para ayudarlo para que hiciera un arreglo plausible por el habitual libro grueso, con el habitual editor grueso. Naturalmente deduje que su manifiesto deseo de hacer un poco de dinero no estaba desvinculado de la perspectiva de una alianza con Gwendolen Erme. Sabía que la oposición de la madre de ella en gran medida se basaba en la falta de medios y de capacidades lucrativas de Corvick, pero sucedió que, cuando la última vez que lo vi le dije algo relacionado con el problema de su separación de nuestra joven amiga, él exclamó con un énfasis que me asombró:

-¡Ah, tú sabes que no estoy comprometido con ella de ningún modo!

-No públicamente -contesté- porque no le gustas a su madre. Pero siempre supe que

existía un acuerdo privado.

-Bueno, existía. Pero ya no existe-. Eso fue todo lo que dijo, salvo algo respecto de que la señora Erme se había recobrado del modo más extraordinario, una observación que indicaba, como suponía, la verdad de la moraleja de que los acuerdos privados son de escaso valor cuando el médico no los comparte. Lo que me tomé la libertad de inferir con más detalle fue que la muchacha debía de haberlo alejado de alguna manera. Bueno, si él se había sentido celoso, por ejemplo, difícilmente pudiera estar celoso de mí. En ese caso -además de lo absurdo que sería- no se alejaría precisamente para dejarnos juntos. Durante algún tiempo antes de su partida no hicimos alusión alguna al tesoro escondido, l y de su silencio, que mi reserva se limitó a emular, extraje una conclusión terminante. Su coraje lo había abandonado, su ardor se había desvanecido al igual que el mío; por lo menos, eso era lo que sugerían las apariencias. No podría haber hecho más que eso; no podía enfrentar el triunfo con que yo habría recibido una admisión explícita de su derrota. No tenía necesidad alguna de temer, pobre querido, pues en ese entonces yo había perdido toda necesidad de triunfar. De hecho, consideré, yo era magnánimo al no reprocharle su abandono, pues el saber que había abandonado el juego me hacía sentir más que nunca hasta qué punto finalmente dependía de él. Sí Corvick había sido derrotado, yo nunca sabría; nadie serviría si él no servía. No era verdad que yo hubiera perdido interés por saber; poco a poco no sólo había vuelto a despertarse mi curiosidad, sino que se había convertido en el tormento habitual de mis días y mis noches. Sin duda, hay personas para las cuales los tormentos de esta índole difícilmente parecen más naturales que las contorsiones de la enfermedad, pero, después de todo, no sé por qué tengo que hablar de ellos ahora. Pues, de todas maneras, para las pocas personas, anormales o no, con las que se relaciona mi anécdota, la literatura era un juego de capacidad, y capacidad significa coraje, y coraje significa honor, y honor significa pasión, significa vida. Lo que estaba en juego sobre la mesa era de una naturaleza especial y nuestra ruleta era la mente que giraba, pero nos sentábamos en torno del parra verde con tanta concentración como los ceñudos jugadores de Monte Carlo. En ese sentido, Gwendolen Erme, con su rostro blanco y sus ojos fijos, pertenecía al mismo tipo de las delgadas damas que uno encuentra en los templos del azar. Durante la ausencia de Corvick, comprobé que ella corroboraba esta analogía. Admito que era extravagante el modo en que vivía por el arte de la pluma. Su pasión la devoraba visiblemente, y en su presencia yo me sentía casi tibio. Volví a leer "Profundamente"; era un desierto en el cual ella se había perdido, pero donde también había cavado un magnífico pozo en la arena: una profundidad de la cual Corvick la había sacado de manera aún más notable.

A principios de marzo recibí un telegrama de ella, a consecuencia del cual fui inmediatamente a Chelsea, donde lo primero que ella me dijo fue:

-¡Lo consiguió, lo consiguió!

Pude ver que estaba conmovida hasta tal punto que forzosamente debía de referirse a lo

que nos importaba.

-¿La idea de Vereker?

-Su intención general. George me envió un cable desde Bombay.

Tenía la misiva abierta; era entusiasta aunque concisa: "Eureka. Inmenso". Eso era todo. .. se había ahorrado el costo de la firma. Compartí la emoción de Gwendolen, pero estaba decepcionado.

-No dice de qué se trata.

-¿Cómo podría decirlo... en un telegrama? Escribiré.

-¿Pero cómo sabe?

-¿Sabe que es realmente eso? Oh, estoy segura de que cuando usted lo vea también lo sabrá. ¡Vera incessu patuit deal!

-¡Es usted, señorita Erme, la que es una "querida" por darme esas noticias -dije con todo entusiasmo-. ¡Pero imagínese: encontrar nuestra diosa en el templo de Vishnú! ¡Qué extraño que George haya vuelto a meterse en el asunto en medio de solicitudes tan diferentes y poderosas!

-El no se metió en el asunto, lo sé; fue la cosa misma, apartada severamente durante seis meses, la que simplemente saltó sobre él como una tigresa en la selva. No llevó un libro con él... a propósito; por supuesto, no necesitaba hacerlo... los conocía de memoria página por página, como yo. Todas ellas trabajaron juntas en su interior, y algún día, en alguna parte, cuando él no estaba pensando, se colocaron, con toda su soberbia complejidad, en la combinación correcta. Surgió la figura en el tapiz. Ese es el modo en que él sabía que ocurriría y la verdadera razón -usted no lo comprendió, pero supongo que puedo decírselo ahora-, por la cual él fue y yo consentí que fuera. Sabíamos que el cambio lo haría... que la diferencia de pensamiento, de ambiente, daría el toque necesario, el sacudón mágico. Lo habíamos calculado perfectamente, admirablemente. Los elementos estaban todos en su mente, y se encendieron en la secousse de una experiencia nueva e intensa-. Ella estaba realmente encendida, estaba literalmente, facialmente luminosa. Balbucé algo sobre el pensamiento inconsciente, y ella continuó: -El volverá... esto lo hará volver.

-¿A ver a Vereker, quiere decir?

-A ver a Vereker... y a verme a mí. ¡Piense en lo que tendrá que decirme!

Vacilé.

-¿Acerca de la India?

-¡Tonterías! Acerca de Vereker... acerca de la figura en el tapiz.

-Pero, como usted dice, con toda seguridad nos enteraremos por carta.

Ella pensó como una inspirada, y recordé que Corvick me había dicho hacía ya mucho que su cara era interesante.

-Quizás no pueda decirse por carta si es "inmenso".

-Quizás no si es una inmensa palabrería. Si no ha aceptado algo que pueda entrar en una carta, no ha captado la cosa. Lo que me dijo el propio Vereker es que la "figura" entraría en una carta.

-Bueno yo le envié un cable a George hace una hora... dos palabras-, dijo Gwendolen.

-¿Es indiscreto preguntarle cuáles fueron esas palabras?

Se puso roja, pero al final las dijo:

-"Ángel, escribe".

-¡Bueno! -exclamé-. Para más seguridad... le escribiré lo mismo.

7

De todas maneras, mis palabras no fueron exactamente las mismas: puse alguna otra cosa en lugar de "ángel", y con el tiempo mi epíteto resultó el más adecuado, pues lo que luego oí de nuestro viajero era meramente, cabalmente, desesperante. Se mostraba magnífico en su triunfo, describía su descubrimiento como estupendo; pero su éxtasis solo servía para oscurecerlo, no se conocerían detalles hasta que no sometiera su concepción a la autoridad suprema. Había abandonado su trabajo, había abandonado su libro, había abandonado toda cosa que no fuera la necesidad de viajar instantáneamente a Rapallo, sobre la costa genovesa, donde se hallaba Vereker. Le escribí una carta que había de aguardarlo en Aden; le pedía que aliviara mi curiosidad. El hecho de que recibió mi carta se reflejó en un telegrama que, llegado a mí tras días de ansiedad y ante la ausencia de toda respuesta al lacónico cable que le había enviado a Bombay, evidentemente estaba destinado a responder a ambas comunicaciones. Esas pocas palabras estaban escritas en francés familiar, el francés de la época, al cual Corvick recurría a veces para demostrar que no era un pedante. A algunas personas eso le hacía el efecto opuesto, pero su mensaje puede traducirse: "Ten paciencia; ¡quiero ver la cara que pones cuando lo conozcas!", "Tellement envie de voir ta tête"...,

con eso había de quedarme sentado. No puede decirse que me haya quedado sentado,

pues me parece recordar que en ese entonces viajaba -constantemente entre Chelsea y mi propia casa. Nuestra impaciencia, la de Gwendolen y la mía, era igual, pero yo esperaba que ella aclarase más el asunto. Durante todo este episodio gastamos en telegramas y cables una gran cantidad de dinero para personas de nuestros medios, y yo esperaba recibir noticias de Rapallo inmediatamente después del encuentro del descubridor con el descubierto. El intervalo parecía una era, pero una tarde escuché un cabriolé que se precipitaba por la calle de mi casa con el ruido generado por la sugerencia de una generosa propina. En ese entonces vivía con el corazón en la boca, y por lo tanto me lancé hacia la ventana, un movimiento que me permitió ver a una joven dama parada sobre el umbral del vehículo y mirando ansiosamente hacia mi casa. Al verme, ella mostró un papel con un movimiento que me hizo bajar inmediatamente; era el movimiento con el cual, en los melodramas, se agitan al pie del cadalso los pañuelos y las órdenes de suspensión de la sentencia.

"Acabo de ver a Vereker, ni una nota equivocada. Me apretó contra su pecho; me tendrá aquí un mes". Eso fue todo lo que pude leer sobre el papel mientras el cochero hacía una mueca desde el pescante. En mi excitación, le pagué generosamente y, en la suya, ella lo soportó; luego, mientras él se alejaba, comenzamos a caminar y hablar. Ya habíamos hablado lo suficiente con anterioridad, pero éste era un maravilloso estímulo. Imaginamos toda la escena en Rapallo, adonde él había escrito, mencionando mi nombre, para que se le permitiese la entrada; así es como yo lo imaginaba, teniendo más conocimiento que mi compañera, a la que sentía pendiente de mis labios mientras nos deteníamos intencionalmente ante vidrieras a las que no mirábamos. Respecto de una cosa estábamos seguros: si él iba a permanecer allí para lograr una comunicación más plena, nosotros por lo menos recibiríamos una carta que nos ayudaría a soportar la postergación. Comprendíamos que permaneciera allí y, con todo, cada uno vio, creo, que el otro estaba fastidiado. La carta que esperábamos arribó; estaba dirigida a Gwendolen, y yo la visité a tiempo como para evitar que me la trajera. No la leyó en voz alta, como era natural; pero me repitió su contenido principal. Este consistía en la notable afirmación de que él le contaría lo que ella quería saber después de que se casaran.

-Sólo entonces, cuando yo sea su esposa... no antes -explicó-. ¡Eso equivale a decir... ¿no es así?... que debo casarme ya!-. Sonrió mientras la decepción me hacía enrojecer ante la visión de una nueva postergación que al principio no me permitió tomar conciencia de mi sorpresa. Había más de un indicio de que Corvick también a mí me impondría alguna fastidiosa condición. De pronto, mientras ella me contaba algunas cosas más de la carta de Corvick, recordé lo que él me había dicho antes de partir. Había encontrado al señor Vereker extraordinariamente interesante, y el hecho de poseer el secreto lo embriagaba. El tesoro escondido era todo de oro y brillantes. Ahora que estaba allí, parecía crecer y crecer ante sus ojos; podía ser, considerando todos los tiempos y todos los idiomas, una de las flores más maravillosas del arte literario. Cuando uno estaba cara a cara con él, nada podía parecer más consumadamente realizado. Una vez que se manifestaba, lo hacía con un esplendor que uno se avergonzaba y, si se excluía la infinita vulgaridad de la época, en la cual todos carecían

de gusto y estaban corrompidos, con todos los sentidos oscurecidos, no había la menor razón para que se lo pasara por alto. Era grande, y pese a ello muy simple; era simple, y pese a ello muy grande, y el conocimiento definitivo de ese secreto era una experiencia completamente distinta. Afirmaba que el encanto de semejante experiencia, el deseo de exprimirle, cuando estaba fresca, hasta la última gota, lo mantenía cerca de la fuente. Gwendolen, francamente radiante mientras me lanzaba estos fragmentos, mostraba el júbilo de una perspectiva más segura que la mía. Eso me hizo volver al problema del casamiento, me impulsó a preguntar si lo que quería decir con esas palabras que acababan de sorprender era que estaba comprometida.

-¡Por supuesto que lo estoy! -contestó-. No lo sabía?

Parecía asombrada, pero yo lo estaba aún más, pues Corvick me había dicho precisamente lo contrario. No obstante, no hablé de eso; sólo le recordé cuán poco había gozado de su confianza, o incluso de la de Corvick, al respecto, y que además no ignoraba la prohibición de su madre. En el fondo, estaba preocupado por ¡a disparidad de las dos explicaciones, pero al poco tiempo sentí que la de Corvick era la menos dudosa. Esto me llevó a preguntarme si la muchacha no habría inventado un compromiso en el momento -haciendo renacer uno viejo o creando uno nuevo- a fin de arribar a la satisfacción que perseguía. Ella debía de tener recursos de los que yo carecía, pero hizo las cosas un poco más ininteligibles al afirmar en el momento:

-Lo que sucedía era que, por supuesto, nos sentíamos obligados a no hacer nada mientras viviera mamá.

-¿Pero ahora piensan prescindir del consentimiento de su mamá?

-¡Ah, no será necesario!-. Me pregunté qué harían, y ella prosiguió-. Pobre querida, ella puede tragarse la píldora. ¡En realidad, usted sabe -agregó con una sonrisa- realmente debe tragársela(-lo cual era una proposición cuya fuerza, en nombre de todos los comprometidos, reconocí plenamente.

8

Nada podía haberme resultado más molesto que saber, antes del arribo de Corvick a Inglaterra, que no podría estar allí para recibirlo. De pronto me vi obligado a viajar a Alemania por la alarmante enfermedad de mi hermano menor, quien, sin seguir mis consejos, se había ido a Munich para estudiar, por supuesto a los pies de un gran maestro, el arte del retrato al óleo. El familiar cercano que le daba alojamiento había amenazado con echarlo si, con pretextos especiosos, buscaba una verdad superior en París, siendo París, para una tía de Cheltenham, la escuela del mal, el abismo. En ese entonces había deplorado ese prejuicio, y el profundo daño que había causado era ahora visible: primero en el hecho de que no había salvado al pobre muchacho, que era débil de inteligencia y alocado, de una congestión pulmonar, y segundo en el gran alejamiento de Londres al que me condenó ese hecho. Temo que lo que más ocupó mi mente durante

varias semanas ansiosas fue el sentimiento de que, si hubiéramos estado en París, habría podido correr para ver a Corvick. En realidad, eso era imposible desde todo punto de vista; mi hermano, cuya recuperación nos dio mucho que hacer, permaneció enfermo durante tres meses, en el curso de los cuales nunca lo abandoné y al fin de los cuales debí enfrentarme con la prohibición absoluta de retornar a Inglaterra. La consideración del clima se impuso, y él no estaba en condiciones de arreglárselas solo. Lo llevé a Meran y en su compañía pasé el verano, tratando de mostrarle con el ejemplo cómo volver al trabajo y alimentando una ira de otro tipo que traté de no mostrarle.

Todo el asunto resultó ser el primero de una serie de fenómenos tan extrañamente ligados entre sí que, tomados en conjunto -que es como debo tomarlos ahora- forman la mejor ilustración que puedo recordar del modo en que el destino trata a veces la avidez de un hombre, sin duda para el bien de su alma. Seguramente estos incidentes tuvieron efectos mayores que la consecuencia comparativamente menor de la que nos ocupamos aquí, aunque creo que esa consecuencia es también algo de lo que debe hablarse con algún respeto. De todos modos, confieso que es sobre todo bajo esa luz que ahora se me presenta el horrible fruto de mi exilio. Incluso al principio, el espíritu con el cual mi avidez, como la he llamado, me hizo considerar ese término no halló tranquilidad en el hecho de que, antes de volver de Rapallo, George Corvick me escribió de un modo que objeto. Su carta no tenía ninguno de los efectos tranquilizadores que, según debo creer hoy, él había querido darle, y la marcha de los acontecimientos no estuvo ordenada como para compensar lo que en ella faltaba. En el mismo lugar había empezado a escribir, para una de las publicaciones trimestrales, una gran última palabra sobre los escritos de Vereker, y este exhaustivo estudio, el único que hubiera importado, que hubiera existido, iba a echar la nueva luz, a pronunciar -¡oh, tan calladamentel- la verdad no imaginada. En otras palabras, iba a rastrear la figura en el tapiz a través de cada repliegue, a reproducirla en todos sus matices. El resultado, según mi amigo, sería el más grande retrato literario que se hubiera pintado, y lo que pedía de mí era que fuera tan bueno como para no molestarlo con preguntas hasta que pudiera colgar su obra maestra ante mis ojos. Me hacía el honor de declarar que, además del retratado, elevado en la cumbre de su indiferencia, yo era individualmente el connoisseur por el que más trabajaba. Por consiguiente, yo debía ser un buen muchacho y no tratar de ver por encima del telón antes de que el espectáculo estuviera preparado; gozaría mucho más si me quedaba sentado y muy quieto.

Hice todo lo posible por quedarme sentado y muy quieto, pero no pude dejar de dar un salto al ver en *The Times*, luego de que hubiera permanecido una semana o dos en Munich y antes, de que según mis conocimientos, hubiera llegado Corvick a Londres, el anuncio de la súbita muerte de la pobre señora Erme. En el momento envié una carta a Gwendolen pidiéndole detalles, y ella me escribió que su madre había cedido ante una falla de su corazón que la amenazaba desde hacía mucho. No me decía, aunque me tomé la libertad de leerlo entre líneas, le desde el unto de vista de su matrimonio, y también de su ansiedad, no menor que la mía, ésta era una solución más rápida de lo que pudiera haberse previsto y más radical que esperar que la dama se tragase la píldora. Admito francamente que entonces -por lo que había oído decir repetidas veces- leí algunas cosas

singulares en las palabras de Gwendolen y otras más extraordinarias en sus silencios. De este modo, pluma en mano, dejé pasar el tiempo, y ello me dio el más extraño sentimiento de haber sido, durante meses y a pesar de mí mismo, una especie de espectador obligado. Durante toda mi vida me he refugiado en mis ojos, que la procesión de los hechos parece haber obligado a permanecer fijos. Hubo días en que pensé escribir a Hugh Vereker y simplemente encomendarme a su caridad. Pero más profundamente sentí que aún no había caído tan bajo, además de que, muy adecuadamente, él me hubiera mandado a paseo. La muerte de la señora Erme hizo que Corvick volviera inmediatamente a Londres, y al mes estaba unido "muy calladamente" -tan calladamente, me pareció descifrar, como pensaba revelar su trouvaille en su artículo- a la joven dame que había amado y abandonado. Uso esta última palabra, puedo decir entre paréntesis, pues luego me sentí más seguro de que, en la época de su viaje a la India, en la época de sus grandes nuevas desde Bombay, no había existido un compromiso concreto entre ellos. No había ninguno en el momento en que ella me aseguraba lo contrario. Por otra parte, sin duda él se había comprometido el día de la vuelta. La joven pareja fue a pasar su feliz luna de miel a Torquay y allí, en un momento de imprudencia, se le ocurrió al pobre Corvick sacar a su esposa a dar un paseo en carro. El no sabía dominarlo; eso era algo que había comprendido hacía mucho en un pequeño viaje que habíamos hecho en un dócar. Y en un dócar guió a su compañera por un difícil camino sobre las colinas de Devonshire, llevando a su caballo por una de las más fáciles de transitar, y el caballo se había desbocado con tal violencia que los ocupantes del coche fueron lanzados hacia adelante y él cayó horriblemente sobre su cabeza. George murió inmediatamente; Gwendolen salió ilesa.

Paso rápidamente sobre la cuestión de esta inexorable tragedia, de lo que significó para mí la pérdida de mi mejor amigo, y completo la pequeña historia de mi paciencia y mi esfuerzo con la franca admisión de que pregunté a la señora Corvick, en la posdata de la primera carta dirigida a ella después de recibir la horrible noticia, si su esposo por lo menos había podido terminar el gran artículo sobre Vereker. Su respuesta fue tan rápida como mi pregunta: del artículo, apenas iniciado, sólo existía un desalentador fragmento. Explicaba que nuestro amigo, mientras se hallaba en el exterior, se había consagrado a él cuando interrumpió su trabajo la muerte de la madre de ella, y que luego, al volver, no había podido trabajar por las cosas que los iban a lanzar hacia esa catástrofe. Las páginas iniciales eran todo lo que ; quedaba; eran asombrosas, eran promisorias, pero no develaban al ídolo. Obviamente, esa gran hazaña intelectual iba a ser la culminación de su trabajo. No decía nada más, nada que me esclareciese respecto del estado de su propio conocimiento; el conocimiento por cuya adquisición me la había imaginado actuando prodigiosamente. Eso era lo que más quería saber: ¿había visto ella al ídolo develado? ¿Había habido una ceremonia privada para un auditorio palpitante de una sola persona? Si no era para esa ceremonia, ¿para qué otra cosa había tenido lugar el casamiento? No me gustaba presionarla todavía, aunque cuando pensaba en todo lo que había pasado entre nosotros al respecto durante la ausencia de Corvick, su reticencia me asombraba. Por consiguiente, sólo mucho después, desde Meran, me arriesgué a apelar una vez más a ella, me arriesgué con algún temor, pues ella continuaba sin decirme nada: Ha oído en esos pocos días de su agostada bienaventuranza , escribí, "lo que

deseábamos oír?". Dije "nosotros" como una pequeña sugerencia, . y ella me demostró que podía captar una pequeña sugerencia. "¡Lo oí todo", contestó, "y pienso guardármelo para mi misma.

9

Era imposible no sentirse impulsado por la más fuerte simpatía. hacia ella, y al volver a Inglaterra le tributé todas las gentilezas que me fue posible. La muerte de su madre le había dejado con medios de vida suficientes, y se había mudado a un barrio más conveniente. Pero su pérdida había sido grande y su castigo cruel; además, nunca se me hubiera ocurrido suponer que ella hubiese podido sentir que la posesión de un conocimiento técnico, de una pieza de experiencia literaria, era una compensación para su dolor. Extraño es decirlo, pero tras haberla visto unas pocas veces no pude dejar de creer que había atrapado un destello de alguna rareza semejante. Me apresuro a decir que hubo otras cosas que no pude dejar de creer, o al menos de imaginar, y como nunca me siento realmente seguro respecto de estas cosas, en lo que atañe al punto que trato aquí, doy a su memoria el beneficio de la duda. Golpeada y solitaria, sumamente culta y ahora, en su profundo dolor, con una gracia más madura y un pesar sin quejas, indiscutiblemente bella, se presentaba como llevando una vida de singular belleza y dignidad.

Al principio hallé un modo de convencerme de que pronto sacaría provecho de la reserva formulada, la semana posterior a la catástrofe, en su respuesta a un pedido respecto del cual no podía dejar de tener conciencia de que podría parecerle inoportuno. Sin duda, esa reserva era algo así como un golpe para mí; sin duda, me preocupaba más cuanto más pensaba en ello y aun cuando tratara de explicármela (con momentos de éxito) imputándola a exaltados sentimientos, escrúpulos supersticiosos, un refinamiento de la lealtad. Sin duda, ello al mismo tiempo aumentaba enormemente el precio del secreto de Vereker, tan precioso como ya se manifestaba este misterio. También puedo confesar bajamente que la actitud inesperada de la señora Corvick era el golpe final del clavo que había de encerrar para siempre mi infeliz idea, convirtiéndola en esa obsesión que nunca me abandonará.

Pero esto sólo me ayudaba a ser más astuto, a ser listo, a dejar que el tiempo pasara antes de renovar mi pedido. Hice muchas especulaciones en el intervalo, y una de ellas me absorbió profundamente. Corvick había ocultado la información a su joven amiga hasta el momento en que quedara eliminada la última barrera para su intimidad, sólo entonces dejó salir el gato de la valija. ¿Pensaba Gwendolen, tomando la sugerencia de él, liberar a este animal sólo sobre la base de una renovación de semejante relación? ¿Es que la figura en el tapiz sólo podía ser rastreada o descrita por esposos y esposas, por amantes supremamente unidos? Recordé nebulosamente que en Kensington Square, cuando mencioné que Corvick podría haber contado la historia a la muchacha que amaba, Vereker había dejado caer alguna palabra que daba color a esta posibilidad. Era posible que ese tuviera poca importancia, pero la suficiente como para hacerme preguntar si debía casarme con la señora Corvick para obtener lo que quería. ¿Estaba

preparado para pagarle este precio por la bendición de su conocimiento? ¡Oh, eso sería una locura!... por lo menos así me lo dije en horas de desconcierto. Mientras tanto, podía ver cómo la antorcha que ella se negaba a pasarme llameaba en la cámara de su memoria, vertía a través de sus ojos una luz que brillaba en su casa solitaria. Pasados seis meses, estuve plenamente seguro de qué representaba para ella esta cálida presencia. Habíamos hablado una y otra vez del hombre que nos había reunido, de su talento, su carácter, su encanto personal, su segura carrera, su fin terrible, e incluso de su claro propósito para ese gran estudio que había de ser un retrato literario supremo, una especie de Vandyke o Velázquez crítico. Ella me había dicho abundantes veces que la obligaba a guardar silencio su tozudez, su piedad, que no rompería su silencio, como ella decía, si no era ante la "persona adecuada". No obstante, finalmente llegó la hora. Una tarde en que habíamos permanecido sentados más tiempo del habitual, puse mi mano firmemente sobre su brazo.

-Bueno, finalmente, ¿qué es?

Me había esperado y estaba preparada. Hizo un largo y lento movimiento de cabeza sin emitir sonido, piadoso sólo por ser inarticulado. Esta piedad no impidió que me espetara el mas largo, fino, frío: "¡Nunca!" En el curso de una vida que había conocido negativas, todavía debía recibir ésta en el rostro. La recibí y tuve conciencia de que, con el duro golpe, mis ojos se habían llenado de lágrimas. Así que por un momento permanecimos sentados y mirándonos, luego de lo cual me levanté lentamente. Me preguntaba si algún día me aceptaría, pero no fue esto lo que dije. Mientras repasaba mi sombrero, dije:

-Ya sé qué pensar entonces. ¡No es nada!

Su vaga sonrisa manifestó una remota y desdeñosa piedad por mí, luego habló con una voz que todavía puedo oír.

-¡Es mi nidal!

Mientras yo permanecía junto a la puerta, añadió:

-¡Usted lo ha insultado!

-¿Habla de Vereker?

-¡Hablo del muerto!

Cuando llegué a la calle reconocí la justicia de su acusación. Sí, era su vida... también reconocía eso, pero de todos modos con el paso del tiempo su vida hizo lugar para otro interés. Un año y medio después de la muerte de Corvick, publicó en un único volumen su segunda novela, "Overmastered", sobre la que me abalancé con la esperanza de hallar algún eco o el asomar de algún rostro. Todo lo que encontré fue un libro mucho mejor del que había escrito cuando era más joven, lo que revelaba, pensé, que había estado en

mejor compañía. Como un tejido tolerablemente intrincado, era un tapiz con una figura propia, pero no la figura que yo buscaba. Cuando envié una reseña a The Middle me sorprendió saber que ya estaba otra en impresión. Cuando se publicó el periódico no dudé en atribuir este artículo, que juzgué bastante vulgarmente exagerado, a Drayton Deane, quien en los últimos tiempos había sido algo así como un amigo de Corvick, aunque sólo hacía unas pocas semanas que conocía a la viuda. Yo había conseguido uno de los primeros ejemplares del libro, pero era evidente que Deane había obtenido uno anterior. A pesar de todo, carecía de la ligera mano con la cual Corvick había dorado la ornamentación, ponía el oropel como quien tira manchas.

10

Seis meses más tarde apareció "The Right of Way", la última oportunidad, aunque entonces no lo supiéramos, que teníamos de redimirnos a nosotros mismos. Escrito totalmente durante la estada de Vereker en el exterior, el libro era anunciado, en un centenar de párrafos, por las habituales ineptitudes. Esta vez me jacté de llevar directamente a la señora Corvick un ejemplar antes de que lo hubiera obtenido nadie. Era para lo único que me servía; dejé el inevitable tributo de The Middle a alguna mente más ingeniosa y a algún temperamento menos irritado.

-Pero ya lo tengo -dijo Gwendolen-. Drayton Deane fue tan bueno que me lo trajo ayer, y acabo de terminarlo.

-¿Ayer? ¿Cómo lo obtuvo tan pronto?

-¡Obtiene todo tan pronto! Va a escribir la reseña del libro en The Middle.

-El . . . Drayton Deane . . . ¿va a escribir la reseña sobre Vereker? -no podía creerlo que oía

-¿Por qué no? Una bella ignorancia es tan buena como cualquier otra.

Di un respingo, pero inmediatamente dije:

-¡Usted debe hacer la crítica!

-Yo no hago críticas -rió-. ¡A mí me hacen críticas! Entonces se abrió la puerta.

-Ah, sí. Aquí está su crítico.

Drayton Deane estaba allí con sus largas piernas y su frente despejada. Venía a ver qué pensaba ella de "The Right of Way" y traía noticias de singular importancia. Acababan de salir los diarios vespertinos con un cable sobre el autor de esa obra, que había estado enfermo de malaria en Roma durante algunos días. Al principio no se había pensado que fuera grave, pero, debido a complicaciones, la enfermedad había tomado un cariz que

despertaba ansiedad. Por su puesto, ansiedad fue lo que comenzó a sentirse en la última hora.

Ante la presencia de estas nuevas, me sorprendió el fundamental desinterés que no logró ocultar la preocupación manifestada por la señora Corvick; ello me daba la medida de su consumada independencia. Esa independencia se basaba en su conocimiento, el conocimiento que ahora nada podía destruir ni modificar. La figura en el tapiz podía dar un giro o dos, pero la sentencia virtualmente estaba escrita. El escritor podía bajar a su tumba; ella era la persona de este mundo para la cual -como si fuera su heredera- la existencia del escritor era menos necesaria. Esto me recordó cómo había observado en un momento determinado -luego de la muerte de Corvick- la desaparición de su interés por ver a necesidad de ello. Estaba seguro de que si no lo hubiera necesidad de ello. Estaba seguro de que si no lo hubiera obtenido no se habría ahorrado la tentativa de sondearlo personalmente mediante esas reflexiones superiores, más concebibles en un hombre que en una mujer, que en mi caso habían tenido un efecto negativo. No se trataba, empero, me apresuré a añadir, de que mi caso, a pesar de la molesta comparación, no fuera lo bastante ambiguo. Al pensar que Vereker quizás agonizaba en ese momento, me invadió una ola de angustia, un punzante sentido de cuán incoherentemente todavía dependía de él. La interposición de los Alpes y los Apeninos entre nosotros me imponía una delicadeza cuyo sufrimiento era mi única compensación, pero el sentimiento de la oportunidad que se desvanecía sugería que, en mi desesperación, finalmente podría haber ido hasta él. Por supuesto, en realidad no hubiera hecho nada semejante. Permanecí cinco minutos mientras mis compañeros hablaban del nuevo libro, y cuando Drayton Deane me habló para pedirme mi opinión, me levanté contestando que detestaba a Hugh Vereker y que simplemente no podía leerlo. Partí con la certidumbre moral de que cuando la puerta se cerró a mis espaldas, Deane me calificaría de terriblemente superficial. Su anfitriona negaría eso por lo menos.

Continúe rastreando con toques más breves la conexión sumamente extraña de los hechos que se sucedieron. Tres semanas después se produjo la muerte de Vereker, y antes de

que terminara ese año la de su esposa. Esa pobre dama a la que nunca había visto, pero respecto de la cual tenía la fútil teoría de que si lo sobrevivía lo suficiente como para resultar decorosamente accesible, podría aproximarme a ella con la vacilante llama de mi ruego. ¿Sabía ella y, si lo sabía, hablaría? Había más de una razón para suponer que no tendría nada que decir, pero cuando ella quedó fuera de todo alcance sentí que el renunciamiento era sin duda mi suerte. Estaba encerrado en uní obsesión para siempre. ... mis carceleros se habían ido con la llave. Respecto del tiempo que pasó antes de que la señora Corvick se convirtiera en la señora de Drayton Deane, tengo ideas tan vagas como las de un cautivo dentro de un calabozo. A través de mis barrotes había previsto este fin, aunque no hubo una prisa indecente y nuestra amistad había disminuido bastante. Ambos eran tan "terriblemente intelectuales" que impresionaban a la gente como una pareja apropiada, pero yo he medido mejor que nadie la riqueza de comprensión que el

novio pudo aportar a la unión. Nunca, -en un casamiento de círculos literarios -así describieron los diarios la alianza- había tenido la dama una dote tan notable. Con la debida rapidez comencé a buscar los frutos de la relación; ese fruto, digo, cuyos síntomas premonitorios hubieran sido peculiarmente visibles en el marido. Dando por sentada la dote nupcial de la otra parte, esperé que él mostrara algo que correspondiera al incremento de sus medios, su artículo sobre " "The Right of the Way" mostraba claramente su figura. Dado que él estaba ahora exactamente en la posición en que yo, aun más exactamente, no estaba, vigilé de mes a mes los periódicos en busca del pesado mensaje que el pobre Corvick no había podido transmitir y cuya responsabilidad había caído sobre su sucesor. La viuda y esposa podría romper, y Deane estaría tan inflamado por el conocimiento como lo había estado Corvick en su hora y Gwendolen en la suya. Bueno, sin duda estuvo inflamado, o el fuego aparentemente no había de convertirse en una arada pública. Examiné los periódicos en vano: Drayton Deane los llenó de página, exuberantes, pero se reservó la página que yo buscaba más febrilmente. Escribió sobre un millar de temas, pero nunca sobre Vereker. Su línea especial era decir verdades que a las demás personas o bien habían "atemorizado", como decía, o bien que habían pasado por alto, pero nunca decía la única verdad que en esos días me parecía tener algún significado. Me encontré con la pareja en esos círculos literarios a los que se hacía referencia en la prensa; ya he insinuado suficientemente que todos estábamos contruidos para girar sólo en torno de esos círculos.

Gwendolen estaba comprometida con ellos más que nunca por la publicación de su tercera novela, y yo definitivamente clasificado por sostener la opinión de que esta obra era inferior a su predecesora inmediata. ¿Era peor porque había estado en una peor compañía? Si su secreto, como ella me lo había dicho, era su vida -un hecho discernible en su creciente florecimiento, una atmósfera de privilegio consciente que, inteligentemente corregido por bellos actos de caridad, daba distinción a su apariencia - aún no tenía influencia directa sobre su obra. Eso sólo hacía que uno -todo hacía que uno- ansiara aún más conocer ese secreto; no hacía más que rodearlo de un misterio más fino y más sutil.

Por consiguiente, fue de su esposo del que nunca pude quitar mis ojos; lo asedié de un modo que podría haberlo inquietado. Llegué incluso a conversar con él. ¿No sabía, no había llegado a ello como a una cosa obvia?... esa pregunta zumbaba en mi cerebro. Por supuesto, él lo sabía; de otro modo, no me hubiera devuelto la mirada tan sospechosamente. Su esposa le había dicho lo que yo quería y estaba amablemente divertido por mi impotencia. No se reía, no era persona de reírse: su sistema era presentar para mi irritación; de modo que yo me delatara groseramente, un vacío en la conversación tan vasta como su gran frente desnuda. Yo siempre me alejaba con una firme convicción de estas extensiones despobladas, que parecían complementarse geográficamente y simbolizar conjuntamente la falta de voz, la falta de forma, de Drayton Deane. Simplemente carecía del arte de usar lo que sabía; literalmente era incompetente para encargarse del deber que Corvick le había legado. Fui aún más allá,

ése fue el único destello de felicidad que tuve. Comprendí que el deber no lo atraía. No estaba interesado, no le importa. Sí, me tranquilizó. completamente creerlo demasiado tonto como para gozar de aquello que a mí me faltaba. Era tan tonto después como lo había sido antes, y esto aumentaba para mí la dorada gloria en que estaba envuelto el misterio. podría haberle cualquier modo debía recordar que su esposa había puesto condiciones y extorsiones, Por sobre todo debía recordar que, con la muerte de Vereker, el principal incentivo había desaparecido. El estaba todavía allí para ser honrado por lo que podría hacerse, ya no estaba para dar su sanción. ¿Quién sino él tenía la autoridad necesaria?

La pareja tuvo dos hijos, pero el segundo costó la vida de la madre. Después de este golpe, me pareció ver otro fantasma de una oportunidad. Salté sobre él en pensamiento, pero aguardé un cierto tiempo por convencionalismo, y finalmente mi oportunidad se presentó de un modo conveniente. Su esposa había muerto hacía un año cuando encontré a Drayton Deane en el salón de fumar de un pequeño club del cual ambos éramos socios, pero en el cual durante meses -quizás porque raramente iba allí- no lo había visto. El salón estaba vacío y la ocasión era propicia. Deliberadamente le ofrecí, para terminar con el asunto para siempre, esa ventaja que, según yo creía, él buscaba desde hacía mucho.

-Como un amigo de su difunta mujer aún más viejo que usted -comencé- debe permitirme decirle algo que tengo en mi mente. Me alegraría llegar a algún acuerdo que a usted le parezca apropiado para mencionar la información que ella debía de haber recibido de George Corvick... la información, usted sabe, que llegó hasta él, pobre muchacho, en una de las horas más felices de su vida, directamente de Hugh Vereker.

Me miró como un desvaído busto frenológico.

-¿La información. . . ?

-El secreto de Vereker, mi querido señor... la intención general de sus libros; el hilo al que estaban enhebradas sus perlas, el tesoro escondido, la figura en el tapiz.

Comenzó a sonrojarse, y el número de sus protuberancias a destacarse.

-¿Los libros de Vereker tenían una intención general? Yo fijé mi mirada a mi vez.

-¿No querrá decir que la ignora?-. Por un momento pensé que estaba jugando conmigo-. La señora Dane lo conocía; lo había recibido, como le digo, directamente a Corvick, quien, tras una infinita búsqueda y para deleite del mismo Vereker, halló la misma boca de la cueva. ¿Dónde está la boca? Después de su casamiento, él la contó -y sólo la contó- a la persona que, cuando las circunstancias se repitieron, debe habérsela contado a usted ¿Me he equivocado al dar por sentado que ella lo admitió a usted, como uno de los más altos privilegios de la relación que mantuvo con ella, al conocimiento del que era, después de la muerte de Corvick, única depositaria? Todo lo que yo sé es que ese

conocimiento es infinitamente precioso, y lo que quiero hacerle comprender es que si usted a su vez me lo comunica, hará por mí una gentileza por la cual le estaré eternamente agradecido. Finalmente, se había puesto muy rojo; me atrevo a decir que había comenzado a pensar que yo había perdido la cabeza. Poco a poco me siguió; por mi parte, lo miré con una más viva sorpresa.

Luego habló:

-No sé de qué está hablando. Estaba representando... ésa era la absurda verdad - Ella no se lo dijo... ?

- Nada me dijo acerca de Hugh Vereker.

Estaba estupefacto; el cuarto giré a mi alrededor. ¡Había sido demasiado bueno incluso para eso!

-¿Me lo jura?

-Se o juro. Qué diablos le pasa? -gruñó.

-Estoy asombrado... estoy desilusionado. Quería sacarlo de usted.

-¡No está en mí! -sonrió extrañamente-. Y aún si lo estuviera...

-Sí estuviera usted no me lo mostraría... oh, sí, por humanidad. Pero le creo. Lo veo... ¡Lo veo! -seguí adelante, consciente, mientras hablaba, de mi gran engaño, de mi falsa concepción de la actitud del pobre hombre. Lo que ví, aunque no pude decirlo, es que su esposa no lo había estimado digno de ser esclarecido. Esto me pareció extraño en una mujer que lo había considerado digno de ser su esposo. Por lo menos me lo expliqué reflexionando que posiblemente no se habría casado con él por su comprensión. Debía de haberlo hecho por alguna otra cosa.

En alguna medida, ahora veía claro, pero estaba aún más asombrado, más desconcertado; se tomó un momento para comparar mi relato con sus apresurados recuerdos. Como resultado de su meditación, me dijo de un modo bastante vacilante:

-Esta es la primera vez que oigo hablar de eso a lo que usted alude. Creo que debe de estar equivocado respecto de que la señora de Drayton Deane tenía algún conocimiento no mencionado, y aún menos inmencionable, respecto de Hugh Vereker. Sin duda, hubiera querido que se lo usara... si eso afectaba de algún modo el carácter literario de Vereker.

-Eso fue usado. Ella mismo lo usó. Me dijo con sus propios labios que "vivía" de eso.

No había terminado de hablar cuando me arrepentí de haberlo hecho; se puso tan pálido

que sentí como si lo hubiera golpeado.

-Ah, "vivía"...-murmuró, volviéndome la espalda .

Mi remordimiento era sincero; puse mi mano sobre su hombro.

-Le ruego que me perdone... he cometido un error. Usted no sabe lo que yo pensaba que usted sabía. Usted hubiera podido, de haber estado yo en lo justo, hacerme un favor, y yo tenía mis razones para suponer que usted podría hacerme ese favor.

-¿Sus razones? .preguntó-. ¿Cuáles eran sus razones?

Lo miré bien, vacilé, consideré lo que haría.

-Venga y siéntese conmigo aquí y se lo diré. Lo llevé hasta un sofá, encendí un cigarrillo y, comenzando por la anécdota del descenso de Vereker desde las nubes, le conté la extraordinaria cadena de accidentes que, a pesar del destello inicial, me habían mantenido hasta ese momento en las tinieblas. Le dije en una palabra lo que he escrito aquí. Me escuchó con creciente atención, y por sus exclamaciones, por las preguntas, comprendí que, después de todo, no habría sido indigno de la confianza de su esposa. Una experiencia tan inesperada de la falta de confianza de ella en él tuvo entonces un efecto perturbador sobre su estado de ánimo, pero vi como el golpe inmediato se desvanecía poco a poco y luego volvía a concentrarse en olas de sorpresa y curiosidad... las que prometían, según pude estimar perfectamente, romper finalmente con la furia de mis más altas mareas. Puedo decir hoy que, en tanto víctimas de un insatisfecho deseo, no existe la mínima diferencia entre nosotros. El estado del pobre hombre es casi mi consuelo; realmente hay momentos en que siento que esa es mi venganza.

La leyenda de ciertas ropas antiguas

[Cuento. Texto completo.]

Henry James

Hacia mediados del siglo XVIII vivía en la provincia de Massachusetts una dama viuda, madre de tres hijos. Su nombre es lo de menos; me tomaré la libertad de llamarla señora Willoughby: un apellido, como el suyo auténtico, de sonido altamente respetable. Había perdido a su marido tras unos seis años de matrimonio y se había consagrado al cuidado de su prole. Su prole se desarrolló de un modo que recompensó su tierno cariño y cumplió sus más elevadas esperanzas. El primogénito era un varón, a quien había puesto

el nombre de Bernard, el mismo del padre. Los otros dos eran niñas, entre cuyos respectivos nacimientos había mediado un intervalo de tres años. La buena apariencia era tradicional en la familia, y no parecía probable que estas infantiles personas fueran a permitir que la tradición pereciera. El muchacho era de esa tez rubia y sonrosada y de esa complexión atlética que en aquel tiempo (al igual que en éste) era marchamo de genuina sangre inglesa: un afectuoso jovencito sincero, estupendo hijo y hermano, y amigo leal. Listo, empero, no era: la inteligencia de la familia había recaído principalmente en sus hermanas. El señor Willoughby había sido un gran lector de Shakespeare, en un tiempo en que semejante afición implicaba mayor penetración espiritual que en nuestros días y en una comunidad donde hacía falta mucho valor para patrocinar el teatro incluso en privado; y había querido dejar constancia de su admiración por el gran poeta poniéndoles a sus hijas nombres sacados de sus obras favoritas. A la mayor le dio el encantador nombre de Viola; y a la menor, el más serio de Perdita, en recuerdo de otra niña nacida entre las dos pero que sólo vivió unas semanas.

Cuando Bernard Willoughby cumplió los dieciséis años, su madre se armó de valor y se dispuso a ejecutar la postrera voluntad de su marido. Había consistido en un apasionado ruego de que, al llegar a la edad apropiada, su hijo fuese enviado a Inglaterra para completar su educación en la universidad de Oxford, que había sido el escenario de sus propios estudios. A la señora Willoughby su hijo le importaba el triple que sus dos hijas juntas; pero le importaban más los deseos de su marido. Conque reprimió sus sollozos, y preparó el baúl de su hijo y su sencilla vestimenta provinciana, y lo envió al otro lado del océano. Bernard fue inscrito en la facultad de su padre y pasó cinco años en Inglaterra, sin grandes honores, la verdad sea dicha, pero con una amplia ración de diversiones y ningún descrédito. Al dejar la universidad realizó un viaje por Francia. En su vigésimotercer aniversario embarcó de regreso a casa, dispuesto a valorar la pobre pequeña Nueva Inglaterra (en aquel tiempo Nueva Inglaterra era muy pequeña) como un lugar de residencia enteramente insoportable. Pero en casa se habían producido cambios, no menos que en las opiniones del señorito Bernard. Halló bastante habitable la casa de su madre, y a sus dos hermanas convertidas en dos guapísimas señoritas, con los mismos talentos y gracias que las jóvenes británicas sumados acierta agradable brusqueriey originalidad propia que, aunque no era un talento, desde luego las hacía aún más graciosas. Confidencialmente Bernard le aseguró a su madre que sus hermanas no tenían nada que envidiar a las más distinguidas muchachas de Inglaterra; a consecuencia de lo cual la pobre señora Willoughby se envaneció bastante de sus hijas. Tal era la opinión de Bernard, y tal, multiplicada por diez, era la opinión del señor Arthur Lloyd. Este caballero, me apresuro a agregar, era un compañero de estudios del señorito Bernard: un joven de reputada familia, de buen natural y de cuantiosa fortuna; este último accesorio se proponía invertirlo en negocios en este país. Él y Bernard eran íntimos amigos; habían cruzado el océano juntos y el joven norteamericano no había dudado en presentarlo en casa de su madre, donde había causado una impresión tan buena como la que él mismo había recibido y de la cual acabo de suministrar un indicio.

En aquella época las dos hermanas estaban en plena lozanía de su juvenil floración; cada

una de ellas, por supuesto, manifestaba esta natural brillantez de la manera que más le cuadraba. Eran disímiles tanto en apariencia como en carácter. Viola, la mayor -de veintidós años recién cumplidos-, era alta y clara, de calmosos ojos grises y cabellos de color castaño rojizo: un muy remoto parecido con la Viola de la comedia de Shakespeare, a la cual imagino como una criatura morena (con permiso de ustedes), pero delgada, briosa, plena de las más tiernas y elevadas emociones. La señorita Willoughby, con su intensa blancura de piel, sus bien torneados brazos, su majestuosa estatura y su pausado hablar, no estaba hecha para la aventura. Nunca se habría puesto unas calzas y una camisa masculinas; y, a decir verdad, siendo una belleza muy corpulenta, acaso es una suerte que no lo hiciera. También Perdita habría debido cambiar la dulce melancolía de su nombre por algo más en consonancia con su aspecto y temperamento. Era morena a ultranza, baja de estatura, ligera de pies, con ojos oscuros plenos de fuego y animación. Desde niña había sido una criatura de sonrisas y alegría; y, cuando uno hablaba con ella, lejos de hacerlo esperar como era costumbre en su bella hermana (quien lo estudiaba a uno con sus más bien fríos ojos grises), le daba a escoger entre media docena de respuestas antes de que uno hubiera terminado de pronunciar sus frases.

Las jóvenes se alegraron muchísimo de volver a ver a su hermano; mas se descubrieron bastante capaces de reservar cierta porción de entusiasmo para destinarla al amigo de su hermano. Entre sus propios amigos y vecinos, la belle jeunesse de la colonia, había muchos jóvenes excelentes, varios admiradores devotos, y unos dos o tres que gozaban de la reputación de irresistibles galanes y conquistadores. Pero los lugareños ardides y la algo ruda galantería de estos honrados colonos incipientes quedaron completamente eclipsados ante la buena apariencia, las elegantes ropas, el respetuoso empressment, la perfecta cortesía, la inmensa cultura, del señor Arthur Lloyd. En realidad no era ningún dechado: era un franco, resuelto, instruido joven, rico en libras esterlinas, en salud y anodinas esperanzas, y en un pequeño capital de afectos por invertir. Pero era un caballero; poseía un hermoso rostro; había estudiado y viajado; hablaba francés, tocaba la flauta y declamaba versos con muy buen gusto. Había una docena de razones para que de sopetón la señorita Willoughby y su hermana menor se volvieran sobremanera exigentes en su elección de amistades masculinas. La imaginación de la mujer está particularmente adaptada a las diversas pequeñas convenciones y misterios de la buena sociedad. La conversación del señor Lloyd les reveló a nuestras jóvenes doncellas de Nueva Inglaterra muchísimo más de lo que él creyó sobre las personas de alcurnia de las capitales europeas. Era fascinante sentarse a oír charlar a él y Bernard sobre las personas extraordinarias y las cosas extraordinarias que ambos habían visto. Tras el té toda la familia solía reunirse alrededor de la chimenea, en el saloncito revestido de madera -por entonces inocente de cualquier propósito de resultar pintoresco o de resultar cualquier otra cosa, a decir verdad, salvo económico, de tal modo que se habían ahorrado los gastos de papeles pintados y colgaduras-, y los dos jóvenes aludían discretamente el uno para el otro, desde los extremos opuestos de la alfombra, esta, esa y aquella aventura. Muchas veces Viola y Perdita habrían dado cualquier cosa por saber exactamente de qué aventura se trataba, y dónde ocurrió, y quién participó, y qué llevaban puesto las mujeres; mas en aquel tiempo no se consideraba correcto que una joven bien educada

interviniese en la conversación por iniciativa propia o formulase excesivas preguntas; y por lo tanto las pobres muchachas se parapetaban ansiosas detrás de la curiosidad, más lánguida -o más discreta-, de su madre.

Que las dos eran muy atractivas fue algo que Arthur Lloyd no tardó en descubrir; pero necesitó más tiempo para decidir cuál poseía mayores encantos. Tuvo un fuerte presagio -una sensación de una naturaleza demasiado enteramente alegre para aplicarle el calificativo de ominosa- de que estaba destinado a llevar al altar a una de ellas; sin embargo era incapaz de llegar a una preferencia, y para tal ceremonia ciertamente era indispensable una preferencia, por cuanto Lloyd tenía demasiada sangre joven como para avenirse a la idea de elegir echándolo a suertes y verse desposeído del celestial deleite de enamorarse. Resolvió tomarse las cosas con calma y aguardar hasta que hablara su corazón. Mientras tanto, llevaba una existencia muy agradable. La señora Willoughby hacía gala de una digna indiferencia ante sus “intenciones”, tan lejana de despreocuparse de la honra de sus hijas como de mostrar esa insoportable alacridad por hacerlo comprometerse que tantísimas veces él, en su calidad de joven con posibles, había notado en las venerables damas de sus islas natales. En cuanto a Bernard, lo único que él pedía era que su amigo tratara a sus hermanas como si fueran suyas; y en cuanto a las propias lindas criaturas, por mucho que cada una anhelara secretamente el monopolio de las atenciones del señor Lloyd, se ciñeron a un proceder muy decoroso y humilde y discreto.

En su trato mutuo, empero, ellas estaban algo más a la ofensiva. Eran buenas amigas fraternas, entre las cuales habría hecho falta más de un día para que germinara y fructificara la semilla de los celos; pero ambas pensaban que esa semilla había quedado sembrada el día en que el señor Lloyd llegó a la casa. Cada una determinó que, de no cumplirse sus esperanzas, soportaría la decepción en silencio, y que nadie llegaría a sospechar nada; pues, aunque sentían un fuerte amor, asimismo sentían una fuerte soberbia. Pero cada una rezaba en secreto, pese a todo, para que sobre ella recayera la gloria. Tuvieron necesidad de una gran cantidad de paciencia, de autodomínio y de disimulo. En aquel tiempo, una joven que se preciara no podía permitirse hacer ninguna insinuación, ni casi responder, de hecho, a las que se le hacían. Lo correcto era que permaneciera inmóvil en su asiento con la mirada en la alfombra, contemplando el lugar donde caería el mágico pañuelo. El pobre Arthur Lloyd estaba obligado a llevar a cabo su cortejo en el saloncito revestido de madera, bajo la mirada de la señora Willoughby, de Bernard y de su futura cuñada. Pero la juventud y el amor son tan astutos que era posible intercambiar un centenar de minúsculas señas y promesas sin que las detectara ninguno de aquellos tres pares de ojos. Las dos muchachas compartían la misma habitación y el mismo lecho, conque durante largas horas estaban juntas cada una bajo la observación directa de la otra. Empero, el saberse recíprocamente espiadas no introdujo ni un ápice de diferencia en los pequeños servicios que se prestaban mutuamente, ni en las diversas tareas domésticas que desempeñaban en común. Ninguna desertó ni titubeó ante las silenciosas baterías de la mirada de su hermana. El solo cambio notable que se verificó en sus costumbres fue que ahora tenían menos cosas que contarse una a otra. Era imposible hablar sobre el señor Lloyd y era ridículo hablar

sobre cualquier otra cosa. Por tácito acuerdo empezaron a lucir sus mejores ropas y a emplear pequeños instrumentos de coquetería, en forma de cintas y moños y volantes, permitidos por la más incorruptible modestia. De esa misma guisa muda establecieron un pequeño pacto de sinceridad sobre estos delicados menesteres. “¿Quedo mejor así?”, preguntaba Viola, prendiéndose al corpiño un conjunto de cintas y apartando del espejo la mirada para dirigírsela a su hermana. Solemnemente Perdita alzaba la vista de su propia labor y examinaba el ornato. “Creo que sería preferible que añadieras una lazada más”, decía, con gran gravedad, mirando intensamente a su hermana con ojos que agregaban: “Palabra de honor.” Así estaban continuamente cosiendo y modificando sus faldas, y planchando sus muselinas, y urdiendo lociones y pomadas y cosméticos, como las mujeres del hogar del vicario de Wakefield. Transcurrieron unos tres o cuatro meses; ya era pleno invierno y Viola continuaba diciéndose que si Perdita todavía no era capaz de vanagloriarse de algo más que ella, no había mucho que temer de su rivalidad. Pero a estas alturas Perdita, la encantadora Perdita, tenía la impresión de que su secretismo se había vuelto diez veces más precioso que el de su hermana.

Una tarde la mayor de las señoritas Willoughby estaba sentada a solas ante el espejo de su tocador, desenredándose los luengos cabellos. Había empezado a anochecer y cada vez había menos luz; encendió las dos velas a ambos lados del marco del espejo y después se acercó a la ventana para cerrar las cortinas. Era un gris atardecer decembrino: el panorama se veía vacío y desolado y el cielo estaba cubierto de nubes nivosas. Al extremo del amplio jardín al cual daba la ventana había una tapia con una puertecita trasera, que comunicaba con un callejón. Dicha puertecita estaba entreabierta, como borrosamente vio en la creciente oscuridad, y morosamente oscilaba en sus goznes, como si alguien la moviera desde el lado del callejón. Sin duda se trataba de una de las criadas. Pero, cuando se disponía a echar la cortina, Viola vio a su hermana entrar en el jardín y echar a andar apresuradamente por el caminito que conducía hasta la casa. Corrió la cortina, aunque dejando una pequeña rendija para espiar. Mientras Perdita recorría el caminito, parecía examinar un objeto que llevaba en la mano, acercándolo mucho a los ojos. Cuando llegó junto a la casa se detuvo un instante, contempló intensamente el objeto y se lo oprimió contra los labios.

La pobre Viola regresó lentamente a su silla y se sentó ante el espejo, en el cual, de haberlo mirado menos abstraídamente, habría visto sus bellas facciones tristemente desfiguradas por los celos. Un instante después, la puerta se abrió a su espalda y su hermana entró en la habitación sin resuello y con las mejillas encendidas por el aire glacial.

Perdita se sobresaltó:

-Qué susto -dijo-. Creía que estabas con mamá. -Las tres mujeres iban a asistir a una merienda, y en tales ocasiones su costumbre era que una de las hijas ayudara a la madre a vestirse. En vez de penetrar, Perdita se quedó junto a la puerta.

-Pasa, pasa -dijo Viola-. Aún nos queda más de una hora. Me gustaría mucho que le

hicieras unos cuantos retoques a mi peinado. -Sabía que su hermana quería retirarse y que ella podía ver en el espejo todos sus movimientos en la habitación-. Vamos, ayúdame a peinarme -dijo-, y después yo iré a ayudar a mamá.

De mala gana Perdita acudió a empuñar el cepillo. Vio la mirada de su hermana, en el espejo, firmemente clavada en sus manos. Aún no se lo había pasado tres veces por el cabello cuando Viola aferró su propia mano derecha a la izquierda de su hermana y se levantó de un salto.

-¿De quién es este anillo? -gritó pasionalmente, arrastrándola hacia una luz.

En el dedo corazón de la joven refulgía un anillito dorado, adornado con un par de pequeños rubíes. Perdita decidió que ya no servía de nada guardar secreto, pero que debía efectuar su confesión con audacia.

-Es mío -dijo con orgullo.

¿Quién te lo ha regalado? -gritó la otra.

Perdita vaciló un instante.

-El señor Lloyd.

-De golpe y porrazo el señor Lloyd se ha vuelto rumboso.

-¡Huy, no -exclamó Perdita, con arrojo-: no de golpe y porrazo! Ha estado ofreciéndomelo desde hace un mes.

-¿Es que necesitas un mes de ruegos para aceptarlo? -dijo Viola, contemplando la pequeña sortija, que en realidad no era extraordinariamente elegante aunque sí la mejor que el joyero de la provincia podía suministrar-. Yo no lo habría aceptado en menos de dos.

-¡No es tanto el anillo -dijo Perdita- cuanto lo que significa!

-Significa que no eres una muchacha decente -gritó Viola-. A ver, ¿mamá está enterada de tu intriga?; ¿y Bernard?

-Mamá ha aprobado mi “intriga”, como tú la llamas. El señor Lloyd ha pedido mi mano, y mamá se la ha concedido. ¿Habrías preferido que te solicitara a ti, hermana?

Viola le dedicó a su hermana una larga mirada, llena de pesadumbre y envidia apasionadas. Después bajó las pestañas sobre las pálidas mejillas y se dio la vuelta. Perdita se hizo cargo de que no había sido una escena agradable; mas la culpa era de su hermana. Pero raudamente la joven de más edad hizo acopio de amor propio, y tornó a

encararla:

-Acepta mis felicitaciones -dijo con una débil cortesía-. Te deseo toda la felicidad del mundo, y una muy larga vida.

Perdita se rió amargamente.

-¡No lo digas con ese tono! -exclamó-. Una maldición sería más entusiasta. Vamos, hermana -agregó-, él no puede casarse con las dos.

-Te deseo muchísimas alegrías -reiteró maquinalmente Viola, tornando a sentarse frente al espejo-, y una muy larga vida, e innumerables hijos.

En el sonido de estas palabras hubo algo que no fue del entero agrado de Perdita.

-¿Me concederás un año, al menos? -dijo-. En un año puedo tener un hijo... o cuando menos una hija. Si me dejas el cepillo, te arreglaré el cabello.

-Gracias -dijo Viola-. Será mejor que vayas con mamá. No es correcto que una joven prometida en matrimonio atienda a una muchacha que no lo está.

-De eso nada -dijo Perdita, bienhumoradamente-. Yo ya tengo a Arthur para atenderme. Tú necesitas mis servicios más de lo que yo necesito los tuyos.

Pero su hermana le hizo ademanes para que se fuera, conque ella abandonó la habitación. En cuanto hubo salido, la pobre Viola cayó de rodillas ante el tocador, ocultó la cabeza entre los brazos y derramó un torrente de lágrimas y sollozos. Se sintió muchísimo mejor gracias a esta efusión de pesadumbre. Cuando regresó su hermana, ella insistió en ayudarla a vestirse y en que se pusiera sus mejores galas. La obligó a aceptar un hermoso encaje de su propiedad, declarando que ahora que iba a casarse debía hacer todo cuanto estuviera a su alcance para aparecer digna de la elección de su novio. Ejecutó esas tareas en severo silencio; pero, aun así, hubieron de servir como disculpa y expiación; no se excusó de ninguna otra forma.

Ahora que Lloyd era recibido por la familia en calidad de pretendiente aceptado, únicamente restaba fijar la fecha de la boda. Se concertó para el cercano mes de abril, y durante el intervalo se realizaron diligentes preparativos para la ceremonia. Lloyd, por su parte, estaba ocupado realizando acuerdos comerciales y estableciendo correspondencia con la gran empresa mercantil a la cual estaba vinculado en Inglaterra. Por consiguiente no fue un tan asiduo visitante de la casa de la señora Willoughby como durante los meses de su timidez e irresolución, y la pobre Viola hubo de sufrir menos de lo que había temido a causa del espectáculo de los mutuos arrumacos de los jóvenes novios. En lo tocante a su futura cuñada Lloyd tenía perfectamente tranquila la conciencia. Entre ellos no había sido pronunciada una sola palabra de sentimiento, y no tenía ni la más remota sospecha de que ella codiciara algo más que un fraternal afecto

por parte de él. Se sentía muy feliz: la vida se anunciaba plena de venturas, tanto domésticas como financieras. A la sazón las cárdenas nubes de la revuelta de las colonias todavía estaban veinte años por debajo del horizonte, y era absurdo, era blasfemo, temer que su dicha conyugal tomara derroteros trágicos. Mientras tanto, en casa de la señora Willoughby había un mayor rumor de sedas, un más rápido manejo de tijeras y vuelo de agujas que nunca anteriormente. La señora Willoughby se había propuesto que su hija tuviera el ajuar más espléndido que su dinero pudiera comprar o que el país pudiera suministrar. Fueron convocadas todas las mujeres sabias del condado, y sus gustos aunados fueron inducidos a concentrarse en el vestuario de Perdita. Desde luego no era para ser envidiada la situación de Viola en aquellos momentos. La pobre tenía un irrefrenable amor por los vestidos, y el mejor de los gustos, como sobradamente sabía su hermana. Viola era alta, era exuberante y majestuosa, estaba hecha para portar rígidos brocados y masas de pesados encajes, tales como los propios del atavío de la esposa de un hombre rico. Pero Viola se mantenía apartada, cruzados los hermosos brazos y ausente la mirada, mientras su madre y su hermana y las venerables mujeres antedichas discurrían y cavilaban acerca de sus materiales, abrumadas por la multitud de sus recursos. Un día llegó un hermoso rollo de seda blanca, con brocados de color azul celeste y plata, enviado por el mismísimo novio: en aquel tiempo no se consideraba impropio que el futuro marido contribuyera al trousseau de la novia. A Perdita no se le ocurría ninguna confección y disposición que estuviera a la altura del esplendor de aquella tela:

-El azul es tu color, hermana, más bien que el mío -dijo, con ojos zalameros-. Es una lástima que la tela no sea para ti. Tú sabrías qué hacer con ella.

Viola se levantó de su asiento y se acercó a examinar el gran rollo reluciente, extendido sobre el respaldo de una silla. Después lo tomó en sus manos y lo palpó -amorosamente, como observó Perdita- y se plantó ante el espejo con él. Dejó caer hasta sus pies uno de los extremos y colgó de sus hombros el otro, ciñéndoselo alrededor del talle y dejando su blanco brazo desnudo hasta el codo. Echó hacia atrás la cabeza y contempló su propia imagen, y una trenza de su pelo castaño rojizo cayó sobre la lustrosa superficie de la seda. El efecto era sorprendente. Las mujeres que la rodeaban profirieron un pequeño “¡Oh!” de admiración. “Sí, en efecto -dijo Viola en su fuero interno-, el azul es mi color.” Mas Perdita se dio cuenta de que su imaginación se había disparado y de que ahora se volcaría en la tarea y les resolvería todos sus enigmas modisteriles. Y de hecho lo hizo requetebién, tal como estuvo muy dispuesta a declarar Perdita, sabedora del insaciable amor de su hermana por la mercería. Metros y metros de preciosas sedas y satenes, de muselinas, terciopelos y encajes, pasaron por sus hábiles manos, sin que de sus labios brotara una sola palabra de envidia. Gracias a su laboriosidad, el día de la boda Perdita estaba preparada para lucir mayor número de vanidades de este mundo que cualquier otra temblorosa joven novia que hasta entonces hubiese solicitado la bendición sacramental de un cura de Nueva Inglaterra.

Hablase convenido que la joven pareja viajaría de luna de miel al extranjero para pasar unos días en la mansión campestre de un caballero inglés: un hombre de rango y un muy

gentil amigo para con Lloyd. Se trataba de un soltero: se declaró encantado de esfumarse para dejarlos entregados durante una semana a sus caricias y arrullos. Tras la ceremonia en la iglesia -había sido oficiada por un clérigo inglés- la joven señora Lloyd se aprontó a dirigirse a casa de su madre para cambiarse sus galas nupciales por un traje de montar. Viola la ayudó a hacerlo, en la antigua habitacioncita que durante tantos años habían compartido como buenas hermanas. Luego Perdita fue sin pérdida de tiempo a decir adiós a su madre, dejando que Viola la siguiera. La despedida fue breve: los caballos aguardaban a la puerta y Arthur estaba impaciente por emprender viaje. Mas Viola no la había seguido, conque Perdita regresó a su habitación, abriendo la puerta bruscamente. Como de costumbre, Viola estaba frente al espejo, pero en una situación que hizo que la otra se detuviera paralizada por el asombro. Se había puesto el velo y la guirnalda nupciales de Perdita, y en su cuello tenía el oneroso collar de perlas que la joven había recibido de su marido como regalo de bodas. Estos objetos habían sido dejados de lado apresuradamente, para esperar hasta que su dueña dispusiera de ellos a su regreso de la campaña inglesa. Adornada con estas galas ilegítimas, Viola estaba de pie ante el espejo, hundiendo una prolongada mirada en sus profundidades y teniendo Dios sabe qué audaces visiones. Perdita se sintió escandalizada y dolida. Era una espantosa imagen que resucitaba su antigua rivalidad mutua. Avanzó un paso hacia su hermana, como para arrancarle el velo y las flores. Mas, habiendo percibido la mirada de Viola en el espejo, se detuvo.

Adiós, Viola -dijo- Por lo menos habrías podido esperar a que me hubiera marchado. -Y apresuradamente salió de la habitación.

El señor Lloyd había comprado una casa en Boston que, según el gusto de aquel tiempo, era considerada un prodigio de elegancia y comodidad; y aquí muy pronto se estableció con su joven esposa. De esta guisa quedó separado de la residencia de su suegra por una distancia de treinta kilómetros. En aquella era de primitivos caminos y transportes treinta kilómetros eran como ciento cincuenta de los actuales, conque la señora Willoughby vio escasamente a su hija durante su primer año de matrimonio. Sufrió no poco por su ausencia; y su pesar no se vio aminorado por la actitud de Viola, quien había caído en un estado de apatía y languidez, que hacía imprescindible para su recuperación un cambio de escenario y ambiente. La verdadera causa del decaimiento de la muchacha será adivinada sin dificultad por el lector. Sin embargo, la señora Willoughby y sus compañeras de cotilleo consideraron que su mal era puramente físico y no dudaron de que obtendría alivio del remedio precitado. En consecuencia su madre gestionó en su nombre una visita a unos parientes de su difunto esposo, residentes en Nueva York, que siempre estaban quejándose de lo poco que veían a sus primos de Nueva Inglaterra. Viola les fue enviada a estas buenas personas, con una escolta apropiada, y permaneció con ellas varios meses. En el intervalo su hermano Bernard, que había empezado a ejercer como abogado, se resolvió a tomar esposa. Viola retornó a casa para la boda, aparentemente curada de su melancolía, con encendidos colores en las mejillas y una orgullosa sonrisa en los labios. Arthur Lloyd se vino desde Boston para asistir a la boda de su cuñado, pero sin su esposa, quien en breve esperaba dar a luz. Hacía casi un año que Viola no lo veía. Se alegró -sin saber muy bien por qué- de que

Perdita se hubiera quedado en su casa. Arthur parecía feliz, pero estaba más serio y solemne que antes del matrimonio. A ella se le antojó que tenía un aspecto “interesante”... pues aunque este vocablo en su sentido moderno todavía no había sido inventado, podemos estar seguros de que la idea sí. La verdad es que sencillamente estaba preocupado por el inminente trance de su esposa. Pese a ello, de ningún modo dejó de observar la belleza y esplendor de Viola y cómo casi borraba del mapa a la pobre novia. La asignación que antaño Perdita recibía para comprar ropa le había sido transferida ahora a su hermana, quien ciertamente le sacaba el máximo partido. La mañana inmediatamente posterior a la boda, Lloyd hizo colocar una silla de montar femenina en el caballo del criado que con él se había venido desde la ciudad y salió a dar un paseo ecuestre con Viola. Era una clara mañana contagiosa de enero: el suelo estaba limpio y firme, y los caballos en buenas condiciones..., por no hablar de Viola, que estaba preciosa con su empenachado sombrero y su chaqueta azul de montar forrada con pieles. Cabalgaron toda la mañana, se extraviaron y se vieron obligados a detenerse a almorzar en una alquería. Ya había caído la temprana noche invernal cuando lograron regresar. La señora Willoughby los recibió con cara larga. A mediodía había llegado un mensajero despachado por la señora Lloyd: había empezado a sentirse enferma y anhelaba el inmediato regreso de su marido. El joven profirió una blasfemia al pensar que había perdido varias horas y que cabalgando sin descanso ya habría podido estar junto a su esposa. No accedió a quedarse a tomar un bocado de cenar, sino que montó en el caballo del mensajero y partió al galope.

A medianoche llegó a su hogar. Su esposa había parido una niña.

-Ah, ¿por qué no has estado conmigo? -dijo ella, al llegarse él a la vera de su lecho.

-Había salido cuando se presentó el mensajero. Estaba con Viola -dijo él, inocentemente.

La señora Lloyd articuló un pequeño gemido y volvió la cabeza. Pero la convalecencia iba muy bien, y durante una semana fue ininterrumpida su mejoría. Finalmente, empero, a causa de alguna imprudencia en la dieta o de su afán por abandonar el lecho, se presentaron complicaciones y la pobre mujer empeoró velozmente. Lloyd estaba desesperado. Bien pronto se hizo obvio que la recaída era fatal. La señora Lloyd cobró conciencia de que su fin estaba próximo y declaró que se había resignado a morir. La tercera noche desde que se iniciara el empeoramiento le dijo a su marido que estaba convencida de que no pasaría de esa noche. Hizo salir a los criados, y asimismo le pidió a su madre que abandonara la habitación (la señora Willoughby había llegado el día anterior). Había hecho que trajeran a su hijita a su lecho, y ahora estaba tumbada de costado, con la niña contra su seno, mientras asía las manos de su marido. La lamparilla de noche estaba oculta tras las pesadas cortinas de la cama, pero la estancia era iluminada por un rojizo resplandor procedente del inmenso fuego de leños de la chimenea.

-Resulta extraño morir cerca de un fuego como ése -dijo la joven, débilmente tratando

de sonreír-. ¡Ojalá tuviese siquiera una pizca de él en mis venas! Pero se lo he dado todo a esta chispita de humanidad. -Y posó la mirada sobre su hija. Luego alzó los ojos para dedicarle a su marido una larga mirada penetrante. El postrer sentimiento que anidaba en su corazón era de desconfianza. No se había recobrado de la conmoción que Arthur le había producido al enterarla de que en el instante de su tormento él había estado con Viola. Confiaba en su marido casi tanto como lo amaba; pero ahora que iba a abandonar este mundo para siempre, su hermana le inspiraba un escalofriante horror. En el fondo sabía que Viola nunca había dejado de envidiarle su buena suerte; y un año de feliz seguridad no había borrado la imagen de la joven ataviada con sus galas nupciales y sonriendo con imaginado triunfo. Ahora que Arthur iba a quedar solo, ¿qué no haría Viola? Era hermosa, era insinuante; ¿qué artificios no utilizaría, qué impresión no causaría en el melancólico corazón del joven? En silencio la señora Lloyd miró a su marido. Resultaba difícil, pensándolo bien, dudar de su fidelidad. Sus hermosos ojos rebosaban de lágrimas; su rostro se convulsionaba por los sollozos; el asimiento de sus manos era cálido y apasionado. ¡Cuán noble parecía, cuán tierno, cuán fiel y devoto! “No -pensó Perdita-, no está hecho para una mujer como Viola. Jamás me olvidará. Ni realmente Viola lo ama: lo único que ama es el lujo y los vestidos y las joyas.” Y posó la mirada sobre sus pálidas manos propias, que la generosidad de su marido había cubierto de anillos, y sobre los fruncidos de encaje que formaban el reborde de su camisón. “Viola me envidia más los anillos y los encajes que a mi marido.”

En aquel momento el pensar en la rapacidad de su hermana semejó proyectar una negra sombra entre ella y la indefensa figura de su hijita.

-Arthur -dijo-, tienes que quitarme todos los anillos. No deseo ser enterrada con ellos puestos. Algún día mi hija los llevará: mis anillos y mis encajes y sedas. Hoy he hecho que los sacaran y me los mostraran. Es un magnífico vestuario, no hay ninguno comparable en toda la provincia; puedo decirlo sin vanidad ahora que ya no será mío. Será un magnífico legado para mi hija cuando se haga mayor. En él hay cosas que un hombre no puede comprar dos veces, y si se pierden no hay medio de volver a tenerlas. Conque guárdalas bien. Una docena de ellas se las lego a Viola: ya se las he especificado a mi madre. Le doy aquel vestido de seda recamado de azul y plata; es perfecto para ella; yo sólo lo llevé una vez, no me sentaba nada bien. Pero lo demás debe ser guardado como oro en paño para esta pequeña inocente. Es providencial que su color sea el mismo que el mío; podrá llevar mis vestidos; tiene los ojos de su madre. Ya sabes que las modas se repiten cada veinte años. Podrá llevar mis vestidos sin retocarlos. Hasta que crezca lo suficiente, reposarán envueltos en alcanfor y pétalos de rosa, y conservarán sus colores en la dulcemente perfumada oscuridad. Tendrá el pelo negro, se vestirá con mi satén granate. ¿Me lo prometes, Arthur?

-¿Qué he de prometerte, cariño?

-Prométeme que preservarás los vestidos de tu pobre esposa.

-¿Acaso temes que los venda?

-No, sino que se pierdan. Mi madre los envolverá adecuadamente y tú los guardarás con doble cerradura. ¿Te acuerdas del gran baúl que hay en el ático, reforzado con hierro? Es enorme e inviolable. Ahí podrás meterlos todos. Mi madre y el ama de llaves lo harán y te entregarán la llave. Y tú guardarás la llave en tu secreter y jamás se la entregarás a nadie que no sea tu hija. ¿Me lo prometes?

-Oh, sí, te lo prometo -dijo Lloyd, desconcertado ante la intensidad con que su esposa parecía aferrada a aquel plan.

-¿Lo juras? -insistió Perdita.

-Sí, lo juro.

-Bien..., confío en ti.... confío en ti -dijo la pobre mujer, mirándolo a los ojos con una mirada en que él, si hubiera intuido las vagas aprensiones de ella, habría podido leer una advertencia no menos que una súplica.

Lloyd sobrellevó su pérdida con entereza y hombría. Un mes después de la muerte de su esposa, en el decurso de sus negocios, surgieron circunstancias que le ofrecieron la oportunidad de viajar a Inglaterra. Abrazó tal oportunidad como un remedio contra la tristeza. Estuvo ausente casi un año, durante el cual su hijita quedó bajo los tiernos cuidados y mimos de la abuela. A su regreso volvió a abrir de par en par las puertas de su casa y proclamó su intención de reincorporarse a la vida social como en la época de su esposa. Muy pronto oyéronse predicciones de que no tardaría en casarse de nuevo, y hubo por lo menos una docena de muchachas de quienes se puede decir que no fue por culpa de ellas si, durante seis meses tras su regreso, la predicción se incumplió. Durante este intervalo su hijita siguió en manos de la señora Willoughby, pues ésta le aseveró a su yerno que un cambio de residencia a tan temprana edad era arriesgado para la salud. Finalmente, empero, él declaró que su corazón ansiaba la presencia de la pequeña y que debía serle reintegrada. Mandó su carruaje y su ama de llaves para recogerla. A la señora Willoughby le entró terror de que a su nietecita le ocurriera algún percance por el camino; y, ante la manifestación de tal sentimiento, Viola se ofreció a acompañarla durante el viaje. Podría regresar al día siguiente. Así es que marchó a Boston con su sobrinita, y el señor Lloyd se la encontró ante el umbral de su casa, emocionado de gratitud ante su amabilidad. En vez de regresar al día siguiente, Viola se quedó allí toda la semana; y cuando por fin volvió a su casa, sólo lo hizo para llevarse algunas de sus cosas. Arthur y la niña no querían ni oír hablar de su marcha. La pequeña lloraba y gemía si Viola la dejaba; y ante la visión de su decaimiento Arthur enloquecía y juraba que también ella iba a morir. En definitiva, nada los tranquilizaba excepto que Viola se quedara hasta que la criaturita se hubiere acostumbrado a las caras desconocidas.

El acostumbramiento tardó dos meses en producirse; pues no fue sino hasta que hubo transcurrido este plazo cuando Viola se despidió de su cuñado. La señora Willoughby se

había incomodado e irritado ante la prolongada ausencia de su hija: había declarado que no era decorosa y que estaba siendo la comidilla de toda la región. Había transigido únicamente porque, sin la presencia de la joven, su hogar gozó de un inusitado período de paz. Bernard Willoughby continuaba viviendo en casa de su madre, junto con su esposa, y entre ésta y su cuñada existía una amarga hostilidad. Puede que Viola no fuese ningún ángel; pero en los asuntos cotidianos de la vida era una muchacha de suficiente buen talante, y aunque se peleaba con la mujer de Bernard no era sin mediar provocación. Que se peleaba, sin embargo, era algo sobre lo cual no cabía duda, para gran enojo no sólo de su antagonista, sino también de los dos espectadores de estos continuos altercados. Por consiguiente, el vivir en el hogar de su cuñado habría sido delicioso aunque sólo fuera porque así podía apartarse del objeto de sus antipatías en el hogar materno. Lo era doblemente -lo era diez veces más- por cuanto la mantenía cerca del objeto de su antigua pasión. Las reflexiones de la señora Lloyd se habían quedado lejísimos de la verdad, en lo tocante a lo que por su marido sentía Viola. Había sido una pasión al principio y una pasión seguía siendo: una pasión los efluvios de cuyo radiante calor no tardó en notar el señor Lloyd, atemperados para acomodarse al delicado estado de los sentimientos de éste. Como ya he dicho, Lloyd no era ningún dechado; no entraba en su naturaleza guardar una fidelidad eterna. Aún no había compartido muchos días su hogar con su cuñada cuando comenzó a aseverarse para sus adentros que ésta era, como se solía decir en aquel tiempo, diabólicamente atractiva. No es preciso investigar si realmente Viola puso en práctica aquellos insidiosos artificios que su hermana se había sentido tentada de atribuirle. Baste decir que siempre hallaba el modo de aparecerse en su aspecto más favorecedor. Todas las mañanas se sentaba junto a la gran chimenea del comedor, con una labor de ganchillo, mientras a sus pies su sobrinita retozaba sobre la alfombra, o sobre la cola de su vestido, y jugaba con sus ovillos de lana. Muy insensible habría sido Lloyd si hubiese permanecido indiferente a las ricas sugerencias de aquel cuadro encantador. Adoraba portentosamente a su hijita, y nunca se cansaba de cogerla en brazos y de lanzarla al aire para volver a recogerla, haciéndola gorjear de alegría. No pocas veces, sin embargo, se permitía mayores libertades de lo que por ahora la pequeña estaba dispuesta a tolerar, y ésta vociferaba súbitamente su desagrado. Entonces Viola depositaba la labor y tendía sus bellas manos con la grave sonrisa de una joven cuya virginal imaginación le hubiera revelado todas las artes apaciguadoras de una madre. Lloyd le entregaba la niña, sus miradas se encontraban, sus manos se rozaban, y Viola apagaba los infantiles sollozos sobre los niveos pliegues del tocado que cruzaba su pechera. Su dignidad era perfecta, y nada podía ser menos intrusivo que el modo en que hacía uso de la hospitalidad de su cuñado. Casi se habría podido decir, quizá, que en su reserva había algo de hosquedad. Lloyd experimentaba la provocativa sensación de que ella estaba en la casa y sin embargo era inabordable. Media hora después de la cena, al mismísimo inicio de las largas veladas invernales, ella encendía su vela, le hacía una asaz respetuosa reverencia al joven y marchaba a acostarse. Si esto eran artificios, Viola era una gran artífice. Pero el efecto de los mismos era tan suave, tan paulatino, estaban calculados para influir sobre el alma del joven viudo con un crescendo tan exquisitamente matizado, que, como ya ha visto el lector, hicieron falta varias semanas para que Viola principiara a sentirse segura de que sus ganancias habrían de compensar su desembolso. Una vez que adquirió esta convicción interior, hizo el equipaje y regresó

a casa de su madre. Allí esperó durante tres días; al cuarto, el señor Lloyd hizo su aparición: un respetuoso pero apasionado pretendiente. Viola lo escuchó hasta el final con gran humildad y lo aceptó con infinito recato. Es difícil creer que la señora Lloyd le habría perdonado esto a su marido; mas si algo habría podido desarmar su resentimiento habría sido la ceremoniosa continencia de aquella entrevista. Viola le impuso a su novio un brevísimo periodo de noviazgo. Se casaron, como convenía, en la más estricta intimidad, casi en secreto... con la esperanza, tal vez, como a la sazón alguien sugirió maliciosamente, de que la anterior señora Lloyd no llegara a enterarse.

Según toda apariencia el casamiento era venturoso, y cada una de las partes obtenía lo que había deseado: Lloyd una mujer “diabólicamente atractiva”, y Viola... pero hasta ahora los deseos de Viola, como habrá advertido el lector, tienen mucho de misteriosos. En su mutua felicidad hubo, a la hora de la verdad, dos sombras; pero el tiempo podría, acaso, desvanecerlas. Durante los primeros tres años de su matrimonio la señora Lloyd no consiguió ser madre, y por su parte su marido sufrió grandes descalabros económicos. Esta última circunstancia motivó una drástica reducción de gastos, y por fuerza Viola no pudo llevar la vida de una gran dama en la misma medida que su hermana. Se las industrió, no obstante, para representar con ininterrumpida constancia el papel de mujer elegante, aunque hay que confesar que ello requería el despliegue de un ingenio mayor de lo que corresponde a un auténtico sosiego aristocrático. Desde hacía mucho tiempo había comprobado que el suntuoso vestuario de su hermana había sido secuestrado en beneficio de su hija y estaba languideciendo en la desagradecida oscuridad del polvoriento ático. Era indignante pensar que aquellas gloriosas telas esperarían hasta que las reclamase una niña que se sentaba en una sillita y tomaba leche con migas en una cuchara de madera. Viola tuvo el buen gusto, empero, de no hablar del asunto hasta que hubieron expirado varios meses. Entonces, por fin, tímidamente abordó a su marido. ¿No era una lástima que se estropearan tantos vestidos tan hermosos? Pues se estropearían, sin duda, comidos por la polilla, descoloridos por el tiempo y devaluados por los cambios de las modas. Pero Lloyd le ofrendó una negativa tan abrupta y perentoria que ella comprendió que por el momento su aspiración era vana. Transcurrieron seis meses, sin embargo, que trajeron consigo nuevas necesidades y nuevas ocurrencias. Los pensamientos de Viola se cernían ávidamente sobre las reliquias de su hermana. Subió a examinar el baúl del cual eran prisioneras. En sus tres grandes candados y sus refuerzos de hierro hubo un hosco desafío, que no logró sino acrecentar sus ansias. Había algo exasperante en su incorruptible inviolabilidad. El baúl era como un viejo sirviente canoso y severo que se obstinara en no revelar un secreto de familia. Y además sus vastas dimensiones sugerían un copioso contenido, y cuando Viola golpeó su costado con la punta de la zapatilla se produjo un sonido de estar lleno a rebosar, que la hizo sofocarse de impotentes anhelos.

-¡Es absurdo! -exclamó-. ¡Es una ridiculez, una iniquidad! -Y en el acto determinó llevar a cabo otra tentativa ante su marido. Al día siguiente, después del almuerzo, cuando él se hubo tomado su vino, osadamente ella volvió a la carga. Pero él la interrumpió con gran sequedad:

-De una vez por todas, Viola -dijo-, no hay nada que discutir. Me sentiré gravemente disgustado si vuelves a hablarme de ese asunto.

-Qué bien -dijo Viola-. Me resulta muy agradable enterarme de la valía que se me atribuye. ¡Cielo santo -gritó-, qué mujer tan feliz soy! ¡Es maravilloso sentirse sacrificada a un capricho! -Y sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia y decepción.

Lloyd sentía el natural horror de un hombre bueno a los sollozos de una mujer, y probó - puedo decir condescendió- a explicarse:

-No es un capricho, cariño, es una promesa -dijo-, un juramento.

-¿Un juramento? ¡Bonito motivo de juramentos! Y ¿a quién, si puede saberse?

-A Perdita -dijo el joven, alzando la mirada un instante, pero bajándola de inmediato.

-¡Perdita, ah, Perdita! -Y se desbordó el llanto de Viola. Su pecho se estremeció en tempestuosos sollozos: unos sollozos que eran la retardada reproducción del violento acceso de llanto que la invadiera la noche en que se enteró del compromiso de su hermana. Se había figurado, en sus mejores momentos, que sus celos habían desaparecido; mas he aquí que volvían a hervir tan fieros como siempre-. Y, si me haces el favor, ¿qué derecho -gritó- tenía Perdita a disponer de mi futuro? ¿Qué derecho tenía a obligarte a la mezquindad y la crueldad? ¡Ah, qué digno lugar ocupo y qué bonito papel represento! ¡Tengo que conformarme con lo que Perdita dejó! Y ¿qué es lo que dejó? ¡Hasta ahora no lo había sabido! ¡Nada, nada, nada!

Esto fue un razonamiento muy endeble, pero un apasionamiento muy efectivo. Lloyd pasó el brazo alrededor del talle de su esposa y trató de darle un beso, pero Viola lo rechazó con olímpico desdén. ¡Pobre hombre! Había ambicionado una mujer “diabólicamente atractiva”, y la había conseguido. Fue insoportable aquel desdén. Salió de la estancia mientras le zumbaban los oídos, indeciso, turbado. Ante él estaba el secreter, y en éste la sagrada llave con que su propia mano había echado el triple cerrojo. Se acercó y lo abrió, y extrajo de un cajón secreto la llave, envuelta en un paquetito que él mismo había sellado con su propio noble blasón heráldico. Teneo, rezaba la divisa: “Yo guardo.” Pero no se atrevió a devolverla a su escondite. La arrojó sobre la mesa ante su esposa.

-¡Quédatela! -gritó ella-. No la quiero. ¡La odio!

-Yo me lavo las manos de este asunto -dijo su marido-. ¡Dios me perdone!

Despectivamente la señora Lloyd se encogió de hombros y se fue de la estancia, mientras el joven se retiraba por otra puerta. Diez minutos más tarde la señora Lloyd volvió y encontró la estancia ocupada por su pequeña hijastra y la niñera. La llave no estaba sobre la mesa. Miró a la niña. La niña estaba subida en una silla, con el paquetito

en las manos. Había roto el sello con sus propios deditos. Prestamente la señora Lloyd se apoderó de la llave.

A la hora habitual de la cena Arthur Lloyd regresó de su contaduría. Era el mes de junio y mientras la cena se servía todavía duraba la luz diurna. La comida estaba sobre la mesa, pero la señora Lloyd no comparecía. El criado a quien su señor envió en su busca, volvió diciendo que estaba vacía la habitación de su señora y que las sirvientas lo habían informado de que no había sido vista desde el almuerzo. Lo cierto es que se habían apercibido de su rostro lloroso y, suponiendo que se habría encerrado en su habitación, no habían querido molestarla. Su marido la llamó por su nombre por diversas partes de la casa, pero sin obtener respuesta. Por último se le ocurrió que tal vez la hallaría si se encaminaba al ático. La idea le produjo una extraña sensación de malestar, y les ordenó a los criados que permanecieran en la planta baja, no deseando ningún testigo de su búsqueda. Llegó al pie de las escaleras que conducían al piso superior y se detuvo con la mano en la barandilla, voceando el nombre de su esposa. Le tembló la voz. Llamó de nuevo, en tono más alto y firme. El único sonido que rompió el absoluto silencio fue un débil eco de su propia voz, que repetía su llamada bajo el gran alero. Pese a todo se sintió irresistiblemente impulsado a subir las escaleras. Desembocaban en una amplia sala, flanqueada de armarios de madera y rematada por una ventana orientada a poniente, que dejaba pasar los últimos rayos solares. Ante la ventana estaba el enorme baúl. Ante el baúl, arrodillada, el joven vio con asombro y horror la figura de su esposa. Al instante salvó la distancia que los separaba, privado del habla. La tapa del baúl estaba abierta, exhibiendo, entre perfumadas fundas, su tesoro de telas y joyas. Viola había caído hacia atrás mientras permanecía arrodillada, y había quedado con una mano apoyada en el suelo y la otra oprimida contra el corazón. En sus extremidades había la rigidez de la muerte, y en su rostro, a la moribunda luz del sol, el terror de algo más poderoso que la muerte. Sus labios estaban entreabiertos en súplica, en consternación, en agonía; y en su exangüe cuello destacaban las horrendas huellas de los dedos de dos vengativas manos fantasmales.

Lo mejor de todo

[Cuento. Texto completo]

Henry James

1

Cuando después de la muerte de Ashton Doyne -sólo tres meses después- le hicieron a George Withermore eso que suele llamarse una proposición, con respecto a un «volumen», la comunicación le llegó directamente de sus editores, que habían sido también, y la verdad es que mucho más, los del propio Doyne; pero no le sorprendió saber, al celebrarse la entrevista que luego le propusieron, que habían recibido algunas presiones por parte de la viuda de su cliente en cuanto a la publicación de una Vida. Las relaciones de Doyne con su mujer, por lo que sabía Withermore, habían sido un capítulo

muy especial, que de paso podría ser también un capítulo muy delicado para el biógrafo; pero, desde los primeros días de su desgracia, había podido apreciarse por parte de la viuda un sentimiento de lo que había perdido, y hasta de lo que había faltado, del que un observador un poco iniciado bien podía esperar que se derivara una actitud de reparación, un apoyo, incluso exagerado, en favor de un nombre distinguido. George Withermore tenía la impresión de estar iniciado; pero lo que no esperaba era oír que le había mencionado a él como la persona en cuyas manos depositaría con más confianza los materiales para el libro.

Esos materiales -diarios, cartas, apuntes, notas, documentos de muchas clases- eran propiedad de la viuda, estaban totalmente en sus manos, sin condiciones de ninguna clase referentes a alguna parte de su herencia; de forma que era libre para hacer con ellos lo que quisiera, y libre, especialmente, para no hacer nada. Lo que Doyme hubiera dispuesto, de haber tenido tiempo para hacerlo, no podía ser otra cosa que meras suposiciones y conjeturas. La muerte se lo había llevado demasiado pronto y demasiado de prisa, y la lástima era que los únicos deseos que se sabía había expresado eran deseos de que no se hiciera nada. Había desaparecido antes de tiempo, eso era lo que pasaba; y el final era irregular y necesitaba recortes. Withermore sabía muy bien lo cerca que había estado de él, pero también sabía que él era un hombre relativamente poco conocido. Era un periodista joven, un crítico, un hombre que vivía al día y que, como solía decirse, tenía todavía poco que mostrar. Sus obras eran pocas y pequeñas, sus relaciones escasas y vagas. Doyme, en cambio, había vivido bastante tiempo -sobre todo había tenido bastante talento- para llegar a ser grande y, entre sus muchos amigos, acompañados también de grandeza, había varios a los que para quienes conocían a su viuda habría sido más natural acudir.

Pero la preferencia que había expresado -y la había expresado de una forma indirecta y considerada que le dejaba cierta libertad- hacía pensar al periodista que por lo menos debía ir a verla, ya que en cualquier caso tendrían mucho de que hablar. Escribió inmediatamente a la viuda, ella le dio una hora, y lo hablaron. Pero salió de la entrevista con su idea personal mucho más reforzada. Era una mujer extraña, y él nunca la había encontrado agradable; sólo que ahora veía algo que le conmovía en su impaciencia jactanciosa y atolondrada. Quería que se hiciera el libro, y el individuo que entre los del grupo de su marido consideraba era el más fácil de manejar tenía que encargarse de que se hiciera. Mientras vivía Doyme, nunca le había tomado demasiado en serio, pero la biografía tenía que ser una respuesta contundente a cualquier imputación que se le hiciera. No sabía gran cosa de cómo se hacían esos libros, pero había estado mirando y había aprendido algo. Desde el principio, Withermore se alarmó un poco al ver que estaba decidida a fijar cantidad. Hablaba de «volúmenes», pero él también tenía sus ideas al respecto.

«Pensé inmediatamente en usted, lo mismo que habría hecho mi marido», le dijo casi nada más aparecer delante de él, con sus grandes ropas de luto, sus grandes ojos negros, su gran peluca negra, su gran abanico y guantes negros, flaca, fea, pero con un aire

sorprendente y que, desde cierto punto de vista, podría parecer «elegante».

-Usted era el que más le gustaba. ¡Huy, con mucho! -le dijo, y eso fue suficiente para que perdiera la cabeza.

Poco importaba que luego pudiera preguntarse si ella misma había conocido a Doyne lo bastante bien como para poder asegurarlo. Se habría dicho a sí mismo que su testimonio sobre ese punto tampoco contaba demasiado. Aparte eso, no podía haber humo sin fuego; ella, al menos, sabía lo que quería decir, y él no era una persona a la que pudiera tener interés en adular. Subieron en seguida al estudio vacío del gran hombre, que estaba en la parte de atrás de la casa, y daba sobre un jardín grande -una vista hermosa y capaz de inspirar al pobre Withermore- perteneciente a un grupo de casas caras.

-Aquí puede trabajar perfectamente -dijo la señora Doyne; este sitio va a tenerlo exclusivamente para usted; voy a ponerlo todo en sus manos; de forma que, sobre todo por las noches, ¿comprende?, en cuanto a tranquilidad y aislamiento, va a ser un sitio perfecto.

La perfección misma le pareció al joven al mirar a su alrededor, después de haber explicado que, como trabajaba en un periódico de la tarde, tenía las mañanas ocupadas y todavía, durante bastante tiempo, tendría que ir siempre por la noche. La habitación estaba llena de la presencia de su amigo; todo lo que había allí había pertenecido a él; todo lo que tocaban había formado parte de su vida. De momento fue demasiado para Withermore, un honor demasiado grande, y hasta un cuidado demasiado grande también; recuerdos aún recientes volvían a su memoria y, mientras el corazón le latía más de prisa, sus ojos se llenaron de lágrimas; la presión que ejercía su lealtad le parecía más de lo que podía soportar. Al ver sus lágrimas, la señora Doyne empezó a llorar también y, durante un minuto, los dos estuvieron mirándose. El casi esperaba oírle decir: «¡Ayúdeme a poder sentirme como usted sabe que quiero sentirme!» Y poco después uno de ellos dijo, con pleno asentimiento del otro, y sin que importara quién lo hubiera dicho: «Aquí es donde estamos con él.» Pero fue Withermore el que, antes de que salieran de la habitación, dijo que era allí donde él estaba con ellos.

El joven empezó a ir allí tan pronto como pudo arreglar las cosas, y fue luego, cuando en aquel silencio especial, entre la luz de la lámpara y del fuego, empezó a notar que una sensación cada vez más fuerte iba apoderándose de él. Llegaba allí después de atravesar el Londres negro de noviembre; pasaba por la casa grande y silenciosa, subía por la escalera alfombrada de rojo, y no encontraba en su camino más que a alguna doncella muda y bien entrenada, o a la señora Doyne, vestida como una ruina con sus ropas de luto, y su cara trágica que expresaba aprobación; y luego, sólo con tocar aquella puerta tan bien hecha, que hacía un clic seco y agradable, se encerraba durante dos o tres horas con el espíritu del que siempre había confesado era su maestro. Se sintió no poco asustado cuando, ya la primera noche, se le ocurrió pensar que lo que verdaderamente le había atraído más de todo el asunto era el privilegio y el lujo de tener esa sensación. Ahora se daba cuenta de que no había pensado mucho en el libro, sobre el

que comprendía que todavía tenía mucho que pensar; lo que había hecho era dejar que su afecto y su admiración -por no hablar de la satisfacción de su orgullo- se prestaran a caer en la tentación que les ofrecía la señora Doyne.

¿Cómo podía él saber, sin pensarlo más, que el libro, en conjunto, era una cosa deseable? ¿Qué autorización había recibido nunca del propio Ashton Doyne para un acercamiento tan directo y, podría decirse, tan familiar? El arte de la biografía era una cosa importante, pero había vidas y vidas, y había temas y temas. Recordaba confusamente palabras que se le habían escapado a Doyne sobre lo que pensaba de las compilaciones contemporáneas, comentarios que indicaban las distinciones que él mismo hacía en cuanto a otros héroes y otros panoramas. Recordaba incluso que su amigo, en algunos momentos, habría dado la impresión de creer que la carrera «literaria» podía muy bien -salvo en el caso de un Johnson o un Scott, con un Boswell y un Lockhart para acompañarlos- darse por satisfecha con estar representada. Un artista era lo que hacía, no era nada más que eso. Pero, por otro lado, ¿cómo no iba él, George Withermore, un pobre diablo, a lanzarse sobre la ocasión de pasar el invierno en una intimidad tan prometedoras? Había sido una cosa deslumbrante, nada más que eso. No habían sido los «términos» de los editores -aunque en el despacho decían que estaban muy bien-, había sido el propio Doyne, su compañía, su contacto y su presencia, había sido lo que estaba resultando, la posibilidad de mantener una relación más estrecha que la de la vida. ¡Qué raro que, de esas dos cosas, fuera la muerte la que tenía menos secretos y misterios! La primera noche que se quedó solo en el estudio tuvo la sensación de que, también por primera vez, él y su maestro estaban realmente juntos.

2

Durante la mayor parte del tiempo, la señora Doyne le había dejado solo, pero había ido en dos o tres ocasiones para ver si disponía de todo lo necesario, y él había tenido la oportunidad de darle las gracias por el buen juicio y el celo con que le había suavizado el camino. Ella misma había estado repasando las cosas, y había podido reunir varios grupos de cartas; aparte eso, había puesto en sus manos, desde el primer momento, las llaves de todos los cajones y armarios, además de informarle sobre el posible paradero de otras cosas. En resumen: se lo había entregado todo y, si su marido había o no confiado en ella, lo que sí estaba claro era que, al menos ella, confiaba en el amigo de su marido. Sin embargo, Withermore empezó a tener la impresión de que, a pesar de todas esas demostraciones, no se sentía tranquila, que cierta ansiedad que no podía aplacar continuaba siendo casi tan grande como su confianza. Aunque se mostrara tan considerada, no dejaba de estar claramente allí: a través de un sexto sentido, que se había desarrollado en él junto a todo lo demás, la veía, la sentía planear en los rellanos de las escaleras, y al otro lado de las puertas, comprendía, por el roce sigiloso de sus faldas, que estaba vigilándole, esperando. Una noche, sentado a la mesa de su amigo, perdido en las profundidades de la correspondencia, se llevó un susto al tener la impresión de que había alguien que estaba detrás de él. La señora Doyne había entrado sin que le sintiera abrir la puerta, y le obsequió con una sonrisa forzada al ver que se

levantaba de un salto.

-Espero no haberle asustado -dijo.

-Un poco nada más; estaba tan absorto. Por un instante -explicó el periodista- fue como si él mismo estuviera aquí.

El asombro hizo que su cara pareciera todavía más rara:

-¿Ashton?

-Parece estar tan cerca -dijo Withermore.

-¿A usted también?

Esa pregunta le extrañó:

-¿Le pasa a usted lo mismo?

Tardó un poco en contestar, sin moverse del sitio en que había aparecido, pero mirando a su alrededor, como si quisiera penetrar en los rincones más oscuros del estudio. Tenía una forma especial de levantar hasta la altura de la nariz aquel abanico negro, que parecía no dejar nunca, y que, al taponarle la mitad inferior de la cara, hacía que la mirada de sus ojos, que asomaban por encima de él, resultase todavía más ambigua:

-Algunas veces.

-Aquí -dijo Withermore- es como si pudiera ir a entrar en cualquier momento. Por eso es por lo que he pegado ese salto hace un momento. Hace tan poco tiempo que solía hacerlo..., como quien dice, ayer. Me siento en su silla, manejo sus libros, uso sus plumas, atizo su fuego, lo mismo que si, sabiendo que iba a volver de dar un paseo, hubiera venido aquí a esperarle. Es maravilloso, pero produce una sensación extraña.

La señora Doyne, sin bajar el abanico, le escuchaba con interés:

-¿Le molesta?

-No, me gusta.

-¿Tiene usted siempre esa impresión de que está... personalmente en el estudio?

-Bueno, como le decía hace un momento -contestó el periodista, riendo-, al notar que estaba detrás de mí, pareció que era eso lo que creía. ¿Qué es lo que queremos, después de todo, sino que esté con nosotros?

-Sí, como dijo usted que lo estaría esa primera vez. -Le miró fijamente. Está con nosotros.

La cosa era bastante poco normal, pero Withermore respondió con una sonrisa:

-Entonces tenemos que hacer que se quede. Debemos hacer únicamente lo que le gustaría a él.

-Sí, claro, únicamente eso. Pero ¿si está aquí...?

Por encima del abanico, sus ojos sombríos parecían lanzar la pregunta con cierta tristeza.

-¿Eso demuestra que está contento y que sólo quiere ayudar? Sí, seguro que es eso.

Dio un pequeño suspiro y volvió a mirar a su alrededor:

-Bueno -dijo al despedirse: recuerde que yo también sólo quiero ayudar.

Cuando ya se había ido, pensó que, efectivamente, sólo había entrado allí para comprobar que todo iba bien.

-Todo iba perfectamente, y cada vez mejor porque, a medida que avanzaba en su trabajo, le parecía sentir con más claridad la presencia personal de Doyne. Una vez admitida esa idea, ya la acogía con gusto, la alentaba, la mimaba, esperando todo el día con ilusión que se renovara por la noche, y esperando que llegara la noche como una pareja de enamorados podría esperar que llegara la hora de su cita. Los menores detalles se adaptaban a ella y la confirmaban y, al cabo de tres o cuatro semanas, había llegado a considerarla como la consagración de su empresa. ¿No resolvía la cuestión de lo que hubiera podido pensar Doyne de lo que estaban haciendo? Lo que estaban haciendo era lo que él quería que hiciesen, y podían continuar, paso a paso, sin ningún tipo de escrúpulos o dudas. En algunos momentos, Withermore se alegraba mucho de tener esa seguridad: a veces, cuando se sumergía en las profundidades de algunos de los secretos de Doyne, era muy agradable para él poder pensar que Doyne quería que los conociese. Se estaba enterando de muchas cosas que no había sospechado, descorriendo muchas cortinas, abriendo muchas puertas, aclarando muchos enigmas, pasando, como decían, por la parte de atrás de casi todo. Y era al encontrarse con algún recodo brusco en una de esas andanzas «por la parte de atrás» cuando sentía de repente, de forma íntima y perceptible, que estaba cara a cara con su amigo; de manera que, en ese instante, apenas podría haber dicho si su encuentro se producía en la estrechez y apretura del pasado o en el momento y el sitio en que se encontraba entonces. ¿Era el 67 o era simplemente el otro lado de la mesa?

Pero, por suerte, e incluso bajo la luz más vulgar que pudiera arrojar la publicidad, siempre podría contarse con la forma en que Doyne estaba «quedando». Estaba

quedando demasiado bien, todavía mejor de lo que un partidario tan incondicional como Withermore podría haberse imaginado. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo iba a poder ese partidario explicar a otra persona la impresión tan especial que tenía? No era una cosa para ir por ahí hablando de ella, era una cosa sólo para sentirla. Había momentos, por ejemplo cuando estaba inclinado sobre sus papeles, en que estaba tan seguro de notar en el pelo el aliento de su amigo muerto como de tener los codos apoyados en la mesa. Había momentos en los que, de haber podido levantar la cabeza, habría visto a su compañero al otro lado de la mesa, tan bien como veía la página a la luz de la pantalla. Que en ese preciso momento no pudiera mirar era asunto suyo, porque la situación estaba dominada -y eso era muy natural- por delicadezas profundas y tímideces exquisitas, por el miedo a un avance demasiado repentino o demasiado brusco. Lo que se palpaba en el aire era que si Doyne estaba allí no era tanto por sí mismo como por el joven sacerdote de su altar. Iba y venía, planeaba y se detenía a veces, casi podría haber sido, metido entre los libros y papeles, un bibliotecario silencioso y discreto, que estaba haciendo esas cosas especiales, prestando esa ayuda callada, tan del agrado de los hombres de letras.

Entretanto, el propio Withermore iba y venía también, cambiaba de sitio, vagaba en busca de cosas definidas o vagas y, más de una vez cuando, al coger un libro de un estante y ver en él señales hechas por el lápiz de Doyne se había puesto a mirarlo, había oído mover suavemente documentos que estaban encima de la mesa, se había encontrado, al volverse, con alguna carta trasapelada que estaba otra vez a la vista, con algún misterio, aclarado gracias a algún antiguo diario, abierto por la fecha misma que él necesitaba. ¿Cómo habría podido acertar con la caja o el cajón, entre los cincuenta que había, que era el que necesitaba si ese ayudante milagroso no hubiera tomado la precaución de torcer la tapa o dejarlo medio abierto para que pudiera fijarse en él? Eso, sin contar con el hecho de esos intervalos en los que, si uno hubiera podido realmente mirar, habría visto a alguien de pie delante de la chimenea, un poco distante y más erguido de lo normal, alguien que le miraba a uno con una pizca más de dureza que si estuviera vivo.

3

Que esa relación propicia había existido de verdad, había continuado durante dos o tres semanas, quedó suficientemente probado por el desconsuelo con que el periodista, por alguna razón, y a partir de cierta noche, se dio cuenta de que había empezado a echarla de menos. La señal fue una sensación repentina y sorprendente -un día que había perdido una maravillosa página inédita que, por más que la buscara, no quería aparecer- de que su estado protegido estaba, al fin y al cabo, expuesto a ser algo confuso, y hasta expuesto a sufrir alguna depresión. Si, para que todo fuera bien, él y Doyne habían estado juntos desde el principio, la situación a los pocos días de haber tenido esa primera sospecha, había sufrido el extraño cambio de que dejaran de estarlo. Eso era lo que pasaba, se dijo Withermore, al contemplar sus materiales y no poder ver más que masa y cantidad donde antes había tenido la agradable impresión de ver un camino despejado. Durante cinco noches continuó luchando, luego, sin sentarse nunca en su

mesa, yendo de un lado para otro, buscando referencias sólo para volver a dejarlas, asomándose a la ventana, atizando el fuego, pensando cosas raras, y tratando de oír señales y sonidos, no como los que imaginaba, sino como los que deseaba escuchar e invocaba en vano, llegó a la conclusión de que, al menos de momento, estaba abandonado.

Lo extraordinario era que el no poder sentir la presencia de Doyme no sólo le entristecía, sino que le producía un gran desasosiego. En cierto modo, era más raro que no estuviera allí de lo que nunca podía haberlo sido que sí estuviera, tan raro, que sus nervios acabaron por no poder soportarlo. Habían tomado con bastante calma lo que era algo que no se podía explicar, y habían tenido la perversidad de reservar su agudeza para la vuelta a un estado normal, para la desaparición de lo falso. No podía ya dominarlos, y una noche, después de resistir una o dos horas, decidió salir del estudio. Por primera vez le era imposible estar allí. Sin propósito definido, pero jadeando un poco, y como un hombre verdaderamente atemorizado, pasó por el corredor de siempre, y llegó a lo alto de la escalera. Desde allí vio a la señora Doyme, que estaba abajo, mirándole, como si supiera que iba a venir; y lo más singular de todo fue que, aunque no había pensado para nada en recurrir a ella, no había hecho más que buscar un alivio escapando de allí, la posición en que estaba le pareció natural, la vio como parte de una monstruosa opresión que se cernía sobre ellos. Y fue asombroso cómo, en el Londres moderno, entre las alfombras de Tottenham Court Road, y la luz eléctrica, subió hasta él desde la señora vestida de negro, y volvió a bajar luego hasta ella, la idea de que sabía lo que ella quería decir porque tenía aire de saberlo. Bajó de prisa; la viuda entró entonces en un cuarto pequeño que tenía en el piso de abajo, y allí, todavía en silencio y con la puerta cerrada, se vieron obligados a hacer unas confesiones que habían cobrado vida con esos dos o tres movimientos. Withermore se quedó sin aliento al comprender por qué le había abandonado su amigo:

-¿Ha estado con usted?

Con eso ya estaba todo dicho, hasta tal punto que ninguno de los dos tuvo que dar explicaciones, y que cuando se oyó la pregunta: «¿Qué es lo que usted supone que está pasando?», pareció que cualquiera de los dos era el que podía haberla hecho.

Withermore miró la habitación pequeña y alegre en la que, noche tras noche ella había estado haciendo su vida lo mismo que él había estado haciendo la suya arriba. Era una habitación bonita, acogedora, prometedora; pero la viuda había sentido a veces en ella lo que había sentido él, y había oído en ella lo que él había oído. El efecto que producía allí negra, emplumada, extravagante, sobre un fondo rosa fuerte era el de un grabado en colores «decadente», un cartel de la escuela más moderna.

-¿Comprendió que me había abandonado? -preguntó él.

La viuda quería dejar las cosas claras:

-Esta noche, sí. Lo he comprendido todo.

-¿Sabía usted, antes, que estaba conmigo?

Vaciló un poco:

-Notaba que no estaba conmigo. Pero en la escalera...

-¿Qué?

-Pues que pasó, más de una vez. Estaba en la casa. Y en su puerta...

-¿Qué? -volvió a preguntar al ver que otra vez vacilaba.

-Si me paraba, algunas veces podía comprenderlo. En cualquier caso -añadió-, esta noche, al ver su cara, supe cuál era su estado.

-¿Y por eso salió?

-Pensé que usted vendría a mí.

El le tendió la mano y, durante un minuto, estuvieron, así, cogidos en silencio. Ninguno de los dos notaba ahora una presencia especial, nada más especial que la del uno para el otro. Pero era como si aquel sitio hubiera quedado de repente consagrado, y Withermore volvió a preguntar con ansiedad:

-Entonces, ¿qué es lo que pasa?

-Yo sólo quiero hacer lo que sea lo mejor de todo contestó ella, pasado un momento.

-¿Y no lo estamos haciendo?

-Eso es lo que me pregunto. ¿No se lo pregunta usted?

El también se lo preguntaba:

-Lo que yo creo que es lo mejor. Pero tenemos que pensarlo.

-Tenemos que pensarlo -repitió ella.

Y lo pensaron, lo pensaron muchísimo, esa noche, juntos, y luego por separado. Withermore al menos podía responder de haberlo hecho durante muchos días después. El suspendió por algún tiempo sus visitas y su trabajo, tratando de descubrir algún error que hubiera podido ser causa de ese trastorno. ¿Habría seguido, en algún punto importante o habría dado la impresión de que iba a seguir, alguna línea o alguna idea

equivocada? ¿Había desfigurado algo con buena intención o insistido más de lo que convenía? Y volvió por fin con la idea de haber adivinado dos o tres cosas que podía haber estado en camino de embrollar; después de lo cual pasó, arriba, otro período de nerviosismo, seguido de otra entrevista, abajo, con la señora Doyne, que continuaba preocupada y en ascuas.

-¿Está allí?

-Está allí.

-¡Lo sabía! -gritó con aire de triunfo. Luego, para explicarlo, añadió-: No ha vuelto a estar conmigo.

-Ni conmigo tampoco, para ayudar -dijo Withermore.

La viuda lo pensó:

-¿No para ayudar?

-No puedo comprenderlo..., estoy perdido. Haga lo que haga veo que estoy haciéndolo mal.

Le cubrió por un momento con su aparatoso dolor:

-¿Cómo lo nota?

-Pues por cosas que pasan. Las cosas más extrañas. No puedo describirlas..., y usted tampoco se las creería.

-¡Sí, sí que me las creería! -murmuró la señora Doyne.

-Es que interviene. -Withermore trató de explicarlo. Haga lo que haga, me lo encuentro.

Le escuchaba con ansiedad:

-¿Se lo «encuentra»?

-Me lo encuentro. Parece alzarse allí, delante de mí.

La señora Doyne, con los ojos muy abiertos, esperó un momento:

-¿Quiere decir que lo ve?

-Tengo la impresión de que en cualquier momento podría verlo. Estoy desconcertado.

No puedo hacer nada. -Luego añadió-: Tengo miedo.

-¿De él? -preguntó la señora Doyne.

Withermore lo pensó un poco:

-Bueno..., de lo que estoy haciendo.

-¿Qué es lo que está haciendo, entonces, que sea tan horrible?

-Lo que usted me propuso que hiciera. Meterme en su vida.

En medio de su gravedad, mostró ahora una nueva alarma:

-¿Y no le gusta hacerlo?

-¿Le gusta a él? Esa es la cuestión. Lo ponemos al descubierto. Lo ofrecemos a los demás. ¿Cómo dicen? Se lo entregamos al mundo.

La pobre señora Doyne, como bajo una amenaza para su reparación, lo meditó un instante con profunda tristeza:

-¿Y por qué no habíamos de hacerlo?

-Porque no sabemos. Hay naturalezas, hay vidas que se echan para atrás. Es posible que no quiera que lo hagamos. Nunca se lo hemos preguntado.

-¿Cómo podíamos hacerlo?

Tardó un poco en contestar:

-Bueno: se lo preguntamos ahora. Después de todo, eso es lo que hemos hecho. Se lo hemos dicho.

-Entonces, si ha estado con nosotros, ya nos ha dado su respuesta.

Withermore habló entonces como si supiera lo que tenía que pensar:

-No ha estado «con» nosotros, ha estado en contra de nosotros.

-Entonces por qué creyó...

-¿Por qué creí al principio que lo que quiere es demostrarnos su simpatía? Pues porque me engañó mi buena fe. Estaba, no sé ni cómo decirlo, tan entusiasmado y tan contento que no lo comprendí. Pero ahora por fin lo comprendo. Lo único que quería era

comunicarse. Hace esfuerzos por salir de su oscuridad; llega hasta nosotros desde su misterio; nos hace débiles señas desde su horror.

-¿Horror? -exclamó la señora Doyne, con el abanico delante de la boca.

-De lo que estamos haciendo. -En esos momentos ya podía entenderlo todo.- Ahora comprendo que al principio...

-¿Qué?

-Que uno no tenía más que notar que estaba allí y que, por tanto, no era indiferente. Y me dejé engañar por la belleza que había en eso. Pero está allí como una protesta.

-¿Contra mi Vida? gimió la señora Doyne.

-Contra cualquier Vida. Está allí para salvar su Vida. Está allí para que le dejen en paz.

-Entonces, ¿renuncia? -dijo ella, casi con un grito.

-Está allí como una advertencia.

Por un momento estuvieron mirándose el uno al otro. Ella dijo por fin:

-¡Tiene usted miedo!

Le molestó, pero volvió a decir:

-¡Está allí como una maldición!

Después de eso se separaron, pero sólo por dos o tres días; sus últimas palabras las tenía incrustadas en los oídos y, entre la necesidad de darle satisfacción a ella, y la otra necesidad que también había que tener ahora en cuenta, le pareció que todavía no podía abandonar. Volvió por fin a la hora de siempre, y la encontró en el sitio de siempre.

-Sí, tengo miedo -dijo, como si lo hubiera pensado bien, y supiera ya todo lo que significaba. -Pero veo que usted no lo tiene.

Ella no contestó directamente:

-¿De qué tiene miedo?

-Pues de que, si continúo, le veré.

-¿Y entonces?

-Entonces -dijo Withermore- tendría que renunciar.

Lo pensó con su aire altanero, pero serio:

-Yo creo que necesitamos tener una señal clara.

-¿Quiere que vuelva a intentarlo?

Vaciló un poco:

-Ya sabe lo que significa para mí renunciar.

-Sí, pero usted no necesita hacerlo.

Pareció extrañarse, pero en seguida adujo:

-Significaría que no quiere aceptar de mí... -no pudo terminar la frase.

-¿No quiere aceptar qué?

-Nada -dijo la pobre señora Doyne.

La miró otra vez un momento:

-Yo también he pensado lo de la señal clara. Volveré a intentarlo.

Cuando se disponía a dejarla, ella comentó:

-Lo que me temo es que esta noche no habrá nada preparado..., ni lámpara, ni fuego.

-No se preocupe -contestó, ya al pie de la escalera: -Encontraré las cosas.

Ella dijo que suponía que la puerta estaría abierta, y luego se retiró otra vez, como para esperarle. No tuvo que esperar mucho; aunque, con la puerta abierta sin dejar de prestar atención, es posible que no le pareciera lo mismo que a su visitante. Pasado un rato, le oyó en la escalera, y luego estaba ya delante de la puerta, donde, si no había aparecido precipitadamente, sino más bien despacio y sin ruido, sí se le veía pálido como un muerto.

-Renuncio.

-Entonces, ¿le ha visto?

-En la puerta..., guardándola.

-¿Guardándola? Asomó por encima de su abanico-. ¿Con claridad?

-Inmenso. Pero borroso. Oscuro. Horrible -dijo el pobre George Withermore.

-¿No entró en la habitación?

El periodista miró hacia otro lado:

-No lo permite.

-Dice que yo no necesito... Bueno, entonces, ¿tengo que...?

-¿Verle? -preguntó George Withermore.

La señora esperó un momento:

-Renunciar.

-Eso tiene que decidirlo usted misma.

El, por su parte, lo único que pudo hacer fue sentarse en el sofá, y taparse la cara con las manos. No pudo saber después cuánto tiempo había estado así; le bastó con saber que lo primero que vio fue que estaba solo en el cuarto, entre los objetos favoritos de la viuda. En el momento en que se ponía de pie, con esa sensación y con la de que la puerta que daba al vestíbulo estaba abierta, se encontró, una vez más, en aquel sitio claro, cálido y rosado, con la presencia grande, negra y perfumada de ella. Nada más verla, al dirigirle una mirada todavía más triste por encima de la máscara de su abanico, comprendió que había estado arriba; y así fue como, por última vez, se enfrentaron juntos a su extraña situación.

-¿Le ha visto? -preguntó Withermore.

Sería más tarde cuando, por la forma en que la vio cerrar los ojos, como para tomar fuerzas, y tenerlos cerrados un buen rato, comprendería que al lado de la visión indescriptible de la mujer de Ashton Doyne, la que había tenido él podía considerarse una broma. Antes de que hablara comprendió que todo había terminado.

-Renuncio.